KATE BOLD

EN NINGÚN LUGAR SEGURO



UNA NOVELA DE SUSPENSE DEL FBI DE HARLEY COLE - LIBRO 1

EN NINGÚN LUGAR SEGURO

(UNA NOVELA DE SUSPENSE DEL FBI DE HARLEY COLE - LIBRO 1)

K A T E B O L D

Kate Bold

La autora de best sellers Kate Bold es autora de la serie ALEXA CHASE SUSPENSE THRILLER, que comprende seis libros (y contando); la serie ASHLEY HOPE SUSPENSE THRILLER, que comprende seis libros (y contando); la serie CAMILLE GRACE FBI SUSPENSE THRILLER, que comprende cinco libros (y contando); y la serie HARLEY COLE FBI SUSPENSE THRILLER, que comprende tres libros (y contando).

A Kate, una ávida lectora y fanática de toda la vida de los géneros de misterio y suspenso, le encanta saber de usted, así que no dude en visitar www.kateboldauthor.com para obtener más información y mantenerse en contacto.

Copyright © 2022 por Kate Bold. Reservados todos los derechos. Excepto lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de EE. UU. de 1976, ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, distribuirse o transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, ni almacenarse en una base de datos o sistema de recuperación, sin el permiso previo del autor. Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, compre una copia adicional para cada destinatario. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Imagen de la portada Copyright Galyna Andrushko, utilizada bajo licencia de Shutterstock.com.

Capítulo Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Final

Capítulo Prólogo

Isla se apoyó contra el árbol, tomando grandes bocanadas de aire seco del desierto mientras intentaba recuperar el aliento. Giró el cuello para mirar la pendiente detrás de ella, buscando cualquier movimiento contra el cielo estrellado. No vio nada más que rocas, arbustos de creosota y algún que otro enebro, del mismo tipo contra el que estaba apoyada ahora.

Quizás se ha dado la vuelta, pensó, tratando de reunir suficiente saliva para tragar. Tenía la boca tan seca como un pozo de alquitrán. El sudor le corría libremente por las mejillas, y se lo limpió de los ojos con los nudillos mientras escudriñaba las sombras.

No tenía sentido. Estaba regresando con un montón de leña en los brazos cuando, al acercarse a la casa, una figura salió de detrás de la pantalla protectora de un mezquite e intentó agarrarla torpemente. Por instinto, arrojó el montón de palos a su atacante antes de huir.

No sin antes vislumbrar las oscuras cavidades de los ojos del desconocido, brillando con una intensidad rabiosa bajo la sombra de su frente.

Ahora, deteniéndose en la ladera boscosa, intentó imaginar quién querría hacerle daño. ¿Tendría alguien algo contra ella porque ella y Joseph estaban enamorados? Él no carecía de admiradoras en la comunidad. ¿Tal vez una de las otras chicas?

No. Por mucho que la odiaran, Isla no creía que tuvieran las agallas para hacer algo así. Además, eran demasiado pequeñas. Esta persona era más grande, más como...

Un escalofrío la recorrió.

No, se dijo a sí misma. Joseph nunca te haría daño. Después de todo, fue él quien te invitó a la comunidad. Además, te prometió que estaríais juntos para siempre.

Puede que ella solo tuviera quince años y él cuarenta y dos, pero ¿qué importaba la edad cuando se trataba de amor? Su amor era verdadero, su amor era real, y no importaba cuántas veces su madre drogada le dijera que debía estar con un chico de su edad. Ella había visto lo que hacían los chicos de su edad, vaya que sí. Te llevaban detrás de las gradas, y luego te tomaban.

Sí, eso era lo que era: tomar. Abrirte, sacar algo que no sabías que tenías dentro, y consumirlo justo delante de ti. Luego dejarte como un paquete de cigarrillos arrugado al lado de la carretera.

Joseph nunca la trataría así. La amaba, la admiraba. Le decía cosas hermosas en francés que ella no entendía, pero sabía que eran encantadoras por cómo las decía. A veces también veía a las otras chicas, y este conocimiento siempre enviaba una punzada de dolor directo al corazón de Isla, pero él le aseguraba que solo las estaba nutriendo, como un jardinero cuidando sus plantas. Era una señal de su necesidad, no de su valía. Ella, Isla, era su única y verdadera.

Y pronto iba a demostrarlo yéndose con ella, para siempre. Se lo había prometido anoche mismo, y Joseph no era un hombre que rompiera sus promesas.

Los pensamientos de Isla se vieron interrumpidos por el chasquido de una piedra que rodaba pendiente abajo. Una sombra se desprendió de detrás de una roca y comenzó a deslizarse hacia Isla, sin hacer ruido en el aire nocturno.

Un estallido brillante de pánico explotó en la mente de Isla. Se apresuró a bajar por entre los árboles, sus delgadas piernas temblando con el esfuerzo de frenar su descenso. La fatiga se acumuló como plomo en sus músculos hasta que finalmente pisó una piedra y su tobillo se dobló bajo ella. Oyó un chasquido cuando todo su peso -poco más de cuarenta y cinco kilos, pero aún suficiente- cayó sobre el tobillo.

Gritando, cayó de bruces sobre el suelo pedregoso y rodó sobre su espalda, jadeando. Oleadas de dolor subían desde su tobillo. Levantó la pierna y, para su horror, vio su pie colgando, sin apoyo.

¡Levántate, levántate!, gritaba la voz del miedo en su mente. Sin embargo, otra parte de su mente le decía que se quedara quieta y fingiera estar muerta.

Todo lo que tenía que hacer era esperar. Entonces, cuando estuviera sola de nuevo, subiría cojeando la pendiente y llamaría a la ventana de Joseph, y él la cuidaría. Él sabría qué hacer.

Cerró los ojos, conteniendo el dolor. Cuando los abrió de nuevo, vio una sombra oscura inclinándose sobre ella, tapando las estrellas. Apenas podía distinguir un esbozo del rostro.

Y para su terror, lo reconoció.

Imposible, pensó.

Gritó. El sonido atravesó los árboles y rodó por las laderas de las montañas.

Sin embargo, no volvió ningún eco, sino una risa fría y seca.

Capítulo Uno

Harley Cole subió el volumen del equipo de música mientras escuchaba el mensaje de voz, sus ojos entrenados escaneando el desierto con una vigilancia inconsciente fruto de sus once años en el FBI. El remolque U-Haul detrás de ella, cargado con todas las posesiones que merecía la pena llevarse de Massachusetts (principalmente libros de criminología, ropa y algunos muebles de los que no podía desprenderse), traqueteaba por el camino de tierra, levantando una estela de polvo.

—Es sobre Kelly —se escuchó la voz curtida de Luis Santiago, el sheriff del condado de Huerta, donde Harley había nacido y se había criado. También había sido el ayudante del sheriff durante la investigación de la desaparición de Kelly—. Ha habido novedades —añadió.

Aunque Harley ya había escuchado el mensaje varias veces en las últimas semanas mientras ultimaba el divorcio con Rob y planeaba su mudanza a Nuevo México, aunque Kelly llevaba desaparecida diecisiete años y Harley había asumido hace tiempo que era muy probable que nunca supiera por qué Kelly se había esfumado de su tienda en mitad de la noche durante una acampada con amigos, la mención del nombre de su hermana aún le provocaba un escalofrío.

¿Era miedo a que esto confirmara lo evidente? ¿O era una esperanza residual de que tal vez, solo tal vez, hubiera una pequeña prueba que sugiriera que Kelly no había estado muerta todos estos años?

—Dudé si decir algo —continuó el sheriff con voz cautelosa, como si intentara controlar las expectativas de Harley—. Parece cruel darte falsas esperanzas. Pero prometí compartir cualquier cosa que encontrara.

Hizo una pausa, como si no estuviera seguro de cuánto decir por teléfono.

—Sé que ya has vuelto a casa —continuó—, pero si puedes devolverme la llamada, me encantaría hablar de esto contigo más detalladamente.

El mensaje terminó, dejando a Harley preguntándose qué habría descubierto el sheriff y cuán significativo podría ser. Con un caso tan antiguo, la posibilidad de encontrar algo nuevo era increíblemente improbable. Aun así, un hombre como Luis Santiago no se ponía en contacto solo para charlar. Si tenía algo que decir, Harley estaba dispuesta a escuchar.

Todo lo que tenía que hacer era dejar sus cosas en la nueva casa que había alquilado, pasar por su oficina y podrían sentarse a charlar largo y tendido. Era viernes y no tenía que presentarse en la oficina de campo de Santa Fe hasta el lunes, así que tenía tiempo.

Harley aún pensaba en el mensaje de voz cuando coronó una colina y vio una hilera de conos de tráfico atravesando la carretera. Un cartel que decía CARRETERA CORTADA estaba sobre las líneas amarillas, con los pies sujetos por sacos de arena. Más adelante en la carretera había aparcados coches de policía y un par de ambulancias, junto con una camioneta Ford bicolor que parecía tener una década más que Harley.

Harley redujo la velocidad, desviando la mirada hacia el grupo de figuras reunidas al lado de la carretera, cerca de las ambulancias. La mayoría llevaban los uniformes negro carbón de la policía local, pero Harley se fijó en un sombrero Stetson sin teñir que sobresalía una cabeza por encima del resto. La cabeza giró, con los labios apretados en un gesto pensativo mientras los ojos —ocultos tras unas gafas de aviador— estudiaban el vehículo de Harley. Dijo algo al grupo de agentes antes de separarse y dirigirse hacia Harley con zancadas largas y lentas.

Harley salió del vehículo y notó cómo el calor del asfalto abrasado por el sol empezaba a subir por sus zapatillas. Los buitres daban vueltas a lo lejos bajo jirones de nubes.

El hombre se detuvo a unos metros y puso las manos en las caderas.

—No has podido mantenerte alejada, ¿eh? —dijo.

Ella se protegió los ojos del sol.

—Qué quieres que te diga, soy una adicta al castigo.

El hombre mantuvo esa mirada dura unos instantes más. Luego su rostro se iluminó con una sonrisa desenfadada mientras tendía la mano.

—No estaba seguro de volver a verte —dijo mientras se estrechaban las manos—. ¿Esto significa que has aceptado el trabajo?

—Eso parece.

Harley estudió el rostro de Anthony Callaway, que había sido su compañero en el caso de Felix Navarro hacía solo unas semanas. Habían aprendido a trabajar bien juntos, a pesar de sus diferencias. Tras la conclusión del caso, ella había vuelto al este esperando recoger los pedazos de su vida allí. Sin embargo, la oferta de un trabajo en la oficina de Santa Fe había resultado demasiado tentadora, por no mencionar la insinuación del sheriff Santiago sobre Kelly.

—Bueno —dijo Callaway, ajustándose el Stetson—, por lo que vale, me alegro de que hayas aceptado el trabajo. Nunca tenemos suficientes buenos agentes.

—Tengo ganas de ser algo más que una simple consultora —respondió Harley—. Te sientes desnuda, andando por ahí sin esa placa.

Callaway asintió pensativo.

—Pero esto no significa que tenga que empezar a tratarte como a una igual, ¿verdad?

—Oh, no. Eso sería ridículo.

Hubo un momento de silencio incierto. Aunque era agradable volver a ver a Callaway, Harley no estaba del todo segura de cómo retomar donde lo habían dejado. Podía hablar durante horas sobre un caso, pero cuando se trataba de charla informal, a veces le costaba encontrar el rumbo. Era parte de la razón por la que no tenía muchos amigos fuera del FBI.

—Escucha —dijo—, será mejor que me vaya. Tengo mucho que desempaquetar este fin de semana.

Callaway pareció sorprendido.

—¿Qué? ¿Bromeas? Ya estás en la escena del crimen, ¿y te vas a ir sin ver el cadáver?

Harley sintió que se despertaba en ella esa vieja y familiar curiosidad, la misma que había sentido en las semanas y meses posteriores a la desaparición de su hermana. Por aquel entonces, había alimentado su curiosidad con artículos de periódico, libros sobre crímenes y entrevistas que había grabado en su pequeña libreta de espiral. Ahora, sin embargo, tenía acceso a lo auténtico: pruebas sólidas. Y la verdad podía ser adictiva.

Una sonrisa de complicidad tiró de la boca de Callaway.

—Venga, échale un vistazo. A lo mejor captas algo que se me ha escapado. Además, tienes todo el fin de semana para desempaquetar.

Antes de que Harley pudiera protestar, Callaway ya estaba gritando a un agente cercano.

—¡Eh, Bodie!

El agente se giró, con las manos apoyadas en el cinturón. Hizo un gesto brusco con la cabeza para indicar que escuchaba.

—¿Puedes vigilar el U-Haul? Mi compañera y yo vamos a echar otro vistazo al cadáver.

Compañera, pensó Harley mientras Bodie se acercaba al vehículo. Recordó la frialdad con la que Callaway la había tratado la primera vez que

se conocieron. Sin embargo, había pasado mucho desde entonces. No hay nada como salvarse mutuamente la vida para generar respeto mutuo.

—No puedo decir que este fuera el recibimiento que esperaba —dijo mientras seguía a Callaway por la carretera—. Planeaba ser una civil hasta el lunes.

Callaway gruñó divertido.

—¿Y perderte toda la diversión?

Capítulo Dos

Harley sintió que su pulso se aceleraba de anticipación mientras seguía a Callaway por la carretera. Aunque le costara admitirlo, el crimen era para ella una droga tanto como lo era para muchos delincuentes. Se sentía bien ponerse manos a la obra, a pesar de que tenía demasiadas cosas que hacer en su nuevo hogar como para ayudar en la investigación.

—La policía local está corta de personal —explicó Callaway—. Recortes presupuestarios, gilipolleces burocráticas, ya sabes cómo va esto. Acabamos de cerrar un caso de agresión sexual, así que Newbury pensó que sería un gesto de buena voluntad enviarme aquí para echar una mano.

Harley asintió, estudiando la zona. El desierto a ambos lados estaba salpicado de arbustos de enebro y hierbajos raquíticos, elevándose hacia un cúmulo de colinas que dominaban el horizonte. Un cuervo se posó sobre los restos marchitos de un coyote, levantando la vista para soltar un agudo "¡Caw!" a los visitantes antes de emprender el vuelo.

Al acercarse a la escena del crimen, Harley observó a una mujer con un traje blanco de plástico y guantes verde menta inclinarse sobre su cámara montada en un trípode para tomar una foto del cuerpo. Tarjetas amarillas numeradas estaban esparcidas por la zona, marcando las pruebas.

La víctima yacía despatarrada de espaldas en la hierba marchita al borde de la carretera, con los brazos extendidos sobre la cabeza como un nadador saltando a la piscina. Una mata de pelo negro y rizado ocultaba la mayor parte de su rostro, dejando ver solo una barbilla prominente, infantil en su redondez. Feos moratones de color púrpura y amarillo teñían su garganta. Se podían ver dos hileras de tenues marcas de neumáticos en la hierba aplastada.

Harley estudió la elasticidad quebradiza de la piel bronceada de la víctima.

—¿Qué crees? ¿Cuarenta y tantos? —dijo.

—Entre cuarenta y cincuenta —coincidió Callaway, entregando a Harley un par de guantes de plástico antes de ponerse los suyos—. Sin identificación. Estamos cotejando sus huellas, a ver si hay suerte.

Su voz sonaba profesional, sin rastro de la jovialidad anterior. A Harley le impresionó lo fácilmente que Callaway podía cambiar de registro. Se preguntó si este trabajo le pasaba factura. Le gustaría pensar que a ella no le

había afectado, pero el destino de su anterior matrimonio sugería lo contrario.

—¿Estrangulamiento? —dijo.

Callaway asintió.

—Eso parece. Con este calor, no puede llevar mucho tiempo aquí. Una hora, quizás dos como mucho.

Harley se agachó para examinar el brazo derecho extendido de la mujer. Un tatuaje de enredaderas y flores le cubría desde el codo hasta la muñeca.

—Amante de la naturaleza, por lo que se ve —observó Callaway.

Harley asintió. La ropa —un vestido blanco liso con flores rosas— le pareció extraña. Había algo inusual en el corte, pero no estaba segura de qué.

—Fíjate en lo rígidos que están sus brazos —murmuró Harley—. Debió estirarla, probablemente mientras arrastraba el cuerpo a un vehículo. Luego se instaló el rigor mortis.

—¿Él? ¿Asumes que es un hombre?

—El noventa por ciento de los homicidios los cometen hombres —respondió Harley—. Además, es un poco confuso decir "ellos" cuando probablemente estamos hablando de una sola persona.

Callaway arqueó una ceja.

—De nuevo, parece una suposición. Podrían haber sido dos hombres, o dos mujeres, ya puestos. Incluso una multitud de gente.

Harley negó con la cabeza.

—No, yo apuesto por un solo asesino. Toda esta situación tiene pánico escrito por todas partes. Mata a la mujer y luego se deshace del cuerpo. Pero no lo entierra. ¿Por qué no?

—Quizás no estaba ocultando el cuerpo. Tal vez lo puso aquí para que lo encontráramos, como un trofeo.

—Entonces la habría dejado en la autopista, en la ciudad... en algún sitio obvio. Esto es demasiado... —Hizo una pausa, buscando la palabra—. Remoto. Quizás no fue el único implicado en el crimen, pero apuesto a que fue el único implicado en deshacerse del cuerpo. No creo que tuviera un plan sobre qué hacer, o si lo tenía, se desvió. Esto me parece un Plan B, no un Plan A.

Se sentía bien, la forma en que los pensamientos zumbaban en su mente como tráfico a alta velocidad. Había echado esto de menos en las últimas semanas, como un culturista que deja de levantar pesas durante un tiempo

debido a una lesión. La velocidad con la que los detalles encajaban en su mente solo confirmaba lo que ya sabía: era buena en esto.

—Vale —dijo Callaway con paciencia, siguiéndole el juego—. Supongamos por un momento que tienes razón y que tratamos con un solo asesino, un hombre. ¿Cómo trae el cuerpo hasta aquí? ¿En un maletero?

—En una pickup —respondió Harley sin dudar.

Callaway suspiró, frotándose la frente.

—¿Me vas a decir que puedes deducir eso de las marcas de los neumáticos?

—No de las marcas de los neumáticos. —Señaló un pequeño objeto marrón adherido a la parte inferior de la ropa de la víctima—. De eso.

Callaway se agachó para examinarlo de cerca.

—¿Corteza?

Harley asintió.

—También hay trozos de hojas en su pelo.

—Pero solo en la parte de atrás —dijo Callaway, captándolo—. ¿Crees que el asesino la puso en la parte trasera de una furgoneta, la trajo hasta aquí y luego...? —Imitó el gesto de agarrar un par de tobillos a la altura de la cintura y tirar.

—Explicaría los restos debajo de ella —dijo.

—Parece arriesgado. ¿Y si alguien hubiera visto el cuerpo mientras el asesino la transportaba hasta aquí?

Ella hizo una pausa.

—El sol sale a las... ¿qué? ¿las seis? Y son... —Alargó la mano hacia su móvil, pero Callaway miró su reloj antes de que ella pudiera alcanzarlo.

—Las diez y dieciocho —dijo—. Si la dejó aquí en la última hora o dos, habría sido a plena luz del día.

—Entonces debió de cubrirla.

Se inclinó sobre las muñecas de la víctima, buscando quemaduras o cualquier otra señal de ataduras. Notó una serie de tenues cicatrices blancas en la parte inferior de la muñeca derecha.

—Parece que se autolesionaba —observó Harley—. Las cicatrices son antiguas.

Se enderezó, sin saber qué hacer con este nuevo dato.

—¿Ha examinado el forense debajo de las uñas? —dijo—. No veo indicios de ataduras, así que es probable que se defendiera.

—Tomaron muestras —dijo él—. También sacaron moldes de las huellas de los neumáticos, aunque no hay mucho que analizar, dado todo el césped.

Harley se mordió el labio inferior. Seguía pensando en cómo el asesino había transportado el cuerpo. Mientras rodeaba a la víctima, notó un pendiente oculto bajo la aureola de pelo rizado. Parecía ser de cuero cortado en forma de hoja. Un fino hilo azul estaba enganchado en el metal.

Harley sacó su móvil y tomó tres fotos del hilo, solo para asegurarse. Luego, usando una mano para apartar con cuidado el pelo de la víctima, liberó el hilo. Callaway le pasó una bolsa de pruebas, y ella metió el hilo dentro.

—¿Qué te parece que es esto? —dijo, sosteniéndolo en alto.

—Una lona —reflexionó Callaway. Ninguno habló durante varios segundos. Había algo a la vez escalofriante y emocionante en reconstruir las piezas de un crimen. A Harley le encantaba el desafío, pero con cada nueva prueba el crimen se volvía un poco más real, un poco más terrible.

Callaway dijo:

—¿Así que crees que pone el cuerpo en la parte trasera de su furgoneta y lo cubre con una lona?

Harley se encogió de hombros.

—Una furgoneta circulando por la carretera con una lona detrás. ¿Quién se va a fijar?

Callaway se frotó la mandíbula, haciendo un leve sonido rasposo como de lija contra madera.

—Aunque eso no reduce mucho el grupo de sospechosos. Casi todo el mundo por aquí conduce una furgoneta. En las ciudades sería diferente, claro, pero en el campo...

Sin embargo, algo más sobre el cuerpo había llamado la atención de Harley. Lo miró fijamente, desconcertada.

—¿Harley? —dijo Callaway—. ¿Sigues con nosotros?

—Su ropa. ¿No te parece rara?

Callaway se encogió de hombros.

—Probablemente no sea la última moda en París, pero...

—Yo llevaba un vestido igual cuando era pequeña, lo compré a un vendedor ambulante. —Era bastante común ver a alguien al borde de la carretera vendiendo ropa, leña, pan frito, maíz u otros artículos desde la parte trasera de una furgoneta, una vieja cabaña o incluso una autocaravana.

Era algo que había echado de menos cuando se mudó al este. No había nada como un tamal recién hecho y caliente.

Harley levantó la tela y empezó a examinar las costuras. No era costurera, pero las irregularidades en las puntadas —por no mencionar la ausencia de etiquetas— sugerían lo que ya sospechaba.

—Este vestido está hecho a mano —reflexionó.

El rostro de Callaway se iluminó de repente.

—¿Sabes? Hay un sitio no muy lejos de aquí que vende ese tipo de cosas. —Chasqueó los dedos—. ¿Cómo se llama...?

Alzando la mirada, llamó a un agente cercano.

—¡Eh, Ned! ¿Cómo se llama ese sitio donde vive toda esa gente sin electricidad ni nada?

—¿Te refieres a ese donde los críos siempre tiran piedras a los coches?

—¡Ese mismo!

—La Comunidad Santa Esperanza, creo que se llama.

Callaway se volvió hacia Harley.

—Ahí lo tienes. Estoy bastante seguro de que toda su ropa está hecha a mano; no querrán apoyar al malvado imperio del capitalismo. —Gruñó—. Si alguien por aquí puede decirnos algo sobre ropa hecha a mano, son ellos.

Harley asintió.

—Parece que deberíamos echarles un vistazo.

—Podemos ir en mi furgoneta. Dale tu dirección a Bodie, y él se asegurará de que tus cosas lleguen a tu casa sanas y salvas.

Harley caminó unos pasos y luego se detuvo. Se había ensimismado tanto en los detalles del caso que había olvidado sus planes para el fin de semana. Sin embargo, la mención de Callaway de su dirección le recordó que ni siquiera tenía una cama montada en el nuevo lugar.

—¿Qué pasa? —dijo Callaway, observándola.

—Es solo que si voy contigo, me estoy comprometiendo con esto. Quien hace un cesto, hace ciento. No creo en las medias tintas, no cuando estamos buscando a un asesino. —Suspiró—. Es casi como si no pudiera evitarlo.

Una sonrisa radiante se dibujó en el rostro de Callaway.

—¿Y te das cuenta de esto ahora?

Capítulo Tres

Harley vigilaba por si aparecía una turba de niños lanzando piedras mientras seguían el serpenteante camino de tierra que subía por las colinas, pero no vio ninguna. Sin embargo, sí notó otras señales de vida: montones de piedras, como los que se usan para marcar senderos, pinturas hechas a mano en paredes de roca lisa, pasarelas de cuerda colgando de los árboles. A Harley le daba la sensación de que estaban entrando en una recreación de una cultura primitiva.

—Son cazadores hábiles, varios de ellos —comentó Callaway mientras conducía—. Cazadores con arco y flecha, principalmente. Tendrías que ver cómo acechan a los ciervos.

Mirando un pequeño agujero excavado en la ladera de una colina, a Harley se le ocurrió que a su padre le habría encantado un lugar así. Siempre había sido un ávido amante de la naturaleza, al menos hasta que el cáncer de pulmón lo limitó. Él era la razón por la que a Harley le gustaba tanto hacer senderismo, así como la razón por la que Kelly había ido a esa acampada hace tantos años, un hecho que sin duda lo atormentaba de vez en cuando.

Tengo que hacer tiempo para verlo, pensó. Nunca se sabe cuándo será la última vez.

Ambos habían cometido muchos errores en su relación, pero Harley estaba decidida a enterrar el hacha de guerra y empezar de nuevo, aunque no les quedara mucho tiempo para trabajar en ello.

Al doblar una curva, Harley se distrajo de sus pensamientos por un gran cartel de madera que decía "COMUNIDAD SANTA ESPERANZA: TODOS SON BIENVENIDOS" en brillantes y alegres brochazos de pintura. Huellas de manos —algunas del tamaño de las manos de Callaway, otras tan pequeñas como las de un mapache— decoraban la madera alrededor del mensaje central en una caótica mezcla de colores.

—Puedo ver el atractivo —dijo Harley—. Tu propia pequeña comunidad aquí, lejos del ruido y la contaminación.

—Hasta que te sientas en el retrete en pleno invierno —observó Callaway con sequedad.

La comunidad estaba situada en una meseta en las colinas boscosas. A la derecha, altas colinas salpicadas de matorrales dominaban la comunidad; a

la izquierda, el terreno descendía hacia las lejanas llanuras. Sin embargo, la característica más llamativa era lo verde que era el valle. La vida vegetal florecía por todos lados: grupos de álamos, hileras imponentes de chopos, forsitias doradas y otros arbustos que Harley no pudo nombrar.

—Hay un río subterráneo no muy lejos de la superficie —dijo Callaway —. Es lo único que mantiene vivo este lugar.

—Quizás tenga que tomarme mis próximas vacaciones aquí — reflexionó Harley, medio en broma y medio en serio. Su atención pasó de las plantas a las filas de casas de adobe que flanqueaban el camino, todas con puertas y ventanas pintadas de colores vivos. Cada patio tenía un pequeño huerto. En el centro de la comunidad (Harley pensó en ello como la plaza del pueblo) se alzaba un gran pozo de fuego cubierto por un toldo y rodeado de largos bancos de madera. Harley supuso que era donde la comunidad celebraba sus reuniones grupales.

A medida que se acercaban al centro de la comunidad, Harley notó ojos que los observaban desde todos lados. Una anciana que estaba cavando en un jardín se enderezó para mirarlos fijamente. A su lado, un hombre más joven estaba quitando malas hierbas con una horca. Se detuvo para mirar hacia arriba, limpiándose el sudor de la cara con un pañuelo mientras miraba fijamente el vehículo.

—¿Crees que conducen automóviles? —reflexionó Harley en voz alta.

—¿No viste el aparcamiento allá atrás?

Harley negó con la cabeza. Había estado demasiado distraída para darse cuenta.

—Tienen quizás cuatro o cinco vehículos. La mayoría del tiempo van a pie o en bicicleta, pero a algunos todavía les gusta conducir. No está en contra de las reglas, aunque se ve mal depender demasiado de los automóviles.

—Me sorprende que no tengan caballos y carruajes.

Callaway se rió. —Estamos un poco al sur para estar en tierra amish, por si no te has dado cuenta.

Callaway aparcó cerca de la plaza del pueblo. Cuando los dos agentes salieron, un grupo de niños con las caras sucias emergió de entre un par de casas, charlando excitadamente mientras corrían hacia el vehículo. Se detuvieron a una distancia prudente, sus rostros quedándose en blanco mientras miraban hacia arriba al imponente Callaway.

Su ropa es tan sencilla, observó Harley. Ni un solo diseño impreso en ninguna parte. No pudo evitar preguntarse si su ropa había sido hecha a mano al igual que la de la víctima, posiblemente por la misma persona.

Mientras Harley se movía alrededor del capó de la camioneta para unirse a Callaway, esperaba que estos niños no fueran del tipo que lanza piedras. No quería pasar a la historia como la primera agente federal apedreada hasta la muerte por niños.

Sin embargo, los niños no mostraron más que curiosidad cuando Callaway se quitó el sombrero Stetson y les sonrió. —¿Habéis visto alguna vez una placa del FBI, chicos? —dijo, desenganchando su placa y sosteniéndola en alto para que todos los niños pudieran ver el águila dorada brillar bajo el sol. Varios de los niños extendieron sus manos sucias, suplicándole que les dejara sostenerla.

Uno de los niños, sin embargo, un chico flacucho con mejillas pecosas y un gran hueco entre sus dientes delanteros que daba a sus palabras un sonido silbante y hueco, se cruzó de brazos. —No se supone que debáis estar aquí —dijo.

—¿Por qué no? —respondió Callaway, sonriendo.

—La policía no pertenece a este lugar.

Harley mantuvo un tono amable.

—Menos mal que no somos policías. Somos agentes del gobierno.

El chico masculló algo. Harley no captó la mayor parte, pero le pareció oír la palabra "maderos". Estaba a punto de pedirle al chico que lo repitiera cuando una mujer mayor se unió a la conversación.

—Ya está bien, Roslin —dijo. Tenía el pelo largo, mitad gris y mitad blanco, trenzado a los lados de la cabeza con cuentas. Puso su mano sobre la cabeza del chico (Harley se fijó en las medias lunas de suciedad bajo las uñas de la mujer), y el chico salió disparado como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—Me llamo Melissa Hargrave —dijo la mujer, sonriendo y llevándose la mano al pecho—. Aunque por aquí me llaman simplemente Gardenia.

—Gardenia —repitió Callaway con cortesía—. Es un apodo encantador. Yo soy el agente Callaway, y esta es la agente Cole. Somos del FBI.

Una sombra cruzó el rostro de Gardenia.

—No es habitual que tengamos agentes federales aquí en Holy Hope, y perdonad que lo diga, pero no me parece una buena señal que estéis aquí, a

menos que hayáis venido a entregar algunas devoluciones de impuestos en persona.

Callaway soltó una risa desenfadada.

—Me temo que eso no entra dentro de nuestras competencias.

—Estamos investigando un homicidio —dijo Harley, yendo al grano. Levantó su móvil, que mostraba una foto del cuerpo que habían descubierto esa mañana—. ¿Has visto antes a esta mujer?

Gardenia retrocedió, cubriéndose la boca con una mano salpicada de manchas marrones por la edad.

—Yo... no lo sé. ¿Dónde la habéis encontrado? ¿Está muerta?

—Tómate tu tiempo —dijo Callaway con suavidad—. Esto es muy importante. Encontramos su cuerpo en Coyote Creek Road esta misma mañana.

Gardenia se concentró en la foto durante unos segundos antes de apartar la mirada, siguiendo con la vista a un trío de chicos que fingían dispararse unos a otros con palos.

—No, nunca la he visto. O si la he visto, ha sido hace mucho tiempo.

Esta respuesta desconcertó a Harley. No podía asegurar si la mujer mentía, pero tenía la certeza de que ocultaba algo. Sospechaba que Gardenia no había apartado la mirada por incomodidad, sino más bien por el deseo de ocultar sus sentimientos.

—¿Te importa si preguntamos por ahí? —dijo Callaway—. ¿A ver si alguien más podría haberla conocido?

Los ojos de Gardenia volvieron a Callaway. Ahora había en ellos una cautela que no estaba allí antes.

—¿Puedo preguntar qué conexión estáis intentando establecer aquí?

—Su ropa —explicó Harley, guardando su móvil—. Parece hecha a mano, así que pensamos que podría haberla conseguido aquí.

—Bueno, eso aclara las cosas —respondió Gardenia con una pequeña risa de alivio—. Tenemos varias costureras hábiles aquí, de hecho, yo soy una de ellas. Hacemos ropa y la vendemos en los mercados locales. Deberíais pasar por uno de ellos, a ver si alguien ha visto a vuestra víctima.

—Nos aseguraremos de hacerlo —respondió Harley con una sonrisa forzada—. Pero aun así nos gustaría preguntar por aquí, ya que estamos. —No iba a dejarse despachar tan fácilmente.

Esa mirada cautelosa volvió al rostro de Gardenia.

—Solo estamos siendo minuciosos, ya sabes —añadió Callaway para tranquilizarla—. Luego nos iremos.

Gardenia miró a lo lejos. Harley casi podía oír los engranajes girando en la mente de la anciana, aunque no podía adivinar en qué estaba pensando.

Finalmente, se volvió hacia los dos agentes y sonrió, sin rastro alguno de preocupación.

—Es un país libre, ¿no? Podéis hablar con quien queráis, incluso con las ardillas, si os apetece. Probablemente tengan más que decir que cualquier otra persona.

—¿Por qué podría ser eso? —dijo Callaway.

—Somos la primera generación aquí en Holy Hope. La mayoría de nuestra gente se unió a la comunidad para escapar de pasados de adicción o abuso, o simplemente para salir de la carrera de ratas. No pretendo ofender cuando digo esto; para algunos de ellos, agentes del gobierno como vosotros representáis todo aquello de lo que han trabajado tan duro para alejarse.

Sonrió, como para indicar que ella no les guardaba ningún rencor personal. Antes de que Harley pudiera pensar en una pregunta de seguimiento, un joven con el pelo alborotado asomó la cabeza desde una de las casas y la llamó.

—¡Madre! ¡Freedom está de parto!

Gardenia dirigió una sonrisa de disculpa a los agentes.

—Aquí consideramos la vida sagrada —dijo rápidamente—. Así que si estáis buscando a un asesino, os sugiero que miréis en otra parte. —Dicho esto, se apresuró a marcharse en un revuelo de faldas.

Harley observó cómo la mujer desaparecía dentro de la casa.

—¿Soy yo —murmuró—, o estaba haciendo todo lo posible para convencernos de que estábamos perdiendo el tiempo?

—¿Puedes culparla? —respondió Callaway en voz baja—. Trabajan tan duro para separarse de la sociedad, y de repente aparecen dos agentes federales buscando a un asesino. Puede que parezcan un poco raros, pero al final del día, lo único que buscan es un poco de paz y tranquilidad.

—Esperemos que no tengamos que llevarnos a uno de ellos esposado.

Harley ya se sentía como una forastera, simplemente porque había pasado tantos años en el noreste. Había perdido el contacto con el ritmo pausado de vida de aquí, y en ningún lugar era el contraste más evidente

que en medio de una comunidad aislada donde no existía algo como fichar o ver el telediario. Iba a necesitar tiempo para adaptarse.

Una adolescente que llevaba una cesta de verduras caminaba por el lado opuesto de la carretera. Se movía como si estuviera deseando que se la tragara la tierra: cabeza gacha con el pelo ocultando su rostro, hombros encorvados, arrastrando los pies.

—Disculpa, ¿señorita? —dijo Harley, cruzando hacia la chica—. ¿Podrías decirme si reconoces a esta mujer?

La chica levantó la mirada, sus ojos se abrieron de par en par con miedo. Luego se apresuró a avanzar, ignorando la petición de Harley. Desapareció dentro de una de las casas, lanzando una mirada asustada a los dos agentes mientras cerraba la puerta.

—Qué extraño —dijo Callaway.

—Tal vez sus padres le enseñaron a no hablar con desconocidos —sugirió Harley. No sabía si atribuirlo a la timidez adolescente o si había algo más en juego.

Una sombra cruzó el rostro de Gardenia.

—No es frecuente que tengamos agentes federales aquí en Holy Hope, y perdonad que lo diga, pero no me parece buena señal que estéis aquí, a menos que hayáis venido a entregar algunas devoluciones de impuestos en persona.

Callaway soltó una risa desenfadada.

—Me temo que eso no entra dentro de nuestras competencias.

—Estamos investigando un homicidio —dijo Harley, yendo al grano. Levantó su móvil, que mostraba una foto del cuerpo que habían descubierto esa mañana—. ¿Has visto antes a esta mujer?

Gardenia retrocedió, cubriéndose la boca con una mano salpicada de manchas marrones por la edad.

—Yo... no lo sé. ¿Dónde la habéis encontrado? ¿Está muerta?

—Tómate tu tiempo —dijo Callaway con suavidad—. Esto es muy importante. Encontramos su cuerpo en Coyote Creek Road esta misma mañana.

Gardenia se concentró en la foto durante unos segundos antes de apartar la mirada, siguiendo con la vista a un trío de chicos que fingían dispararse unos a otros con palos.

—No, nunca la he visto. O si la he visto, ha sido hace mucho tiempo.

Esta respuesta desconcertó a Harley. No podía asegurar si la mujer mentía, pero tenía la certeza de que ocultaba algo. Sospechaba que Gardenia no había apartado la mirada por incomodidad, sino más bien por el deseo de ocultar sus sentimientos.

—¿Te importa si preguntamos por ahí? —dijo Callaway—. A ver si alguien más podría haberla conocido.

Los ojos de Gardenia volvieron a Callaway. Ahora había en ellos una cautela que no estaba allí antes.

—¿Puedo preguntar qué conexión estáis intentando establecer aquí?

—Su ropa —explicó Harley, guardando su móvil—. Parece haber sido hecha a mano, así que pensamos que podría haberla conseguido aquí.

—Bueno, eso aclara las cosas —respondió Gardenia con una pequeña risa de alivio—. Tenemos varias costureras hábiles aquí, de hecho, yo soy una de ellas. Hacemos ropa y la vendemos en los mercados locales. Deberíais pasar por uno de ellos, a ver si alguien ha visto a vuestra víctima.

—Nos aseguraremos de hacerlo —respondió Harley con una sonrisa forzada—. Pero aun así nos gustaría preguntar por aquí, ya que estamos. —No iba a dejarse despachar tan fácilmente.

Esa mirada cautelosa volvió al rostro de Gardenia.

—Solo estamos siendo minuciosos, ya sabes —añadió Callaway para tranquilizarla—. Luego nos iremos.

Gardenia miró a lo lejos. Harley casi podía oír los engranajes girando en la mente de la anciana, aunque no podía adivinar en qué estaba pensando.

Finalmente, se volvió hacia los dos agentes y sonrió, sin rastro alguno de preocupación.

—Es un país libre, ¿no? Podéis hablar con quien queráis, incluso con las ardillas, si os apetece. Probablemente tengan más que decir que cualquier otra persona.

—¿Por qué podría ser eso? —dijo Callaway.

—Somos la primera generación aquí en Holy Hope. La mayoría de nuestra gente se unió a la comunidad para escapar de pasados de adicción o abuso, o simplemente para salir de la carrera de ratas. No pretendo ofender cuando digo esto; para algunos de ellos, agentes del gobierno como vosotros representáis todo aquello de lo que han trabajado tan duro para alejarse.

Sonrió, como para indicar que ella no les guardaba ningún rencor personal. Antes de que Harley pudiera pensar en una pregunta de

seguimiento, un joven con el pelo alborotado asomó la cabeza desde una de las casas y la llamó.

—¡Madre! ¡Freedom está de parto!

Gardenia dirigió una sonrisa de disculpa a los agentes.

—Aquí consideramos la vida sagrada —dijo rápidamente—. Así que si estáis buscando a un asesino, os sugiero que miréis en otra parte. —Dicho esto, se apresuró a marcharse en un revuelo de faldas.

Harley observó cómo la mujer desaparecía dentro de la casa.

—¿Soy yo —murmuró—, o estaba haciendo todo lo posible para convencernos de que estábamos perdiendo el tiempo?

—¿Acaso puedes culparla? —respondió Callaway en voz baja—. Trabajan tan duro para alejarse de la sociedad, y de repente aparecen dos agentes federales buscando a un asesino. Puede que parezcan un poco raros, pero al fin y al cabo, lo único que buscan es un poco de paz y tranquilidad.

—Esperemos que no tengamos que llevarnos a uno de ellos esposado.

Harley ya se sentía como una extraña, simplemente porque había pasado tantos años en el noreste. Había perdido el contacto con el ritmo pausado de vida de aquí, y en ningún lugar era el contraste más llamativo que en medio de una comunidad fuera de la red donde no existía algo como fichar o ver el telediario. Iba a necesitar algo de tiempo para adaptarse.

Una adolescente que llevaba una cesta de verduras caminaba por el lado opuesto de la carretera. Se movía como si estuviera deseando meterse en un agujero en el suelo a la primera oportunidad: cabeza colgando hacia delante con el pelo ocultando su rostro, hombros encorvados, pies arrastrándose por el suelo.

—Perdona, ¿señorita? —dijo Harley, cruzando hacia la chica—. ¿Puedes decirme si reconoces a esta mujer?

La chica levantó la mirada, sus ojos se abrieron de par en par con miedo. Luego se apresuró a avanzar, ignorando la petición de Harley. Desapareció dentro de una de las casas, lanzando una mirada asustada a los dos agentes mientras cerraba la puerta.

—Qué extraño —dijo Callaway.

—Tal vez sus padres le enseñaron a no hablar con desconocidos —sugirió Harley. No sabía si atribuirlo a la ansiedad social adolescente o si había algo más en juego.

Aún estaba reflexionando sobre esto cuando Callaway señaló hacia un trío de hombres de mediana edad sentados en una mesa al otro lado de la

calle.

—Vamos a preguntarles a esos señores —dijo—. Parecen comunicativos.

Los tres hombres tenían barbas de diversos colores: una rubia, una gris y una negra como el carbón. Fumaban en pipa y discutían sobre las ideas de Albert Camus, un autor que Harley había leído en la universidad pero del que recordaba muy poco.

La conversación se detuvo cuando los dos agentes se acercaron a los tres hombres. Sus rostros se volvieron estoicos, sus ojos inexpresivos.

—Disculpad la interrupción —dijo Callaway—. Solo queremos un momento de vuestro tiempo. Estamos buscando...

Antes de que Callaway pudiera terminar, los tres hombres apartaron sus sillas, se levantaron y se alejaron, cada uno en una dirección distinta. Parecía casi como si lo hubieran ensayado.

Harley los observó alejarse, desconcertada por su reacción.

—¿Alguna vez te has sentido como una persona non grata?

—Cada vez más —respondió Callaway—. Sabía que no tenían una buena opinión de las fuerzas del orden, pero no sabía que fuera tan grave.

Harley apretó la mandíbula, sin dejarse desanimar.

—Bueno, no nos vamos a rendir tan fácilmente. Iremos puerta por puerta si es necesario.

—Estaréis perdiendo el tiempo —dijo una voz cercana.

Miraron hacia un hombre de pelo largo sentado en un tronco cercano, tallando un trozo de madera. Parecía estar haciendo un mango de hacha. Largos rizos de madera salían volando del cuchillo y caían al suelo, brillantes contra la tierra apisonada.

—¿Qué quieres decir con eso? —respondió Callaway, acercándose a él.

—Quédate donde estás —siseó el hombre—. Sentaos en la mesa, ¿vale? ¿Pretendéis que me pongan en la lista negra?

Callaway arqueó una ceja mirando a Harley.

Este lugar se vuelve más extraño por momentos, pensó Harley.

—Supongo que debemos actuar como si estuviéramos hablando entre nosotros —dijo Harley en voz baja mientras ella y Callaway se sentaban uno frente al otro—. Deberíamos mirar alrededor, fingir que disfrutamos del paisaje.

Callaway se reclinó, extendiendo sus largos brazos sobre la mesa. Sus manos eran grandes y callosas, manos de trabajador. Pequeñas astillas

amarillas se clavaban en la piel alrededor de las uñas. Astillas de heno, supuso ella. Era un sutil recordatorio de que Callaway tenía una vida más allá de este trabajo, una vida de la que Harley sabía muy poco.

—¿Podemos enseñarte la foto? —dijo Callaway, mirando a Harley pero hablando con el tallador.

—Ya la vi cuando la estabais mostrando por ahí.

—¿Y la reconoces? —respondió Harley.

El hombre guardó silencio durante varios segundos. El cuchillo hacía un sonido shhk, shhk mientras raspaba la madera.

—¿Está muerta? —dijo.

—Me temo que sí —respondió Callaway—. ¿La conocías?

Otro largo silencio. Finalmente dijo:

—No podemos hacer esto aquí. Mi casa está al final del todo, la que tiene todos los barriles de lluvia. A la derecha. Encontraos conmigo allí en cinco minutos.

Con eso se levantó, se echó el pelo hacia atrás y desapareció entre dos de los edificios.

Capítulo Cuatro

Callaway llamó a la puerta de la cabaña de adobe. Mientras esperaba una respuesta, echó una mirada cautelosa a Harley, que miraba hacia otro lado. Se había olvidado de lo alta que era, probablemente porque el tamaño de su personalidad compensaba con creces la diferencia. Tenía la espalda recta como una vara, el pelo recogido pulcramente detrás de la cabeza, y un toque discreto de sombra de ojos daba a su mirada un aire misterioso. Una cadena de plata que Callaway no había notado antes colgaba de su cuello.

Callaway no esperaba que Harley aceptara el trabajo; no parecía el tipo de persona que vuelve sobre sus pasos. Ahora que estaba aquí, sin embargo, tenía sentimientos encontrados. Sabía que era una agente de campo competente —el caso Navarro se lo había demostrado—, pero no podía evitar preguntarse por la investigación abierta por la Oficina de Responsabilidad Profesional para examinar su persecución de John Kavers, un asesino en serie que Harley había ayudado a encarcelar. La habían puesto de baja por sus esfuerzos, razón por la cual había venido al oeste a visitar a su familia y acabó trabajando como consultora en el caso Navarro.

¿Qué había hecho? Obtenía resultados, eso estaba claro, pero ¿a qué precio? ¿Cuánto debía preocuparse de que sus tácticas pudieran poner en peligro este caso o cualquier caso futuro en el que trabajaran juntos?

Tendré que preguntárselo directamente, pensó. En cuanto tengamos la oportunidad de hablar.

Y mientras tanto, solo podía esperar que no metiera la pata.

La puerta se abrió y el hombre que tallaba madera con el que habían hablado antes asomó la cabeza. Miró a izquierda y derecha —parecía casi caricaturesco, la forma en que estiraba el cuello— antes de volver a meterse dentro. Callaway entró un momento después, seguido por Harley.

El olor a humo de leña llenaba la habitación baja y oscura. El suelo era de tierra, los muebles —cama, mesa, un juego de cuatro sillas— estaban hechos de madera tallada a mano.

—Disculpad todo este secretismo —dijo el hombre, removiendo el fuego con una rama rota—. A algunos de los otros no les gusta recibir visitas del mundo exterior, lo sienten como una invasión. Es difícil para los niños volver a jugar con palos después de haber visto una Game Boy, ¿entendéis?

Callaway se quitó el sombrero, tanto para evitar golpearse con el techo como para mostrar respeto.

—Claro —respondió, retrocediendo al chocar con una especie de raíz que colgaba de las vigas—. Queréis protegerlos.

—Y ni hablar de conversar con la policía —continuó el hombre, como si Callaway no hubiera hablado—. Sois solo un recordatorio de que aún tenemos que pagar impuestos por servicios que no necesitamos.

—Disculpe que le interrumpa —dijo Harley—. Creo que no nos ha dicho su nombre. —Sacó su teléfono, probablemente para tomar notas.

Realmente tiene una manera de destacar como un pulgar dolorido, pensó Callaway, y por un breve momento se preguntó si había sido un error invitarla a ver el cuerpo en Coyote Creek Road. Aunque, ¿no le había mostrado el cuerpo para que se metiera de lleno en el caso? Habían formado un buen equipo trabajando juntos en el caso Navarro. ¿Quién podía decir que no podrían tener el mismo éxito de nuevo?

Aun así, la investigación de la OPR...

El desconocido alzó una ceja desdeñosa ante el teléfono móvil de Harley.

—¿Nombre nuevo o antiguo? —dijo.

Harley levantó la vista, desconcertada por la pregunta.

—La mayoría de nosotros adoptamos un nuevo nombre cuando venimos aquí —explicó el hombre—. Representa el cambio: de la oscuridad a la luz, de la esclavitud a la libertad, cosas así. —Se encogió de hombros—. A los niños les encanta. Pueden ponerse nombres de plantas, héroes antiguos, conceptos grandilocuentes... cualquier cosa para demostrar que son diferentes de quienes eran antes de venir aquí.

Callaway pensó en el joven que le decía a Gardenia que alguien llamado "Libertad" estaba de parto. Tenía la sensación de que "Libertad" no era el nombre que figuraba en el certificado de nacimiento de la madre.

—En fin —continuó el hombre, haciendo un gesto con la mano—, podéis llamarme Jed.

Callaway alzó las cejas.

—¿Es ese tu verdadero nombre?

—Jedediah Everett Landon. En realidad, no tengo un nombre nuevo. La mayoría de los niños simplemente me llaman "Joe el Carpintero".

Landon sacó una silla y se desplomó en ella.

—Lo que intentaba decir es que cuando tenemos un problema, lo resolvemos nosotros mismos. Siempre hay una manera de hacer las cosas pacíficamente.

—Eso no funcionó muy bien para esta mujer —dijo Harley, levantando su teléfono para que Landon pudiera ver mejor la foto de la víctima.

—Ah, Sienna —murmuró Landon con un pesado movimiento de cabeza —. Nunca estuviste preparada para este mundo.

Callaway detectó una nota de genuino pesar en la voz del hombre.

—¿Cómo conocía a la víctima?

—Vivía no muy lejos de aquí, bajando por Sawyer Pass. Estaba bastante involucrada en la comunidad, así que la veía de vez en cuando.

—¿Qué quería decir con que nunca estuvo preparada para este mundo? —preguntó Harley.

Landon se apartó un mechón de pelo de la cara.

—Quiero decir que era demasiado inocente, demasiado ingenua. Siempre confiando en las personas equivocadas —dijo, mirando de Callaway a Harley y luego de vuelta—. ¿Me vais a decir qué le pasó?

—Alguien la mató —respondió Callaway—. Dejó su cuerpo al lado de la carretera.

Landon bajó la cabeza y comenzó a frotarse la cara.

—Bueno, no puedo decir que me sorprenda demasiado.

Esto captó el interés de Callaway.

—¿Por qué?

—Los humanos somos animales de manada. Hemos sobrevivido como especie porque hemos encontrado formas de trabajar juntos. De eso se trata toda esta comunidad: todos contribuyen para que el conjunto sea más que la suma de sus partes. Como una gran familia.

—¿Y cómo se relaciona esto con la víctima?

Landon suspiró.

—Sienna fue una de las fundadoras de Holy Hope. Plantó los primeros huertos, enseñó a todos qué cultivos rotar y cómo mantener el suelo fértil y equilibrado. Tenía muy buena mano para las plantas.

Callaway pensó en los tatuajes florales de la víctima. Miró a Harley, que estaba ocupada tomando notas frenéticamente en su móvil. Recordó cómo había pasado con fluidez de un detalle a otro en la escena del crimen, y cómo su análisis les había llevado hasta aquí, a Holy Hope. Era una investigadora nata. Trabajaba demasiado duro como para no serlo.

—Fue una gran pérdida cuando se marchó —continuó Landon—. Todos lo sentimos. Sin duda era una de las buenas.

—¿Cuándo se marchó? —preguntó Harley.

Jed miró al techo con un ojo.

—Se fue de aquí... hace unos seis meses, diría yo. Aunque no se fue muy lejos, la verdad; solo colina arriba, por así decirlo. Se construyó su propia casa en Sawyer Pass.

—Así que seguía viviendo fuera de la red —dijo Callaway, sorprendido de que alguien dejara la comunidad pero no el estilo de vida. Sawyer Pass estaba a muchos kilómetros de cualquier línea telefónica o de agua—. ¿Por qué dejó la comunidad?

Landon agitó la mano en el aire con desdén.

—Oh, algo sobre ser agnóstica. No le gustaba que algunos de nosotros fuéramos creyentes. No creemos en el Monstruo de Espagueti Volador ni nada por el estilo, si es lo que te preguntas. Pero hay algo espiritual en la naturaleza, en vivir cerca de la tierra. Una sensación de misterio, ¿sabes a lo que me refiero?

Callaway asintió. No se consideraba un hombre religioso, a pesar de su educación católica, pero adentrarse en la naturaleza siempre le hacía sentirse cerca del infinito, como si estuviera tocando un gran misterio que no podía comprender del todo.

—¿Dónde has dicho que vivía? —dijo Harley.

Landon hizo un gesto, como si pudieran ver a través de la pared.

—Justo subiendo la carretera. Volved por donde habéis venido y tomad el primer desvío a la izquierda. Lo veréis. No hay mucho por esa carretera más que viejas casas de campo, la mayoría reliquias dejadas por los primeros colonos.

Callaway tomó nota mental de comprobarlo.

—¿Se ha ido alguien más recientemente? —dijo.

Los labios de Landon se apretaron en un gesto de duda.

—Mirad —dijo—, vais a convertir esto en algo grande. "La gente huye de Holy Hope en masa", o algo así. ¿Conocéis el dicho de no cagar donde comes?

Callaway habló con toda la tranquilidad que pudo.

—Le prometo, señor Landon, que no estamos aquí para escribir titulares. Solo queremos averiguar qué le pasó a Sienna.

Landon suspiró.

—Hubo otra mujer, sí. Eleanor Renfrew. Ella y Sienna vivían juntas.

—Perdona —interrumpió Harley—. ¿Cuál era el apellido de Sienna?

—Davis. Sienna Davis.

Harley miró a Callaway y señaló su teléfono con un gesto interrogativo. Callaway asintió, haciéndole saber que estaría bien si quería hacer una llamada. Ella salió.

Cuando la puerta se cerró tras Harley, Callaway arrastró una segunda silla por el suelo de tierra. Se sentó, inclinándose hacia adelante con el sombrero entre las manos. Se sentía como un gorila en una casa de muñecas.

—¿Y ambas desaparecieron más o menos al mismo tiempo? —dijo.

—Así es.

—¿Alguna idea de adónde pudo haber ido Eleanor?

Landon miró pensativo al suelo.

—Bueno, las dos se dedicaban a vender productos agrícolas: remolachas, patatas, pimientos dulces, y cosas así. Así es como la mayoría de nosotros ganamos dinero para pagar impuestos y todo eso: vendemos cosas. La carretera que lleva hasta aquí no es precisamente la 405, así que a veces buscamos quien nos lleve al pueblo. Sienna y Eleanor tienen un amigo agricultor al que le gusta llevarlas al mercado local; tiene algo con ellas, si me preguntas.

—¿Tienes un nombre para este amigo?

—Gale Underwood —pronunció el nombre con cuidado y luego asintió —. Sí, ese es. Un chico joven. Es uno de los miembros más nuevos de aquí. La mayoría de nosotros no tenemos coches, pero Gale conservó el suyo. Parece que tiene un pie a cada lado de la valla, en mi opinión.

Landon se recostó y empezó a frotarse los labios, desviando la mirada antes de volver a fijarla en Callaway. Recordando una clase sobre lenguaje corporal que había tomado una vez para la agencia, Callaway estaba seguro de que Landon ocultaba algo. La cuestión era, ¿qué?

—¿Algo más que deba saber sobre Gale? —dijo.

—Probablemente deberías preguntarle a él. No éramos cercanos —hizo un gesto con la mano y volvió a frotarse los labios. Su rodilla empezó a temblar.

Callaway suspiró y se recostó en su silla, que crujió bajo su peso. El respaldo era demasiado corto, los contornos demasiado rígidos. Iba a necesitar un quiropráctico si se quedaba sentado allí mucho más tiempo.

—Oye, Joe —comenzó—. Te importaba Sienna, ¿verdad?

Landon asintió, frunciendo el ceño con recelo.

—Sí... —La palabra era mitad respuesta, mitad pregunta.

—Entonces, ¿por qué estás protegiendo a alguien que podría saber qué le pasó?

Landon se levantó de repente y se agachó sobre el fuego, dando la espalda a Callaway.

—No lo estoy protegiendo —insistió—. Simplemente no conozco al tío, ¿vale? Lo que haya hecho es asunto suyo, no mío.

Callaway ladeó la cabeza, sin estar seguro de si le seguía.

—Pero si tuvo algo que ver con la muerte de Sienna, eso es asunto mío. No querrás que un asesino ande suelto, ¿verdad?

—No estoy hablando de eso —respondió Landon rápidamente, y luego negó con la cabeza. Se levantó y se apoyó contra la pared, cruzando los brazos. Suspiró, cerrando los ojos e inclinando la cabeza hacia el techo.

—¿Entonces de qué estás hablando? —insistió Callaway.

—De su pasado —respondió Landon—. De antes de que viniera aquí. Todos tenemos un pasado, ¿no? Y parte de él es malo. Quiero que encuentres a quien mató a Sienna, de verdad, pero no...

—Pero estás más preocupado por salvar tu propio pellejo —interrumpió Callaway, con voz grave y amenazante. Se levantó y dio un paso hacia Landon, cuyos ojos se abrieron de par en par.

—Escúchame con mucha atención —dijo Callaway con el mismo tono, como un trueno en el horizonte—. Me importa un comino los delitos menores que hayas cometido antes de venir aquí. Pero si no me dices todo lo que sabes sobre Gale Underwood, me va a importar. Y voy a empezar a indagar, y si encuentro aunque sea una multa de aparcamiento sin pagar en tu historial, te juro por Dios que...

—¡Vale! —exclamó Landon, levantando las manos—. Estuvo en la Guardia Nacional, ¿de acuerdo? No sé qué hizo, pero una vez que estábamos pescando me dijo que ya no se le permite tener armas de fuego. Lo juro por Dios.

—¿Te dijo eso?

Jed asintió y se lamió los labios, que de repente parecían haberse quedado secos.

—¿Quién ha oído algo así? ¿Ex-militar y no puede tener un arma?

—Expulsado del ejército con deshonor —murmuró Callaway, dando un paso atrás—. ¿Tienes idea de cuándo volverá?

Landon se encogió de hombros.

—Cuando cierre el mercado. Normalmente sobre las seis o las siete.

Callaway asintió para sí mismo. Sí, tendrían que tener una conversación con Gale Underwood, quizás una larga. Aunque no hubiera asesinado a Sienna Davis, era muy probable que fuera una de las últimas personas que la vio con vida.

Miró a Landon, que le observaba con cautela como si pensara que Callaway podría propinarle un puñetazo por si acaso.

Callaway sacó una tarjeta del bolsillo de la pechera y se la entregó a Landon.

—Si se te ocurre algo más, llámame —hizo una pausa—. Tienes teléfono, ¿no?

Landon puso los ojos en blanco.

—No, encenderé una hoguera de señales. Somos supervivencialistas, no trogloditas —luego, desinflándose un poco, añadió—: Tenemos un teléfono en la Casa Grande para emergencias.

La Casa Grande. El término le pareció extraño a Callaway, como una reminiscencia de los tiempos de la esclavitud. Pero antes de que su curiosidad le llevara a preguntar a qué casa se refería Landon, la puerta se abrió y Harley asomó la cabeza.

—¿Cómo va todo por aquí? —dijo. Había un brillo de excitación en sus ojos que sugería que tenía noticias.

—Acabamos de terminar —respondió Callaway. Le hizo un gesto con la cabeza a Landon y salió por la puerta.

Landon le siguió.

—¿Y podéis ser discretos? No necesito que nadie sepa que he hablado con vosotros.

Callaway se puso el sombrero y se dio la vuelta, sonriendo bajo el sol de la tarde.

—Seré una tumba. Y no olvides llamar si se te ocurre algo más. No me gustaría tener que molestarte de nuevo.

Landon refunfuñó algo y cerró la puerta.

—Parece que te has hecho un nuevo amigo —observó Harley.

—Algunas personas solo necesitan un pequeño incentivo para hacer lo correcto, eso es todo.

Callaway empezó a caminar hacia la carretera, con Harley a su lado. El aire fresco se sentía maravilloso después del ambiente cargado de la cabaña.

—Le he pedido a Ray que investigue a nuestra víctima —dijo Harley, refiriéndose a un consultor experto en tecnología que trabajaba para la oficina de campo de Santa Fe cuando se le necesitaba. Les había ayudado a acceder a los teléfonos de las víctimas en el caso Navarro, lo que había resultado crucial para la investigación.

—Escucha esto —continuó Harley, con voz animada—. Hace dos años, Sienna Davis vivía con su marido y sus dos hijos cerca de El Paso, era una simple ama de casa a la que le gustaba hornear tartas de melocotón para el párroco y organizar el club de lectura para las señoras. Entonces un día desaparece: coge el coche y se va en medio del día mientras los niños juegan en el jardín.

Mientras pasaban junto a los pinos piñoneros, Holy Hope se abrió de nuevo ante ellos. Varios chicos estaban de pie en la parte trasera del camión de Callaway, fingiendo disparar a los niños que aún estaban en el suelo.

—¿Y cómo acabó aquí? —preguntó Callaway, observando cómo uno de los chicos mayores empezaba a saltar, haciendo que la caja del camión se balanceara.

—Ese es el misterio —contestó Harley—. Según una amiga de la infancia, una maestra llamada Lindsay Mack que creció con Sienna en Iowa, Sienna no era tan feliz como su marido quería que todos creyeran.

—Eso explicaría las cicatrices en su muñeca —observó Callaway—. ¿La señorita Mack sigue en Iowa, entonces?

Harley asintió.

—Dice que Sienna se «desilusionó» con la vida que llevaba y empezó a hablar de empezar de nuevo en otro lugar. Quería «alejarse de todo».

—Yo diría que esto cuenta como alejarse —comentó Callaway mientras se acercaban al camión. Uno por uno, los chicos se dieron cuenta de la presencia de los agentes y sus sonrisas desaparecieron. Los niños les observaban con rostros silenciosos y curiosos.

—Vamos, niños —llamó Gardenia desde el borde de la carretera, con una palangana en las manos—. Nuestros invitados ya se iban —sonrió a los agentes, pero había algo mecánico en su expresión. Le recordó a Callaway a las monjas del colegio católico, aunque no estaba seguro de por qué.

Callaway le hizo un gesto educado con la mano mientras abría la puerta del conductor. Ella permaneció donde estaba unos momentos más, luego

arrojó el contenido de la palangana sobre un grupo de coles. Un líquido oscuro y marrón salpicó las hojas.

—¿Qué más has averiguado de tu nuevo mejor amigo? —dijo Harley.

Callaway observó en el espejo cómo los niños se dispersaban, apresurándose a causar travesuras en otro lugar.

—Según Landon, Sienna vivía cerca con una mujer llamada Eleanor Renfrew, que también parece haber desaparecido.

—Parece que deberíamos ir a echar un vistazo a la casa.

Callaway respiró hondo y soltó el aire lentamente entre los dientes.

—El asunto es que Landon dice que hay un granjero, Gale Underwood, que ha estado llevando a Sienna y Eleanor al pueblo. Guardia Nacional, expulsado con deshonor.

—¿Expulsado por qué?

Callaway se encogió de hombros.

—No estoy seguro.

—Bueno, te toca a ti llamar a Ray. Yo no puedo hablar con él sin que la conversación acabe en cenas y copas.

Callaway sonrió.

—Eres toda una asaltacunas. Deberías avergonzarte de coquetear con un hombre que tiene la mitad de tu edad.

Harley puso los ojos en blanco.

—¿Decías algo sobre ese tal Underwood? —le instó.

—Debería volver esta tarde, sobre las seis o las siete, según Landon. Creo que deberíamos esperarle.

—¿No crees que nos hemos pasado un poco con nuestra bienvenida? Son... ¿qué... las cuatro? Podríamos ir a casa de la señora Renfrew y volver con tiempo de sobra.

Callaway apretó los labios con renuencia.

—¿Y si Underwood vuelve antes? Podría enterarse de que hemos estado haciendo preguntas y decidir huir. Es demasiado arriesgado.

—Y el otro riesgo —respondió Harley— es que la señora Renfrew esté en peligro y no estemos haciendo nada para ayudarla. ¿De verdad quieres quedarte aquí sentado las próximas horas sabiendo que podría estar con el asesino de Sienna ahora mismo?

Callaway miraba por el parabrisas, frotándose la frente con cansancio. No le gustaba la idea de esperar más que a Harley, pero tampoco podía

soportar la posibilidad de dejar escapar a Underwood simplemente por impacientarse.

Quizás esto fue lo que la metió en problemas, pensó. Su maldita impaciencia.

Aún estaba debatiendo qué hacer cuando su teléfono vibró. Articuló sin voz "Newbury" a Harley mientras contestaba.

—¿Qué puedo hacer por ti, jefe? —dijo.

La voz de barítono de Newbury sonaba tan seca como las hojas de maíz después de la cosecha.

—¿Dónde estáis?

—Estamos en Holy Hope Community, siguiendo una pista relacionada con la víctima del homicidio que encontramos esta mañana.

—¿Estamos?

Callaway miró a Harley, que estudiaba su rostro atentamente.

—La agente Cole no pudo evitarlo. Intenté convencerla de que necesitaba poner límites, pero insistió en que no quería esperar hasta el lunes.

Harley le hizo un corte de mangas. Él sonrió.

—Está bien —dijo Newbury sin un ápice de humor—. ¿Cómo lo está llevando?

—Se ha lanzado de cabeza. Ya sabes cómo es: no se anda con medias tintas.

Harley cruzó los brazos y arqueó las cejas, como diciendo: ¿Has terminado de cachondearte de mí?

—¿Y la investigación? —insistió Newbury con el mismo tono formal y directo—. ¿Ya tenéis un nombre para nuestra víctima?

—Sienna Davis. Desapareció de su casa en El Paso hace unos dos años. Resulta que vivía en las afueras de Holy Hope con una mujer llamada Eleanor Renfrew. Hay un granjero local que las lleva al pueblo en coche; estamos esperando a que vuelva.

—Buen trabajo —hizo una pausa—. Pero me temo... que... —Las palabras se volvieron confusas.

Callaway se inclinó hacia delante.

—Perdona, jefe, se está cortando. ¿Puedes repetirlo?

—He tenido el mismo problema —dijo Harley—. No hay cobertura por aquí. Se me ha cortado la llamada varias veces.

Tras unos momentos, la voz de Newbury volvió a sonar.

—¿Me oyes ahora?

—Alto y claro.

—Decía que voy a tener que redirigiros.

Callaway esperó, sorprendido.

—Se ha encontrado un segundo cuerpo —concluyó Newbury.

—Joder —murmuró Callaway, negando con la cabeza. Había esperado que el asesinato fuera un caso aislado, un crimen pasional cometido por un asesino imprudente que probablemente dejaría un montón de pistas tras de sí. Pero dos cuerpos, especialmente en dos lugares diferentes, sugerían que este caso podría ser un poco más complicado de lo que había previsto.

—¿Qué pasa? —susurró Harley, pero Callaway negó con la cabeza, aún concentrado en la conversación con Newbury.

—¿Y qué hay de nuestro sospechoso? —dijo.

—A menos que tengáis pruebas concluyentes —dijo Newbury—, vuestro sospechoso puede esperar. Necesito que vayáis a Lovers' Lane lo antes posible. La policía local está acordonando la zona, pero ya sabes lo fácil que es estropear una escena del crimen.

Callaway frunció el ceño, su mente atrapada en ese nombre.

—Espera, ¿has dicho Lovers' Lane?

—¿La conoces?

—Está a menos de diez kilómetros de aquí.

—Entonces no deberíais tardar mucho en llegar.

—De acuerdo, jefe. Te mantendremos informado.

Callaway terminó la llamada. Se quedó mirando el teléfono, aún con el ceño fruncido.

Harley se aclaró la garganta ruidosamente, arqueando las cejas expectante.

—¿Me pones al día? —dijo.

La voz de Callaway sonó baja y seria.

—Acaban de encontrar un segundo cuerpo —dijo mientras arrancaba la camioneta—. En Lovers' Lane. Por allí no hay más que pastos.

Harley no dijo nada mientras daban la vuelta y pasaban frente a las caras inexpresivas de los residentes de Holy Hope. Los niños no se veían por ninguna parte. Al pasar por un camino de tierra sin señalizar a la izquierda, el que Landon había dicho que llevaba a la casa que Sienna Davis compartía con Eleanor Renfrew, Harley hizo una observación que ya rondaba por la mente de Callaway.

—Primero Coyote Creek, luego Lovers' Lane —dijo—. El asesino está cerca, Callaway.

Él asintió, apretando la mandíbula.

—Justo debajo de nuestras narices.

Capítulo Cinco

Skink cerró la puerta trasera del vehículo y agachó la cabeza, jadeando. Una descarga de triunfo, de invencibilidad, recorrió su cuerpo como electricidad.

—No tendré que volver a oírla —pensó, sonriendo a un cactus erizo que crecía en la tierra seca a sus pies—. Ya era hora de que cerrara la boca para siempre.

La primera vez que quitó una vida le había parecido algo sagrado, como entrar en la iglesia de niño y mirar las vidrieras, escuchando la voz estentórea del cura resonando entre todo aquel oro y plata. Una calma dichosa le había invadido, y durante un tiempo pensó que había escapado de las voces para siempre.

Al fin y al cabo, no había silencio como el de la tumba. Los muertos no podían molestar a los vivos, ¿verdad?

—Oh, sí que podemos —respondió una voz fría y burlona—. No hemos acabado contigo, pequeño imbécil, ni mucho menos.

Skink gimió. Sabía que era cierto. Habían encontrado nuevos cuerpos y habían vuelto para atormentarle, por eso se había visto obligado a matar de nuevo. Y seguiría matando todo lo que hiciera falta para silenciarlas, porque sabía que no le dejarían en paz hasta que lo hiciera.

—Eres patético —susurró la voz—. Una pérdida de espacio. ¿Por qué no te ahogas en el váter y le haces un favor al mundo?

Skink golpeó la puerta trasera con el puño, abollando el metal.

—¡Dejadme en paz! —gruñó—. ¿Por qué no me dejáis en paz de una vez?

—Oblígame —respondió la voz—. Si tienes agallas.

Skink se aferró a la puerta con todas sus fuerzas al sentir que le venía un ataque. Así los llamaba su madre, antes de que su novio se la llevara a Las Vegas: "los ataques". Empezaba con un tic en la muñeca. Cuando lo detenía ahí, pasaba a los labios, su boca formando palabras que no podía —o quizás no quería— decir en voz alta.

—Parad —gimió interiormente—. Por favor, basta ya.

Sintió el escozor de la escoba golpeándole la cara.

—¡Pequeña salamandra patética! ¿Qué te pasa? ¡Eres un farsante!

¿Estaba fingiendo? ¿Tenía control sobre su cuerpo? No lo sabía.

Su cabeza empezó a agitarse de lado a lado, solo un pequeño temblor, una protesta corporal contra las acusaciones que resonaban en sus oídos. Entonces un recuerdo se volvía nítido, y con él llegaba una punzada de dolor físico. Su cuerpo se estremecía, como si tuviera frío, y su cabeza daba una sacudida violenta.

Se desplomó indefenso en el suelo.

—¡Levántate, gusano! ¡Pedazo de mierda inútil!

—No, no, no —murmuró, temblando ahora con más violencia. La había fastidiado. Debería haber esperado hasta tener a las dos a tiro en lugar de ir a por ellas de una en una. Ahora la segunda estaría alerta. Ahora estaría preparada. Y las voces no se callarían hasta que se ocupara de ambas.

—¿Crees que no puedo ver a través de ti? ¡Salamandra! ¿Por qué no vuelves arrastrándote a tu agujero?

Un dolor palpitante crecía en su cabeza. Gotas de sudor corrían por sus costillas. Si pudiera volver atrás, si pudiera hacerlo bien esta vez...

Entonces un sonido atravesó la ladera, dos sílabas gritadas con una voz fuerte y clara. Un nombre. La oscuridad devoró el sonido como una tenia voraz.

Al instante, Skink dejó de temblar. Se incorporó, su mente aclarándose con una sensación de rejuvenecimiento. Sí, aún había una forma de hacerlo bien, aún había una forma de silenciarlas a las dos para siempre. La respuesta venía directa hacia él.

La voz volvió a llamar, instando a Skink a actuar. Una oleada de emoción le invadió mientras se levantaba y escudriñaba la pendiente en sombras.

La única pregunta era... ¿dónde estaba ella?

Tendría que ir a buscarla. No podía arriesgarse a que se diera la vuelta.

Subió la pendiente con zancadas largas y decididas. Era una criatura del desierto, un cazador nato. Sus ojos agudos escrutaban el paisaje oscuro.

Por fin divisó la figura. Cojeaba bajando la pendiente, mirando alrededor con desesperación mientras gritaba el nombre. Pero la mujer a la que llamaba no respondería, oh no. Skink se había asegurado de ello.

Sonrió, complacido con este conocimiento secreto. Seguro de que estaban solos, pisó con fuerza una rama. Se quebró bajo su pie, y la mujer volvió la cabeza, con la boca y los ojos abiertos por la sorpresa.

—¿Qué quieres? —dijo, intentando sonar molesta. Sin embargo, no era suficiente para ocultar el delicioso latido de miedo que vibraba como una

arteria bajo las palabras. Oh, cómo le encantaba ese sonido a Skink.

Se quedó allí de pie, sin decir nada, observándola como quien mira una película. Su boca colgaba floja por la intensidad de su concentración mientras se preguntaba si ella sabía qué espíritu maligno llevaba dentro, agazapado como una larva en el costado de un árbol.

Los ojos de la mujer recorrieron el lugar, como decidiendo adónde podría ir.

—Estoy buscando a una amiga mía. ¿Has visto a alguien por aquí?

De nuevo, Skink guardó silencio. Le gustaba verla retorcerse.

La mujer respiró hondo, se llevó las manos a la boca y gritó el nombre.

—No puede oírte —dijo Skink. Ahora que la había encontrado, ya no le gustaba que gritara. Podría atraer a algún visitante indeseado, alguien que no tuviera nada que ver con lo que estaba a punto de ocurrir allí.

—¿Qué quieres decir? —respondió ella, con un temblor en la voz.

—¿Por qué no vienes conmigo? Puedo mostrarte dónde está.

La mujer le miró fijamente, con la inquietud grabada en sus rasgos.

—¿Le has hecho algo? ¿La has herido?

Skink sonrió.

—Ven y compruébalo.

Ella se quedó mirando durante varios segundos, en una pose clásica de ciervo deslumbrado por los faros: ojos muy abiertos, cuerpo tenso como la cuerda de un arco. Entonces hizo justo lo que Skink había estado esperando.

Echó a correr.

Una deliciosa sensación de poder invadió a Skink. Ahora él tenía el control. Como un perro excitado por la persecución, corrió tras ella.

Oh, qué bueno era estar vivo.

Capítulo Seis

El pecho de Harley se encogió al ver a la mujer tirada como un trapo en el arcén del camino de tierra. La víctima yacía sobre su costado derecho, la tierra y las malas hierbas debajo de ella manchadas de sangre. Su caja torácica estaba parcialmente hundida, la cadera fracturada, y la cabeza reposaba en un ángulo extraño que sugería varias vértebras rotas. Aunque Harley había visto muchos cadáveres en sus once años en el Bureau, la visión de uno –especialmente uno tan mutilado como el cuerpo que tenía delante– aún podía impactarla como un jarro de agua fría.

Harley alzó la mirada cuando Callaway se acercó, dejando su conversación con un granjero con peto y una barba gris desaliñada que había dado el aviso sobre el cuerpo. Detrás de él había un camión de productos rebosante de lechugas, remolachas, espinacas y otras muchas verduras de cultivo local. Harley echó un vistazo rápido a la parte delantera del camión, preguntándose brevemente si cabía la posibilidad de que él hubiera atropellado a la víctima. No vio sangre, daños ni ningún otro indicio de que el camión hubiera estado involucrado.

–Dice que estaba mirando las flores, pensando en coger algunas para su mujer –explicó Callaway, señalando con el pulgar por encima del hombro para indicar al granjero–. Por eso la carretera se llama Camino de los Enamorados, al fin y al cabo: por los colores. Deberías ver los álamos en otoño.

Harley miró hacia el bosque ralo que cubría la ladera a su izquierda. No muy arriba de esa colina estaba la casa donde vivían Sienna y Eleanor, que a su vez estaba cerca de Holy Hope, la misma comunidad donde vivía un hombre llamado Gale Underwood. Coyote Creek Road, donde se había encontrado el cuerpo de Sienna Davis, no estaba lejos hacia el sur.

–Y no te preocupes –añadió Callaway–. Le eché un vistazo por encima a su camión. No hay nada en esa rejilla más que bichos muertos.

–Podría ser un atropello y fuga –observó Harley–. ¿Qué hace que Newbury piense que esto está relacionado con nuestro caso?

–¿Además de la falta de marcas de frenos y la proximidad al primer cuerpo? –Callaway hizo un gesto con la cabeza hacia el granjero–. El tipo que encontró el cuerpo dice que la reconoció. ¿Quieres adivinar el nombre?

El corazón de Harley se hundió. –No me digas que es la señora Renfrew.

Callaway asintió con una expresión de amarga satisfacción. –La misma. Menuda coincidencia, ¿no crees?

Permaneció en silencio durante varios segundos, una presencia invisible detrás de ella. Esperaba que lo dejara pasar; no era el momento de discutir los métodos y méritos de casos pasados. Necesitaban mantenerse concentrados.

–No estoy hablando de tu investigación –continuó–. Estoy hablando de la investigación de la OPR.

Harley cerró los ojos y suspiró. Debería haber sabido que esto llegaría eventualmente. Después de todo, ninguna buena acción quedaba sin castigo.

–No lo mencioné antes –continuó Callaway con esa manera lenta y decidida suya– porque solo eras una consultora. Pero si voy a trabajar contigo de forma más... permanente, necesito saber con qué tipo de persona estoy tratando.

La mirada de Harley recorrió el cuerpo de la víctima de arriba a abajo. –Si puedes confiar en mí, quieres decir.

Él ignoró esto. –¿Qué estaban investigando, Harley? Específicamente, me refiero. La OPR no se involucra a menos que el Bureau tenga buenas razones para creer que un agente se ha extralimitado. Si hay algo que deba saber, esta es tu oportunidad. No puedo confiar en ti si no estás dispuesta a ser sincera conmigo.

Se levantó y se giró, sintiéndose de repente como si estuviera en un juicio. –¿Qué hay de cuando estábamos en esos túneles con Felix Navarro? –respondió con irritación–. Parecía que no tenías problemas en confiar en mí entonces.

–Eso fue diferente. No tenía otra opción más que confiar en ti.

–Y qué desastre fue eso –Negó con la cabeza y comenzó a moverse por el borde de la carretera.

¿Nunca terminaría esta caza de brujas? ¿Era Newbury el único que se daba cuenta de lo fundamental que había sido ella para encerrar a Kavers, y de lo fácilmente que otro agente podría haberlo estropeado siguiendo las reglas? Ella era quien había corrido los riesgos, poniendo su carrera en juego para detener los asesinatos. Si sus métodos hubieran puesto en peligro la investigación, habría recibido toda la culpa. Entonces, ¿por qué no recibía ningún crédito por tener éxito?

–¿Adónde vas? –dijo Callaway, siguiéndola. Suspiró, su voz volviéndose conciliadora–. Mira, esto no es unilateral. Si hay algo que crees que necesitas saber sobre mí, soy un libro abierto. ¿Quieres saber por qué me hice policía? ¿Quieres saber sobre mi familia?

–Ya he oído todo eso antes –dijo, abanicando las hierbas del borde de la carretera con la mano.

Él se detuvo. –No te lo he contado... no todo.

–No hace falta –Se enfrentó a él–. Te hiciste policía por alguna vieja injusticia: un amigo de la infancia fue recogido por el extraño equivocado, ¿no es eso lo que dijiste?

–Haciendo autostop –añadió, observándola con cautela.

–Y así te hiciste policía para marcar la diferencia. Satisfizo tu inquietud por un tiempo, pero querías hacer más que repartir multas y dirigir el tráfico. Así que cuando llegó un reclutador del FBI, aprovechaste la oportunidad. ¿Cómo voy hasta ahora?

–Continúa –dijo él.

Harley siguió caminando mientras los detalles se agolpaban en su mente.

—Eras mayor en ese momento, probablemente saliendo en serio con tu novia de la universidad. Ella estaba lista para formar una familia, y tú creías que también lo estabas —dijo. Aquí sintió que parte de su propia historia se filtraba en la narración, pero continuó de todos modos.

—Al principio fue genial —prosiguió, buscando de nuevo entre las hierbas—. Luchador contra el crimen de día, hombre de familia de noche. Se complementaban bien el uno al otro... hasta que dejaron de hacerlo. Todavía estás jugando para ambos equipos, pero pronto te darás cuenta de que tienes que elegir.

—Crees que me tienes calado, ¿no?

Suspiró.

—Soy perfiladora, Callaway. Es lo que hago: estudio a las personas.

—Sí, bueno, te equivocas —dijo con un toque de enfado—. Conocí a mi mujer en una clase de kickboxing, no en la universidad, y solicité entrar en el Bureau después de un seminario de justicia criminal. No hizo falta el discurso de ningún reclutador.

Ella notó lo que estaba buscando y se agachó, apartando las hierbas. Una zapatilla blanca yacía de lado en la tierra.

—Y estoy felizmente casado con dos hijos, muchas gracias —continuó —. Que tú no pudieras equilibrar el trabajo y el hogar no significa que yo esté condenado al mismo destino.

Ignoró la pulla.

—Guantes —dijo, extendiendo la mano.

Callaway, que guardaba una caja de guantes de plástico en su furgoneta, le entregó un par.

—¿Qué pasó durante el caso Kavers? —dijo suavemente.

Ella fotografió la zapatilla con su teléfono, luego enganchó dos dedos y un pulgar alrededor de la parte trasera del zapato, levantándolo en el aire. Estaba cubierto de barro, igual que el primer zapato.

Callaway la siguió mientras volvía al cuerpo, donde sostuvo el zapato junto al pie de la víctima.

—Es demasiado grande —murmuró—. Al menos dos tallas más grandes, diría yo. ¿Por qué Eleanor llevaría zapatos demasiado grandes para ella? ¿Y de dónde vino el barro?

Callaway no dijo nada. El silencio comenzó a espesarse. A ella no le gustaba ignorarlo, pero ¿qué tenía que ver con él la investigación de la OPR? Si decidían que había actuado de una manera impropia para un agente del Bureau, impondrían consecuencias. Si no, ¿de qué había que hablar?

Finalmente, Harley suspiró.

—No quiero hablar de ello, ¿vale? Cuando la OPR presente su informe, si hay algo que informar, podrás leerlo todo entonces. De lo contrario... — Se interrumpió.

Callaway le lanzó una mirada fría. Se sentía mal por mantenerle a distancia, pero no podía permitir que cuestionara cada una de sus decisiones, no ahora.

Aún estaba decidiendo si debía decir algo más cuando su teléfono vibró. La voz suave y segura de Ray Ranganathan, el mismo joven informático al que había llamado antes para investigar los antecedentes de Sienna Davis, llenó su oído al contestar.

—¿Qué hay, Harley? ¿Tú y el Joker de patrulla?

Harley se pasó una mano cansada por los ojos. Hablar con Ray tenía la virtud de agotar sus energías.

—¿Lo pillas? —insistió él—. Te llamas Harley, así que él sería...

—¿Necesitas algo, Ray?

Solo le llevó un momento recuperarse. Ese era el superpoder de Ray: la capacidad de permanecer casi totalmente imperturbable ante un rechazo constante.

—Sí, he intentado contactar contigo. Primero pensé que ignorabas mis llamadas, para crear suspense, ya sabes. Pero luego me di cuenta de que probablemente es porque estáis en medio de la nada. No hay muchas antenas por allí.

Ella ladeó la cabeza, desconcertada.

—¿Cómo sabes dónde estamos, Ray? Eres consultor del FBI, no te informan sobre el paradero de los agentes.

La vacilación de Ray fue breve, pero reveladora.

—Escuché una conversación, eso es todo. Cosas de pasillo.

—Mientes fatal, Ray. ¿Cómo nos estás rastreando?

—Usando vuestros móviles, nada más. En serio, me sorprende que no lo haga más gente.

Harley pensó en la casi total ausencia de tecnología moderna en Holy Hope. Quizás tenían razón en algo.

—La mayoría de la gente no es tan cotilla —respondió. Miró de reojo a Callaway, que miraba a lo lejos con expresión pétrea.

—Escucha, Ray —dijo—, estoy en medio de algo aquí. Así que a menos que tengas algo importante...

—¡Hostia puta! ¿Estás en la escena de un crimen?

—Ray, voy a colgar ahora.

—¡Espera, espera, espera! Te llamaba para decirte que investigué ese nombre. Eh... —Su silla crujió, como si se inclinara para leer algo—. Gale Underwood.

—¿Algo interesante?

—Nada, no hay nadie en la Guardia Nacional. Bueno, excepto un tipo que murió hace unos ocho años, pero supongo que eso no ayuda.

—Buena suposición —replicó Harley con sequedad. Hizo una pausa, preguntándose qué pensar de esta noticia. Como siempre, Ray se apresuró a llenar el silencio.

—Así que estaba pensando —dijo—. Llevo cuatro meses en este curro, pero el jefe aún no me da una respuesta sobre un puesto fijo. ¿Crees que podrías hablar con él, usar un poco de ese encanto femenino que te sobra?

—Sabes que podría ser tu madre, ¿verdad?

—Y aun así no aparentas ni un día más de veinte. ¿Cómo lo haces, Harley Quinn? ¿Puedo llamarte Harley Quinn?

—Adiós, Ray —cortó la llamada antes de que pudiera responder. Si lo del FBI no le salía bien a Ray, siempre podría ser teleoperador... si conseguía evitar las demandas por acoso.

—Era Ray —le dijo a Callaway—. No hay resultados para Gale Underwood, no hay nadie con ese historial en la Guardia Nacional. Así que a menos que el señor Landon nos esté mintiendo...

Harley no podía pensar en ningún motivo por el que Jedediah Landon pudiera mentir. Si tuviera algún problema con su investigación, simplemente podría haberse negado a hablar con ellos, como todos los demás. No, Landon parecía preocuparse por Sienna. No tenía razón para despistarles.

—Gale Underwood es un nombre falso —concluyó Callaway. Había una frialdad en su mirada que sugería que su conversación anterior no había terminado aún. Harley sabía que podía dejarlo de lado por el momento, pero tarde o temprano tendría que abrirse si quería ganarse su confianza.

—Nombre falso —reflexionó Callaway—, baja deshonrosa de la Guardia Nacional. No pinta bien para Gale.

Harley asintió, considerando a Underwood cada vez más probable como autor de los asesinatos.

—¿Dónde dijo Landon que estaba ese mercadillo?

Capítulo Siete

Harley sacó unos billetes de su cartera y se los pasó a la anciana apache sentada bajo una sombrilla. La leve sonrisa de la mujer puso en marcha una serie de arrugas, ondulándose hacia atrás hasta sus orejas como olas.

—A mi hermana le encantaban estos —explicó Harley a Callaway mientras cogía el par de pendientes de cuentas. Franjas de turquesa alternaban con blanco, rojo y negro, como el atardecer y las aguas costeras —. Siempre le interesó la historia de la tierra, sobre todo antes de que fuera colonizada.

Sonriendo a la mujer apache, se giró y estudió las filas de puestos a su alrededor. El mercadillo de Tejada se celebraba varias veces al año y atraía a vendedores desde tan lejos como Austin, Texas. Asistían muchos artesanos habilidosos, exhibiendo esculturas hechas de tilo y nogal americano, cerámicas pintadas a mano, atrapasueños, carnes de pastoreo no reguladas por la FDA.

Y, por supuesto, frutas y verduras, como las que vendía Underwood, o como quiera que se llamase en realidad.

—¿También llevas el collar por ella? —dijo Callaway mientras se adentraban en el mercado, buscando los puestos de productos frescos. Algunos vendedores ya estaban guardando sus mercancías en camiones, todoterrenos y caravanas. Pronto la zona volvería a ser simplemente otro trozo de tierra estatal junto a la carretera.

—La mayoría de los hombres no se fijan mucho en las joyas de una mujer —dijo Harley. Hablaba por experiencia propia. Más de una vez se había puesto una joya en particular solo para Rob, y él ni siquiera se había dado cuenta.

—Mi trabajo consiste en fijarme en los detalles —respondió Callaway —. Además, no soy como la mayoría de los hombres —Sus ojos estaban ocultos tras las gafas de sol, pero el lento giro de su cabeza de un lado a otro le indicó a Harley que solo la mitad de su atención estaba en la conversación. La otra mitad buscaba a Underwood, aunque no tenían ni idea de cómo era. Tendrían que preguntar por ahí.

—Diría que la mayoría de los hombres piensan lo mismo —observó Harley, estudiando a Callaway de reojo. Irradiaba frialdad como un bloque de hielo. Intuía que no iba a olvidar cómo había ignorado sus preguntas

antes, ni dejaría que eso le impidiera volver a sacar el tema. Suponía que tenía todo el derecho a preguntar sobre la investigación, pero ella también tenía derecho a contárselo a su manera y en su momento.

Se detuvo en seco cuando dos niños, un chico y una chica, cruzaron corriendo por delante de ella. La niña, unos centímetros más alta que el niño, levantaba en el aire un osito de peluche tuerto, con una expresión de triunfo en la cara. El niño la perseguía, con la boca torcida en un llanto silencioso.

—Antonio de Padua —dijo mientras volvía a caminar junto a Callaway —. Patrón de las personas desaparecidas. El collar, quiero decir.

—¿Aún la echas de menos?

—Cada día.

Callaway asintió.

—Dicen que el tiempo lo cura todo, pero no es verdad. Probablemente sería más exacto decir que la demencia lo cura todo.

—¿Qué le pasó a tu amigo? —dijo ella, arrepintiéndose ahora de cómo le había hablado en la escena del crimen—. El que hacía autoestop.

En lugar de responder, Callaway señaló a dos figuras, hombre y mujer, que guardaban ollas en la parte trasera de una furgoneta, con las manos y las muñecas marrones de arcilla. Una pegatina en el lateral de la furgoneta mostraba un par de H mayúsculas superpuestas entrelazadas con enredaderas.

—Holy Hope —observó Callaway—. Recuerdo haber visto esa furgoneta cuando entrábamos.

—Parece que Sienna y Eleanor no eran las únicas de Holy Hope que venían aquí —respondió Harley, notando cómo Callaway había ignorado completamente su pregunta—. ¿Qué te parece si les preguntamos si han visto a Underwood?

Sin embargo, antes de que Callaway pudiera responder, una voz cercana dijo:

—¿Estáis hablando de Gale?

Se giraron para ver a un hombre barbudo y gigantesco guardando figuritas de cristal soplado en una nevera. El dorso de su mano derecha estaba marcado de blanco, sin duda un riesgo laboral.

—Así es —respondió Harley, preguntándose si este podría ser el hombre que buscaban—. ¿Sigue por aquí?

El hombre se enderezó. Sus ojos recorrieron lentamente hasta sus pies, y luego de vuelta a su cara. No había nada lujurioso en su mirada, solo una fría indiferencia.

—¿Qué hace una chica como tú por aquí? —dijo—. ¿Eres turista?

—En realidad pasé dieciocho años de mi vida por aquí —respondió Harley, molesta por la sugerencia. ¿Por qué todo el mundo la trataba como a una forastera? ¿Era por su forma de vestir?

Callaway dio un paso adelante y mostró su placa.

—FBI. Necesitamos hablar con Gale Underwood, y agradeceríamos que nos indicara en qué dirección podemos encontrarle.

Los ojos del desconocido se demoraron unos segundos más en Harley antes de dirigir su atención a Callaway. Hizo un suave chasquido con la lengua al ver la placa.

—Debe de haber hecho algo malo —dijo—, para que un federal venga a buscarle.

—Dos federales, en realidad —corrigió Harley. No le gustaba la forma en que el hombre había girado su cuerpo alejándose de ella, como si deliberadamente la excluyera de la conversación. Como si no perteneciera a la misma mesa que los adultos.

—¿Qué ha sido? —le dijo a Callaway en un susurro conspiratorio, ignorando a Harley—. ¿Ha matado a alguien? ¿Ha atracado un tren? Joder, supe que ese tío estaba destinado a meterse en líos la primera vez que le vi.

Era un fenómeno curioso para Harley. Algunas personas, cuando les decían que habían estado viviendo al lado de un asesino en serie durante la última década, se ponían a hablar de lo amable que siempre había parecido el asesino. Otros, sin embargo, respondían con una retahíla de sospechas acumuladas a lo largo de los años, como si aprovecharan la oportunidad para reivindicarse.

—Solo necesitamos hacerle unas preguntas —dijo Harley, intentando de nuevo insertarse en la conversación.

El desconocido respondió sin mirarla.

—Sí, y yo solo necesito llegar a casa a tiempo para cenar, pero es difícil cuando estoy aquí hablando con vosotros dos.

Callaway sacó un billete de diez euros de su cartera y lo metió en el bote de propinas que había sobre la mesa.

—¿Esto salda la cuenta?

El hombre resopló.

—Vas a tener que esforzarte un poco más si quieres que la cosa se mueva.

Harley empezó a protestar —ya estaba harta de la intransigencia de este hombre— pero Callaway ya estaba enrollando un billete de veinte y metiéndolo en el bote.

—Ahí tienes —dijo Callaway con una sonrisa amistosa—. Eso debería compensarte por tu tiempo.

Como respuesta, el soplador de vidrio hizo un gesto con la cabeza hacia un lado.

—¿Veis el puesto de calabazas más allá, el hombre y la mujer hablando delante? El hombre es Underwood.

Callaway se tocó el ala del sombrero.

—Muy agradecido.

—De nada —respondió el hombre, siguiendo a Harley con la mirada—. No seáis unos desconocidos, ¿eh?

Mientras se alejaban, Harley negó con la cabeza frustrada.

—¿Cuál era su problema? Es como si hubiera sido invisible.

—Es tu acento —dijo Callaway—. Tienes ese deje yanqui. Vas a tener que trabajarlo si quieres pasar por local.

—¿Tengo que ser local para que me traten con respeto?

Callaway se encogió de hombros.

—Por aquí, sí.

Harley intentó olvidar el incidente mientras se acercaban a Underwood, que estaba llenando una bolsa de papel con calabazas mientras su clienta se abanicaba con un folleto. Underwood era joven y delgado, con el pelo rojo alborotado y un patrón de pecas en la nariz que le daba un aspecto aniñado.

A Harley se le ocurrió que aún no tenía su pistola, sus esposas, ni siquiera su placa. La esperaban en el escritorio de Newbury, y había estado trabajando en la investigación con Callaway todo el día sin un solo descanso. Ni siquiera había ido a casa a cambiarse o a mudarse a su nueva casa.

Aun así, no iba a quedarse atrás y dejar que Callaway detuviera a un sospechoso solo.

Cuando la mujer se alejó, acunando la bolsa de calabazas contra su pecho, Underwood levantó la mirada y vio a los dos agentes que se acercaban. Su sonrisa se congeló.

—¿Gale Underwood? —dijo Callaway en un tono ligero y amistoso—. ¿Podemos hablar contigo un momento?

Underwood bajó la mirada y se sacudió el polvo de la camisa. Se puso las manos en las caderas por un momento, como si estuviera considerando qué hacer.

No lo hagas, pensó Harley mientras se acercaban. No lo hagas. Podía ver la tensión en su cuerpo. Estaba en tensión.

Un estallido de risa vino de la izquierda de Harley. Se giró para ver a un chico de secundaria doblado por la mitad, con la mano sobre la boca mientras el refresco le corría entre los dedos. Varios otros chicos miraban, señalando y riendo.

—¡Acabas de echar el refresco por la nariz! —exclamó uno de ellos, partiéndose de risa.

Ignorando a los chicos, Harley volvió su atención a Underwood, justo a tiempo para verlo desaparecer fugazmente entre dos tiendas.

—¡Mierda! —exclamó Harley mientras ella y Callaway se lanzaban en su persecución.

Capítulo Ocho

¿Por qué siempre tienen que salir corriendo?, pensó Harley mientras perseguía a Underwood, esquivando por los pelos un carrito de bebé que una abuela sesentona había empujado hacia su camino, aún mirando con perplejidad al granjero fugitivo. Mientras Harley sorteaba el carrito, bajó la vista y vio a un par de gemelos mirándola boquiabiertos, uno sosteniendo un juego de llaves de plástico y el otro un libro de tela con un búho en la portada.

El bebé con las llaves las levantó hacia Harley, con la boca abierta en una O perfecta.

Recuperando el equilibrio, Harley se impulsó y corrió entre un par de tiendas, emergiendo al otro lado en medio de un grupo de adolescentes parloteando con helados en las manos. Se abrió paso entre ellos, ignorando sus murmullos de sorpresa.

—¡FBI! ¡Abrid paso! —gritó.

Al escapar del grupo, vislumbró a Underwood saltando por encima de una pila de cajas de tomates. Se enganchó el zapato en un clavo, derribando una de las cajas y desparramando tomates cherry por el suelo. Se puso en pie y lanzó una mirada ansiosa por encima del hombro, buscando a Harley. Un hombre con sombrero de sol —presumiblemente el vendedor de tomates — comenzó a recriminar a Underwood. Este empujó al granjero hacia atrás y siguió corriendo.

Harley saltó por encima de la caja de tomates que quedaba y casi resbala cuando varios tomates estallaron bajo sus pies. El granjero intentó agarrarla, con el rostro contorsionado de rabia, pero ella esquivó su brazo y continuó la persecución.

Underwood había dado media vuelta y ahora corría por la sección de artesanía del mercado, probablemente dirigiéndose hacia el aparcamiento del extremo más alejado. Harley y Callaway habían aparcado en el lado opuesto del mercado, así que si Underwood se dirigía hacia un vehículo, tenían que detenerlo antes de que lo alcanzara.

Espero que Callaway esté pidiendo refuerzos, pensó. Echó un vistazo rápido por encima del hombro, pero no lo vio. Quizás se había quedado

atrás.

Harley agachó la cabeza y corrió con todas sus fuerzas. Underwood era rápido, pero las muchas horas de Harley en el gimnasio empezaban a notarse, a pesar de que no había tomado ni una sola caloría desde el desayuno.

Estaba acortando distancias.

Entonces, cuando Underwood pasaba junto a una mesa llena de cerámica artesanal, Callaway surgió de debajo de un toldo, con los brazos extendidos, lanzándose sobre Underwood. Como un escurridizo corredor de fútbol americano, Underwood plantó el talón y se retorció, esquivando el brazo de Callaway.

Callaway cayó con fuerza sobre la tierra y rodó sobre su espalda. Mientras empezaba a levantarse, Underwood agarró un jarrón negro y se lo lanzó a la cabeza. El agente logró levantar el brazo a tiempo, haciendo que el jarrón se estrellara contra su brazo en lugar de contra su cabeza.

Underwood cogió un segundo objeto —esta vez una tetera decorativa de arcilla— y estaba a punto de lanzársela a Callaway cuando Harley le pasó los brazos por debajo de los suyos y los cerró alrededor de su nuca, atrapándolo en una llave nelson completa. Underwood soltó la tetera y se retorció, intentando zafarse, pero ella ajustó su postura y apretó el agarre, doblándole el cuello hacia el pecho.

—¡Joder! —exclamó Underwood.

Harley estaba demasiado cansada y cabreada como para sentir compasión.

—Sigue resistiéndote, a ver qué tal te sienta —dijo.

—¡Vale, vale! —gritó él, dejando de forcejear—. ¡Me rindo!

—¿Estás bien, compañero? —le preguntó Harley a Callaway, que se levantó frotándose el antebrazo, cuya piel se había puesto de un rojo intenso.

—Sobreviviré —dijo, haciendo una mueca—. Parece que tengo que practicar mis placajes... ha pasado mucho tiempo desde la universidad.

Una multitud de curiosos murmurando había empezado a congregarse. Callaway les mostró su placa y luego sacó las esposas mientras se acercaba a Underwood.

—¿Quieres un consejo? —dijo Callaway mientras le ponía una de las esposas en la muñeca a Underwood—. La próxima vez que decidas salir corriendo, elige un día en el que ella no esté ya cabreada.

* * *

Harley se reclinó en su silla, fingiendo estudiar una carpeta manila que en realidad no era más que un documento sobre la política de conducta. Estaban en la sala de interrogatorios del Departamento del Sheriff del Condado de Huerta, una habitación gris y anodina con una luz fluorescente colgante protegida por una jaula, un reloj que iba cinco minutos atrasado, y poco más.

Underwood estaba sentado frente a ella en la mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza echada hacia atrás en un ángulo altivo. Callaway se apoyaba contra la pared, observando al sospechoso con una mirada pétrea. Un gran moratón se estaba hinchando en su antebrazo.

—No pinta bien para ti, Gale —dijo Harley en un tono de pesar—. Agredir a un agente federal ya es bastante grave por sí solo, pero sumado a los asesinatos... —Negó con la cabeza.

Underwood resopló con desdén.

—No tenéis nada contra mí. Estoy limpio.

—¿Ah, sí? —Harley mantuvo los ojos en el expediente, como si estuviera absorta en lo que leía—. Entonces, ¿por qué huiste? ¿Por qué agrediste al agente Callaway con una vasija?

—El cabrón me agredió primero —se burló Underwood—. O lo intentó, al menos. ¿Qué tal ese brazo, grandullón?

—¿Quieres que lo pruebe? —respondió Callaway—. ¿A ver si todavía funciona?

—No hace falta llegar a eso —interrumpió Harley—. Somos todos adultos aquí, ¿no?

No le preocupaba que la situación se les fuera de las manos —Callaway era demasiado profesional como para dejar que un matón como Underwood le sacara de sus casillas—, pero quería controlar el ritmo. No sabían casi nada sobre Underwood, y seguiría siendo así si él se cerraba en banda. Le habían tomado las huellas dactilares, pero llevaría tiempo obtener los resultados: una semana, quizás dos. Hasta entonces, la nica manera de averiguar su verdadero nombre era que él se lo dijera.

Harley carraspeó.

—Volvamos un poco atrás. La razón por la que queríamos hablar contigo, Gale... ¿debería llamarte Gale, o prefieres otro nombre?

La miró fijamente, con expresión hosca.

—Porque según tengo entendido —continuó ella—, serviste en la Guardia Nacional, ¿es correcto?

Underwood no dijo nada.

—Es admirable servir en el ejército —prosiguió Harley—. ¿No crees, Callaway?

Callaway miró a Underwood en silencio.

—Sin embargo, surge la pregunta —continuó Harley, sin dejarse intimidar por el duelo de miradas—. ¿Qué pasó? Te dieron de baja deshonrosa, ¿no es así?

—Menuda gilipollez —murmuró Gale.

—¿Quieres decir que no te dieron de baja deshonrosa?

—No, quiero decir que fue una decisión injusta, igual que traerme aquí con cargos inventados.

Harley hizo una pausa. Eligió sus palabras con cuidado, sin querer revelar lo poco que sabían sobre él.

—¿Qué tenían de inventado los cargos? —dijo.

—Para empezar, el hecho de que era inocente. Y que el tío que me delató solo era un pelota buscando atención.

—Si te sirve de consuelo —dijo Callaway—, diría que tienes un futuro prometedor en Hollywood si lo de la agricultura no funciona. Se te da de miedo hacer de víctima.

—Que te den, tío.

Harley lanzó una mirada de advertencia a Callaway para indicarle que no estaba ayudando.

—¿Cuál es tu versión de la historia, Gale? ¿Cómo lo viste tú?

Él la miró fijamente durante unos segundos. Luego sus labios se estrecharon en una sonrisa desagradable.

—No sabéis una mierda de mí, ¿verdad? Todo esto —hizo un gesto vago, señalando toda la habitación— es solo un farol para que confiese algo que no he hecho. Ni siquiera sabéis mi verdadero nombre.

—Puede que no —respondió Harley—, pero lo sabremos en cuanto lleguen los resultados de las huellas dactilares. No deberían tardar más de quince minutos. ¿Quieres ahorrarnos tiempo a todos y decirnos lo que vamos a averiguar de todas formas?

Underwood la observó con las cejas levantadas, sin impresionarse.

Valía la pena intentarlo, pensó.

Se reclinó y carraspeó.

—Te daré dos nombres que sí conozco: Sienna Davis y Eleanor Renfrew. ¿Te suenan?

Los ojos de Underwood se entrecerraron con sospecha.

—Por lo que sabemos —continuó Harley—, fuiste la última persona que las vio con vida.

Underwood miró a Callaway, como buscando confirmación.

—¿Sienna y Eleanor están muertas?

—¿Qué tipo de vehículo conduces? —respondió Callaway.

Esto pilló a Underwood por sorpresa.

—Tengo un viejo Suburban. ¿Por qué?

Callaway miró a Harley.

—Esos tienen mucho espacio en el maletero, ¿no crees? Bajando los asientos traseros. Sin duda se podría meter un cadáver ahí.

La atención de Harley estaba en Underwood, leyendo su reacción. Parecía incrédulo.

—¿Un cadáver? —dijo, mostrando las palmas de las manos—. ¿Creéis que las maté?

Hubo un momento de silencio. Harley mantuvo sus ojos en Underwood, buscando algún indicio de que estuviera mintiendo. Su sorpresa parecía genuina. Aunque también podría ser simplemente un buen jugador de póquer.

—Si el zapato encaja... —dijo Callaway.

Algo en esas palabras se quedó en la cabeza de Harley. Su mente volvió a la escena del crimen, imaginando el cuerpo de Eleanor Renfrew retorcido al lado de la carretera. Algo no cuadraba, pero ¿qué?

—Ni de coña, tío —decía Underwood, cada vez más animado—. Les di un aventón al pueblo ayer por la mañana, sí, pero eso fue todo. Estaban felices y sanas cuando las dejé.

—¿Eso fue todo, eh? —insistió Callaway—. ¿Simplemente las dejaste allí, sin pensar que podrían necesitar que las llevaras de vuelta?

Dudó. Callaway, quizás sintiendo su ventaja, se acercó y plantó sus grandes manos sobre la mesa.

—Tenemos testigos que dicen que volvieron a subir a tu vehículo —dijo —. Eso lo sabemos con certeza. La pregunta es, ¿adónde las llevabas?

Era mentira —no habían tenido tiempo de buscar testigos—, pero Callaway lo vendió bien, y la expresión de asco en el rostro de Underwood sugería que se lo había tragado.

—Vale —masculló, apartando la mirada para evitar los ojos penetrantes de Callaway—. Las llevé de vuelta temprano esta mañana, ¿y qué?

—¿Eso es todo? ¿Las llevaste a casa, les deseaste suerte y te marchaste? ¿Tienes algún testigo que lo confirme?

Underwood tragó saliva con dificultad.

—No fue exactamente así. No las llevé hasta su casa.

Harley casi podía ver la emoción creciendo en Callaway.

—¿Ah, no? —insistió—. ¿No habrás dado un rodeo por Coyote Creek Road, verdad?

El rostro de Underwood mostró auténtica sorpresa.

—¿Coyote Creek? ¿Qué pintaría yo allí? Las dejé en el Speedy's porque no tenía tiempo de llevarlas a casa. Es el que está justo al lado de Holy Hope.

—¿Pretendes que me crea que no podías dedicar cinco minutos más? ¿Cuál era la prisa?

Los zapatos, pensó Harley, frunciendo el ceño ante la carpeta en sus manos mientras su mente seguía otro camino. ¿Por qué Eleanor llevaba zapatos que no le quedaban bien? Se inclinó hacia delante y examinó las botas de combate color arena de Underwood. No había conexión allí, al menos que ella pudiera ver.

—Se suponía que tenía que presentarme ante mi agente de libertad condicional, ¿vale? —continuó Underwood, lanzando una mirada desconcertada a Harley—. Ya llegaba tarde... cinco minutos los tolera, pero ¿diez?

Este giro pareció pillar a Callaway por sorpresa.

—¿Y por qué llegabas tarde en primer lugar?

—Estuvimos despiertos media noche, ¿vale? Estaban solas, las dos viviendo por su cuenta. Tenían algún problema religioso con la comunidad, así que se aislaron. Las llevé a pasarlo bien.

—¿Qué número de bota calzas? —dijo Harley de repente.

Ambos hombres la miraron, desconcertados.

—Cuarenta y cinco —dijo Underwood—. ¿Por qué?

Demasiado grandes, pensó Harley. Hizo un gesto con la mano.

—Solo para aclarar.

Callaway le dio una larga mirada antes de reanudar su línea de interrogatorio.

—¿Las estabas llevando a pasarlo bien —le dijo a Underwood—, o eras tú quien lo estaba pasando bien?

Underwood levantó las manos de nuevo en actitud de inocencia.

—Mira, tío, no es como si no fuera consentido. No me aproveché de ellas, y desde luego no las maté. ¿Quieres una coartada? Llama a mi agente de libertad condicional. Puedo darte su número.

Callaway asintió, retirándose de la mesa.

—De acuerdo. ¿Cuál es?

Mientras Underwood le daba el número a Callaway, Harley seguía dándole vueltas a lo de los zapatos. ¿Habría sido un simple error? ¿Eleanor habría cogido el par equivocado de zapatos, quizás sin darse cuenta de su error hasta que ya había salido de casa? ¿Podría ser tan sencillo como eso? Si era así, ¿por qué tenía los pies tan sucios?

Decidiendo que no tenía más preguntas por el momento, Harley salió al pasillo. Callaway emergió unos momentos después, marcando un número en su teléfono.

—Sí, soy el agente Anthony Callaway del FBI. Acabamos de detener a un hombre que se hace llamar Gale Underwood, y afirma...

La voz de Callaway se fue apagando mientras Harley apoyaba la cabeza contra la pared fría y cerraba los ojos. Se imaginó los detalles de la investigación dispuestos como las piezas de un puzle, pero estaba demasiado cansada para seguir intentando encajarlas. Había sido un día largo y estaba agotada.

—Malas noticias —le dijo Callaway al colgar el teléfono—. La coartada de Jake se confirma.

—¿Jake?

Callaway hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta de la sala de interrogatorios.

—Jacob Boudoin, expulsado del ejército por agresión sexual. Su agente de libertad condicional puede atestiguar que estuvo con él desde las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde.

Harley arqueó las cejas.

—¿Nueve horas? ¿Qué estuvieron haciendo todo ese tiempo?

—Después de la reunión, servicios comunitarios: recogida de basura en la carretera con un equipo. Supervisado. No hay forma de que dejara esos cuerpos.

Harley soltó un profundo suspiro. La noticia era desalentadora, aunque no le sorprendía realmente.

—Ahora —continuó Callaway, con los músculos de la mandíbula en tensión—, ¿quieres decirme por qué era tan importante saber su talla de zapatos en medio de mi interrogatorio?

—Es que no lo entiendo —respondió ella—. Casi todos los demás en Holy Hope llevaban sandalias, excepto Jacob Boudoin. Entonces, ¿por qué Eleanor llevaba unas zapatillas deportivas demasiado grandes?

Callaway puso las manos en las caderas y miró al suelo.

—Mira, ha sido un día largo. Ninguno de los dos ha comido nada desde el desayuno. ¿Qué te parece si vamos a por algo de comida rápida?

Harley asintió, sabiendo que una buena comida le sentaría bien.

Sin embargo, mientras salían de la comisaría, seguía pensando en aquellos zapatos, preguntándose qué se le estaba escapando.

Capítulo Nueve

—Parece que volvemos a estar como al principio —dijo Harley mientras rebuscaba en la caja de cartón, escarbando las últimas patatas fritas del fondo—. Boudoin está limpio.

Estaban sentados en la furgoneta de Callaway en medio de un aparcamiento, con una farola proyectando un resplandor anaranjado sobre ellos. Las polillas revoloteaban alrededor de la bombilla. Envoltorios de papel de aluminio, servilletas arrugadas y sobres de salsa a medio vaciar yacían en el asiento entre ellos como pruebas de una escena del crimen.

Callaway daba vueltas a un muslo de pollo entre sus dedos, sacando los últimos trozos de carne con los dientes antes de tirar el hueso. Negó con la cabeza con pesar mientras cogía una servilleta limpia.

—Nada limpio en ese delincuente —dijo, con el labio superior hinchado mientras intentaba liberar un trozo de pollo con la lengua—. ¿Pero inocente de este crimen? Eso parece. Seguro que nunca ha estado tan agradecido a su agente de libertad condicional en su vida.

Harley miraba fijamente la oscura calle.

—¿Y ahora qué hacemos? —murmuró—. No sabremos mucho hasta que recibamos los informes del forense, pero eso llevará tiempo, y no sabemos si se trata de un crimen aislado o si volverá a matar.

Callaway recogió los restos de su comida y los tiró a la bolsa de papel, que luego colocó en el suelo entre ellos. Se reclinó y apoyó una muñeca en el volante.

—Y no haremos ningún bien a nadie si estamos agotados —dijo—. Necesitamos dormir un poco, revisar el caso de nuevo por la mañana con la mente fresca. Quizás notemos algo que se nos pasó por alto la primera vez. Todavía queda mucho trabajo por hacer. —Enumeró los puntos con los dedos—. Investigar la casa de las víctimas, interrogar a más residentes de Holy Hope, esperar los resultados del equipo forense... —Se quedó callado.

Harley asintió, pero no estaba segura de compartir su optimismo. El día había pasado en un frenesí de emoción, pero todo lo que tenían para mostrar eran un par de cuerpos y un sospechoso con una coartada sólida. Sin embargo, lo que más le molestaba era la palabra "esperar". No había nada peor que esperar a que un asesino cometiera un error, sabiendo todo el tiempo que podría llevarse a unas cuantas víctimas más por el camino.

Ambos se quedaron en silencio. Era un silencio incómodo lleno de cosas no dichas. Por fin, Harley habló sin preámbulos.

—John Kavers, cuarenta y cinco años. Sin antecedentes, aunque sus profesores escribieron algunas cosas interesantes sobre él cuando estaba en secundaria, donde fue apodado "el Rarito" por varios estudiantes, sobre todo chicas, por su afición a pasar los dedos por su pelo cuando no miraban, o olfatear diademas desechadas.

Callaway la observaba, con las cejas fruncidas en un interés solemne.

Harley continuó:

—Vida amorosa intermitente, ninguna relación que durara más de dos o tres meses. Un perdedor clásico: sin lazos familiares, poca educación, trabajo con salario mínimo. Guapo, pero no lo habrías sabido, dado lo poco que se esforzaba en cuidarse.

Hizo una pausa, repasando el inventario mental de datos almacenados. Callaway esperó.

—El primer cuerpo fue encontrado metido en una alcantarilla —continuó—. Supongo que lo que se me quedó grabado hasta el día de hoy es lo joven que era, incluso más joven que cualquiera de las víctimas del caso Navarro. A Kavers le gustaban así. Decía que eran más maleables, más fáciles de manipular, pero creo que esa era solo la narrativa que quería que creyéramos.

Una nota de nuevo respeto entró en la voz de Callaway:

—¿Hablaste con él cara a cara?

Harley asintió.

—Solo él, yo y la grabadora.

—¿Por qué crees que eligió objetivos tan jóvenes?

—Se trataba de control, claro, siempre lo es. Pero en su caso, creo que se remontaba a su infancia: madre soltera, ayudas sociales, adicción a las drogas, le sujetaba las manos contra la cocina para castigarlo, cosas así. Las víctimas tenían la misma edad que su madre cuando se quedó embarazada de él, y creo que una parte de él la estaba castigando por traerlo al mundo, fuera o no consciente de que lo estaba haciendo.

Hizo una pausa. Hablar del caso había abierto una puerta a una habitación oscura, una en la que no le apetecía volver a entrar. Había monstruos en esa oscuridad, John Kavers, sí, pero también otros, hombres en cuyos ojos Harley había visto una especie de maldad tan pura que era incapaz de cuestionarse a sí misma.

—En fin —continuó, cerrando la puerta con esfuerzo—, nos llevó a una caza del ganso salvaje durante un tiempo. Era astuto, siempre actuaba como si los ojos del mundo estuvieran sobre él. Así que dejaba pistas falsas, direcciones equivocadas. Luego pasó a los mensajes de burla.

—Conozco el tipo —dijo Callaway—. Trabajan en secreto pero ansían la atención del mundo. ¿Cómo lo atrapasteis?

—Una combinación de suerte y trabajo duro. Descubrimos las microfibras en la parte inferior del anillo de pureza de la sexta víctima. Las comparamos con cinco monovolúmenes registrados en la zona, y fuimos investigando a los propietarios de esos cinco vehículos uno por uno, centrándonos...

Harley guardó silencio. Entendía su razonamiento. Al fin y al cabo, ella se había sentido de la misma manera en su día. Sin embargo, la primera vez que vio a un asesino salir libre por un tecnicismo, su certeza sobre los méritos de obecer la letra de la ley comenzó a tambalearse.

—Sé que no siempre te gusta cómo hago las cosas —continuó, eligiendo sus palabras con cuidado—. Probablemente piensas que soy demasiado impulsiva.

Él gruñó.

—Y tú crees que soy demasiado lento.

Ella intuyó una oportunidad y se irguió, decidida a convencerle.

—Pero quizás eso es lo que necesitamos: una forma de equilibrarnos mutuamente. Funcionó en el último caso, ¿no?

Callaway miraba fijamente a través del parabrisas, con la mitad de la cara en sombra. Pasó los nudillos lentamente de un lado a otro por el costado de su mandíbula, un gesto pensativo que se había vuelto familiar para Harley.

—Si mis métodos son un problema —dijo Harley—, hablaré con Newbury. Estoy segura de que hay otros casos en los que podría trabajar.

Esperó, observándole y deseando que le dijera que esto no era necesario. Quería oír que valoraba su enfoque, que cualquier preocupación había sido resuelta por su trabajo en el caso Navarro, un caso que Callaway muy bien podría no haber resuelto sin ella. Y si se había salido un poco de las líneas en un par de ocasiones, ¿qué importaba, dados los resultados?

Como siempre, los engranajes de la mente de Callaway giraban lentamente.

—Vayamos paso a paso —respondió finalmente—. El caso Kavers es agua pasada. Solo prométeme que si vas a intentar algo así de nuevo, me lo consultarás primero.

—¿Estás seguro de que no quieres tener una negación plausible?

—Quiero tener la oportunidad de hacerte entrar en razón, no de cubrirme las espaldas.

Harley asintió, decidiendo que podía respetar eso.

—Trato hecho —extendió la mano. Callaway le dio una larga mirada mientras se la estrechaba, como si no estuviera del todo seguro de a qué se estaba comprometiendo.

—Supongo que ahora somos realmente compañeros —dijo Harley mientras se recostaba, aliviada de que hubiera tomado la noticia tan bien como lo había hecho. Podría haber ido directamente a Newbury y exigido que la pusieran en otro caso. Al fin y al cabo, él tenía antigüedad aquí. Cualquier confianza y respeto que hubieran construido juntos, ella habría tenido que empezar el proceso de nuevo con alguien más, justo cuando necesitaba toda la consistencia posible.

Su teléfono se iluminó, un faro en la oscura cabina. Un mensaje de Bryce Forrester, el amor de instituto con el que se había reencontrado brevemente durante el caso Navarro.

¿Aún te mudas a tu nuevo sitio esta noche? Puedo pasarme, echarte una mano

Si algo era, era persistente. Sonrió mientras respondía: No te preocupes. Hablamos mañana.

Mientras dejaba el teléfono en el portavasos, pilló a Callaway mirándola, con una ceja levantada como una invitación tácita.

—Solo un amigo ofreciéndose a ayudarme a mudar mis cosas —explicó, decidiendo que no había necesidad de desenterrar el pasado con Callaway—. ¿Te importa dejarme en el nuevo sitio?

Callaway asintió lentamente. Harley tuvo la impresión de que su mente aún estaba en el tema anterior de su conversación, y sospechaba que podría estar dándole vueltas durante un tiempo.

—¿Quieres que ponga al jefe al día? —dijo.

Harley lo consideró, luego negó con la cabeza.

—No, yo me encargo. Mi cerebro aún va demasiado rápido para dormir. La conversación podría ayudarme a ralentizarme un poco.

Mientras salían del aparcamiento y se dirigían hacia la nueva casa de Harley, ella dijo:

—¿De verdad conociste a tu mujer en una clase de kickboxing?

Callaway sonrió.

—Me dio una paliza. Así supe que era la indicada.

* * *

Harley observó cómo las luces traseras del coche de Callaway se desvanecían en la noche, esperando no haber sido tonta al confiarle tanta información. Solo el tiempo lo diría. Con esfuerzo, centró su atención en su nuevo hogar.

La casa de estilo rancho de tres dormitorios era, según casi cualquier definición, una degradación respecto a la que había compartido con Rob. Era más pequeña (unos cincuenta metros cuadrados menos), más baja (la casa de estilo Cape de Massachusetts presumía de un segundo piso con cuatro buhardillas), y estaba rodeada de piedras sueltas en lugar de césped, con un garaje para un coche y sin cobertizo en el patio trasero para los proyectos de aficionado de Rob.

Para Harley, sin embargo, se sentía como una mejora considerable. No había césped que mantener, menos espacio para decorar y mantener limpio, y lo mejor de todo, privacidad. Mientras que en Massachusetts solo una delgada fila de arbustos la separaba de los vecinos a solo diez metros de distancia (lo suficientemente cerca como para escuchar sus discusiones, especialmente en los meses más cálidos cuando las ventanas estaban abiertas), esta nueva casa estaba resguardada en tres lados por un muro de piedra de metro y medio de altura, más allá del cual se extendían kilómetros y kilómetros de tierra abierta ocupada solo por una manada de caballos.

Podría acostumbrarme a la tranquilidad de aquí, pensó, sacando el móvil mientras se dirigía a la puerta principal, pasando junto al Jeep y la furgoneta de mudanzas aparcados en la entrada. Llamó a Newbury. Estaba abriendo la puerta cuando este contestó, justo antes de que saltara el buzón de voz.

—¿Qué necesitas, Harley? —dijo con voz distraída. Harley oía el murmullo de voces de fondo—. Estoy en el partido de béisbol de mi hijo.

—Solo quería ponerte al día sobre el caso —respondió, entrando en la casa. La luz del techo ya estaba encendida. El agente que había devuelto su Jeep debía de haber decidido echar un vistazo y se había olvidado de apagarla.

—¿Has hablado ya con tu sospechoso? —dijo Newbury. Las conversaciones de fondo se desvanecieron, lo que sugería que se había alejado de la multitud.

—Estaba reunido con un agente de libertad condicional en el momento de los asesinatos —explicó, su voz resonando en la casa vacía mientras caminaba hacia la cocina.

Newbury maldijo.

—Entonces, ¿en qué punto estamos?

Entró en la cocina, decidiendo que le vendría bien un vaso de agua. Probó el dispensador de agua filtrada en la parte delantera del frigorífico. Parecía lo suficientemente limpio.

—Estoy pensando en volver a Holy Hope por la mañana —dijo, abriendo los armarios con la esperanza de que alguien hubiera dejado un vaso. No quería tener que hurgar en el camión de mudanzas solo para poder beber un poco de agua.

—Deberían ser una fuente de información —continuó—, dado lo que sabían de las víctimas, si consigo que se abran. No se fían de los forasteros, especialmente de los agentes federales.

Quería creer que trataban a todos los forasteros de la misma manera, pero no podía evitar sentir que mantenían un tipo especial de desconfianza hacia ella en particular, al igual que el soplador de vidrio en el mercado. No parecía importar que hubiera pasado los primeros dieciocho años —poco más de la mitad de su vida— en Nuevo México. Se había marchado, y por eso la consideraban una forastera, o al menos así lo sentía.

—Son reservados, sin duda —respondió Newbury con un suspiro comprensivo—. Piensan que es un nosotros contra ellos. Tienes que encontrar una manera de ganarte su confianza.

Harley abrió otro juego de armarios.

—¿Alguna sugerencia sobre cómo hacerlo?

A través del teléfono, Harley escuchó el chasquido agudo de un bate, seguido de un fuerte vitoreo. Newbury permaneció en silencio durante varios momentos, pero podía oír su respiración.

—Escucha, tengo que irme —dijo finalmente—. ¿Mi consejo? He tratado con esta gente una o dos veces antes, y son naturalmente desconfiados con los extraños. Pero solían tener una buena relación con la policía. Uno de sus miembros fundadores era un ex policía, así que toda

esta desconfianza hacia la autoridad es solo superficial. Hazlos partícipes de la investigación, comparte lo que sabes, y ganarás su confianza.

Los sonidos del partido de béisbol se volvieron amortiguados. Luego Harley escuchó a Newbury gritar algo, parecían palabras de aliento para su hijo.

Después volvió al teléfono.

—Eso es todo lo que puedo decir. Mi mujer ya me está mirando mal, así que realmente tengo que irme.

—Agradezco la ayuda —respondió Harley, sin querer causar problemas familiares a su jefe—. Te mantendré informado.

—Por favor, hazlo.

Harley colgó el teléfono. Mientras continuaba buscando en los armarios, reflexionó sobre el consejo de Newbury. Era extraño oírle sugerir que involucrara a los miembros de Holy Hope en la investigación. Normalmente, una de sus mayores responsabilidades era controlar el flujo de información. Cuanto menos supiera el asesino sobre la investigación, mejor.

Por otro lado, la investigación podría no avanzar mucho si nadie en Holy Hope quería hablar con ella.

Abrió otro armario y descubrió un par de copas de vino. Se quedó paralizada. El logotipo en el lateral de las copas era de una bodega que frecuentaba en Nueva Inglaterra. Estas eran sus copas, se dio cuenta. Pero, ¿quién había revisado sus cosas y por qué las había colocado aquí?

Justo cuando iba a coger una de las copas de vino, se oyó un fuerte golpe procedente de otra habitación. Se puso tensa.

Había alguien más en la casa.

Capítulo Diez

El corazón le latía con fuerza mientras recorría la cocina con la mirada en busca de algo que pudiera usar como arma. Estaba vacía, por supuesto. Los caseros no solían dejar bloques de cuchillos de cortesía.

Deseando una vez más tener su arma reglamentaria, se deslizó sigilosamente hacia el comedor.

—¿Hay alguien ahí? —llamó, suponiendo que ya había hecho suficiente ruido como para alertar a cualquiera que estuviera en la casa de su presencia.

No obtuvo respuesta.

Al pasar sigilosamente por la entrada trasera de la casa, una puerta corredera de cristal que daba a un patio con columnas, se fijó en una furgoneta que nunca había visto antes aparcada junto al muro de piedra, con la puerta trasera bajada. Podía distinguir vagamente el contorno de unas cajas en la parte de atrás del vehículo.

Mientras reflexionaba sobre esto, una mano le tocó el hombro. Se giró bruscamente, apartando la mano y levantando los puños, activando sus cien horas de entrenamiento en combate cuerpo a cuerpo en Quantico.

Su mirada se posó en un hombre alto y corpulento de unos treinta y pocos años. Era atractivo de una manera ruda y segura de sí misma, como un joven Clint Eastwood.

El hombre dio un paso atrás, con los ojos muy abiertos.

—Eh, tranquila. Solo intentaba ayudar.

Al ver a su amor platónico del instituto, la tensión en el cuerpo de Harley se desvaneció, dejándola confundida.

—¿Bryce? ¿Qué haces aquí? ¿No me has oído llamar?

Bryce señaló el auricular que aún llevaba en la oreja. El segundo descansaba en la palma de su mano.

—Sé que me dijiste que no me preocupara —explicó—, pero como estaba despierto de todos modos por una yegua preñada, decidí venir y ayudarte a empezar.

—¿Y también a revisar mis cosas? —dijo ella con media sonrisa, sintiéndose a la vez molesta por que se hubiera tomado esa libertad y contenta de verle.

Él le dedicó esa sonrisa perezosa y desarmante que tan bien recordaba, y se encogió de hombros.

—Pensé que agradecerías la ayuda. Pero si quieres que me vaya...

Hizo una pausa, dejando que las palabras flotaran en el aire. Harley, aún luchando contra emociones contradictorias, negó con la cabeza y le devolvió la sonrisa.

—No digas tonterías. Me alegro de que hayas venido. Es solo que me has dado un susto de muerte. ¿Por qué no has aparcado delante?

—Tenía algunas cosas que traer. Ven, echa un vistazo. Quería darte una sorpresa.

Aún sin saber muy bien qué pensar de la visita inesperada, Harley siguió a Bryce por el pasillo hasta uno de los dormitorios del fondo, donde había colocado sus dos estanterías y las había llenado de libros. Incluso los había dividido en secciones: psicología (quizás la sección más grande), criminología, biografía, historia, una sección más pequeña de ficción. Un escritorio y una silla estaban contra la pared, con una lámpara proyectando un halo sobre la superficie pintada del escritorio.

—El resto de los muebles está en el garaje —explicó Bryce, apartando con el pie una caja vacía—. No estaba muy seguro de dónde querrías poner las cosas y... bueno, recuerdo lo cabezota que solías ser.

—No puedo decir que haya cambiado mucho —murmuró Harley, escuchando solo a medias. Mirando alrededor de la habitación, sintió una repentina oleada de gratitud. Desde que Rob la sorprendió con la noticia de que quería el divorcio, se había sentido a la deriva, sin un puerto al que llamar hogar. Ahora, por primera vez desde entonces, sentía que tenía un lugar seguro al que ir al final de un largo día. Se acabó dormir en hoteles, cargar con el equipaje, preocuparse por dónde reenviar el correo y qué cuentas online necesitaba actualizar.

Había vuelto. Estaba en casa.

—¿Y bien? —dijo Bryce, observándola—. ¿Qué te parece?

Sonrió, abrumada por el gesto.

—Creo que puedes presentarte sin avisar cuando quieras. Esto es genial, Bryce. Te ofrecería algo de comer, pero...

Él le puso un dedo en los labios.

—Espera un momento.

Sus espuelas tintinearon suavemente mientras volvía al pasillo.

Se detuvo y se giró para mirarla.

—¿Y bien? —dijo, levantando las cejas expectante—. ¿Vienes?

Intrigada, Harley le siguió hasta la cocina, donde recogió las dos copas de vino que ella había descubierto antes.

—Todavía no puedo creer que hayas revisado mis cosas —dijo con incredulidad, aunque de buen humor.

Él se encogió de hombros con aire inocente.

—Era por una buena causa. También me tomé la libertad de traerte un pequeño regalo de bienvenida.

Abrió el frigorífico y sacó una botella sin abrir de Merlot.

La visión de la etiqueta familiar provocó en Harley una oleada de nostalgia. Se quedó mirándola, parpadeando sorprendida.

—¿Es eso...?

Él asintió, sonriendo.

—¿Qué edad teníamos, quince? ¿Dieciséis?

—Me prometiste que tus padres ni siquiera notarían la diferencia. Luego nos bebimos casi toda la botella.

Bryce se rio mientras sacaba un sacacorchos del bolsillo de sus vaqueros y empezaba a perforar el corcho.

—Me castigaron durante dos semanas: sin tele, sin Atari y, lo peor de todo, sin Harley Cole.

—Estaba destrozada —murmuró ella, observándole sacar el corcho con un audible pop—. Éramos tan cercanos.

—Inseparables —coincidió él. Llenó las copas y le entregó una. Cuando sus dedos se tocaron, ella sospechó que estaba a punto de hacerle la misma pregunta que le había hecho entonces: ¿Por qué tuvo que irse?

Sin embargo, para su alivio, él se limitó a negar con la cabeza y sonreír con tristeza.

—Éramos solo unos críos jugando a ser adultos.

Se quedó en silencio. Sin saber qué más hacer, Harley hizo girar el vino color cereza, cerrando los ojos mientras inhalaba. El aroma casi bastaba para transportarla a aquella época dorada en la que aún era libre de ser una niña, cuando todavía tenía dos hermanos divertidos y un padre al que le gustaba planear aventuras con ellos los fines de semana.

Abrió los ojos y vio a Bryce mirándola con una mezcla de diversión y cariño.

—Por la infancia —dijo ella, levantando su copa.

Apoyando la mano en su muñeca, Bryce le bajó suavemente la copa.

—Aquí no. Hay algo que tienes que ver.

—Estás lleno de misterio esta noche, ¿eh? —se maravilló.

Él le guiñó un ojo.

—¿Acaso no lo he estado siempre?

Siguió a Bryce por la casa de nuevo, esta vez saliendo por la puerta trasera, que él mantuvo abierta para ella. Después de que cruzara el umbral, apagó las luces.

Bryce dejó su copa en el muro de piedra mientras se movía alrededor de su camioneta. Harley hizo lo mismo. Luego, apoyando su espalda contra el muro, Bryce juntó las manos frente a su cintura, formando un estribo como había hecho tantas veces antes, cuando eran dos niños revoltosos que se pasaban el día trepando árboles.

El recuerdo provocó una oleada de emoción en Harley. Sin decir nada, puso el pie en las manos de Bryce y sintió cómo la levantaba hacia el muro. No había tensión en su rostro, ni señal alguna de que le costara manejarla.

—Seguro que sería un buen bailarín —pensó, sorprendiéndose a sí misma. Bryce había sido, de hecho, un pésimo bailarín: nunca sabía muy bien cómo seguir la música y siempre le pisaba los pies a Harley.

Pero quién sabe cuánto podría haber cambiado desde entonces.

Mientras Harley se acomodaba en el muro, Bryce apoyó las manos a su lado. En el breve instante antes de que se impulsara para subir, ella notó un tenue círculo de piel blanqueada en su dedo anular, la llamativa ausencia de un anillo de boda.

Llevaba un anillo cuando se topó con él justo antes de que comenzara el caso Navarro. ¿Habría cambiado su mundo tanto como el de ella en el último mes?

—Bueno, esto es agradable —dijo ella, balanceando los pies como solía hacer cuando era pequeña. Un murciélago voló rozando el tejado de la casa. Por encima del coro de grillos, los coyotes se llamaban unos a otros en la distancia, un sonido que antaño asustaba a Harley pero que ahora le resultaba reconfortante. El aire sabía a seco y dulce.

—Y aún no te has dado cuenta de lo mejor —respondió Bryce. Señaló hacia arriba. Harley echó la cabeza hacia atrás para contemplar la vasta extensión de estrellas que se extendía sobre ellos. Contuvo la respiración.

—Nunca podía ver las estrellas así en la ciudad —dijo, conmovida por la visión—. Ni siquiera en las noches despejadas.

—Se siente bien, ¿verdad?

Se tumbó, con las rodillas levantadas, mientras Bryce la observaba con una sonrisa amable. Cerró los ojos, disfrutando de la frescura de las piedras bajo su cuerpo.

Un agradable silencio se extendió entre ellos. Finalmente, Harley se incorporó, recordando el vino. Cogió su copa.

—Bueno, ¿por qué brindamos?

—Por tu nuevo hogar, por supuesto —respondió Bryce, cogiendo su propia copa—. Que sea todo lo que estás buscando.

Ella sonrió, chocó su copa contra la de él y dio un trago. Sabía a cerezas negras y chocolate, pero su mente no estaba realmente en el sabor. Estaba pensando en las palabras de Bryce. ¿Se refería solo a la casa, o también a sí mismo?

Sintiéndose un poco incómoda por la forma en que la estudiaba, decidió centrar la atención en él.

—¿Y cómo te han tratado los años? ¿Llegaste a sentar la cabeza?

Él miró fijamente su copa, poniéndose pensativo.

—Se podría decir que sí, supongo. Estaba convencido de que me largaría de aquí, igual que tú, pero entonces mi padre se lesionó la pierna en un accidente de equitación. No podía ocuparse del rancho él solo, así que me quedé.

Hizo una pausa para dar otro trago.

—Falleció hace unos años, insuficiencia cardíaca congestiva. Mamá se fue poco después.

Harley le tocó la rodilla.

—Lo siento mucho, Bryce.

Él asintió.

—Por entonces ya estaba con Josie, y pensé que llevaríamos el rancho juntos —Se rio y negó con la cabeza—. Ya sabes lo que dicen de los planes mejor trazados.

Harley se incorporó, alerta.

—No te referirás a Josie Roche, ¿verdad? —Josie Roche había sido la mejor amiga de Harley durante la mayor parte de su infancia. Le produjo una sensación de malestar imaginárselos juntos.

Bryce asintió con pesar, como si debiera haberlo sabido.

—¿Te acuerdas de la fiesta de despedida que te hicimos en casa de Josie?

Harley hizo memoria. Sí, recordaba la fiesta, y recordaba que Bryce la había sorprendido al presentarse. ¿Le había invitado ella? No lo recordaba.

—Después de que te fueras —continuó él—, me quedé para ayudar a Josie a recoger antes de que volvieran sus padres. Supongo que ya había renunciado a convencerte de que te quedaras; estabas empeñada en irte.

—Lo recuerdo —dijo ella, observándole e intentando decidir si aún le guardaba rencor por su decisión. Era evidente que aún sentía el rechazo de su elección, pero el hecho de que se hubiera presentado para ayudarla a mudarse —cuando ella le había dicho que no se preocupara— sugería que no le guardaba rencor.

Apuró el resto de su vino, dejó la copa a un lado y se reclinó sobre las palmas de sus manos.

—Creo que no hace falta que te explique el resto. Josie y yo estábamos destrozados por perderte, y creo que ninguno de los dos entendía realmente por qué te ibas. Así que teníamos eso en común.

«Yo los uní», pensó Harley, buscando en su corazón algún atisbo de celos ante esta revelación. Sin embargo, solo sintió curiosidad, eso y una punzada de nostalgia por cómo podrían haber sido las cosas si se hubiera quedado.

—Tenía que irme —dijo, queriendo que él lo entendiera—. Después de que Kelly desapareciera, y luego la forma en que mi padre cambió...

Bryce levantó una mano para detenerla.

—Lo sé, lo sé. Creo que ahora lo entiendo. No pretendía hacerte sentir culpable.

Ella esperó a que continuara.

—En fin —prosiguió—, Josie y yo lo intentamos, y funcionó durante un tiempo, pero al final se nos acabó la suerte. Ahora está de vuelta con sus padres. Llevamos separados unos dos años, pero ahora lo estamos haciendo oficial.

Harley sintió de repente una afinidad hacia este hombre al que una vez había amado. ¿Cómo habría sido su vida si se hubiera quedado? ¿Se habrían casado, habrían disfrutado de un romance de cuento de hadas juntos?

—Lo siento —murmuró—. No es fácil... lo sé por experiencia.

La observó con ojos tristes y solemnes. Ella sospechaba que él esperaba que se abriera sobre su propio matrimonio, pero aún no estaba lista para hacerlo. No estaba preparada para ser tan vulnerable tan rápidamente.

—¿Tienes hijos? —preguntó ella, desviando de nuevo la atención hacia él.

—Jadon —respondió Bryce—. Tiene seis años ahora. Viene al rancho de vez en cuando, normalmente algunos fines de semana al mes.

Harley asimiló esta información, preguntándose si ella habría estado en la misma situación si hubiera accedido a tener hijos con Rob en lugar de priorizar su carrera.

Ambos se quedaron en silencio. Harley intuía que si se quedaban allí mucho más tiempo, o se quedaría dormida o ella y Bryce harían algo de lo que podrían arrepentirse después. Disfrutaba de su compañía, pero la verdad era que, a pesar de su historia compartida, apenas se conocían. No necesitaba complicar más su vida lanzándose de cabeza a una relación.

Reprimió un bostezo.

—Esto ha sido agradable, Bryce. De verdad, te agradezco que me hayas ayudado a instalarme. Me encantaría seguir charlando, pero ha sido un día largo y mañana tengo que madrugar.

Bryce se incorporó, asintiendo.

—Por supuesto.

Harley percibió un rastro de decepción en su voz. Sin embargo, antes de que pudiera decidir cómo responder, él sonrió.

—No querría impedirte que atrapes asesinos.

Bajó al suelo y luego la miró.

—Si necesitas ayuda para montar el resto de tus muebles, solo tienes que decírmelo, ¿vale?

—¿No te necesitan tus caballos?

—Eso no significa que no pueda robar unas horas para una vieja amiga.

Harley sonrió mientras Bryce se tocaba el sombrero y se dirigía a su camioneta.

Mientras el rugido del motor de la camioneta se desvanecía en la noche, el agotamiento se apoderó de Harley como una manta pesada. Sacó un juego de sábanas del garaje, las extendió en el sofá y se desplomó sobre él. Ya haría la cama mañana por la noche. Mientras tanto, el sofá serviría.

Mientras se quedaba dormida, pensó en las palabras de Bryce. «¿Es eso lo que soy para él?», se preguntó. «¿Una vieja amiga?»

Capítulo Once

Algo zumbaba en la habitación.

Harley se movió aturdida, pensando que algún bicho grande debía haberse quedado atrapado, quizás una cigarra o uno de esos escarabajos que sonaban como un bombardero de la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, al abrir los ojos pegajosos por el sueño, vio su móvil brillando sobre los pantalones tirados. Lo cogió y deslizó el dedo para contestar, aclarándose la garganta.

La voz del sheriff Santiago crepitó en su oído.

—Buenos días, Harley. Siento llamar tan temprano, pero tenemos un problema entre manos.

Harley se incorporó y puso los pies en el suelo, obligando a su mente a centrarse en el caso.

—¿Habéis encontrado otro cadáver?

—No, gracias a Dios, no es eso —respondió, y Harley escuchó un crujido como de persianas moviéndose—. Al menos, no por ahora.

Harley sujetó el teléfono entre la cabeza y el hombro mientras se subía los pantalones.

—¿No por ahora? —repitió, desconcertada por la críptica respuesta del sheriff.

—Ha bajado gente de Holy Hope —continuó, sonando preocupado—. Dicen que dos de sus miembros adolescentes han desaparecido.

Harley dejó de abrocharse los pantalones.

—Espera, ¿dos miembros más?

—Eso dicen. Mira, ven aquí en cuanto puedas, ¿vale? Los mantendré tranquilos todo lo que pueda, pero tú sabes más sobre este caso que yo.

—¿Qué esperas que les diga?

—Necesitan esperanza, Harley. Necesitan saber que el asesino no puede simplemente hacer lo que le venga en gana.

Eso es exactamente lo que está haciendo, pensó Harley, pero sabía que era mejor no decirlo. Respiró hondo y soltó el aire lentamente.

—De acuerdo —dijo—. Mantenlos ocupados. Estaré allí lo antes posible.

—Gracias, Harley. Nos vemos pronto.

Mientras Harley colgaba el teléfono, se preguntó por la nota de alivio que había oído en la voz del sheriff. ¿No podía simplemente tomar algunas declaraciones y luego mandarlos a casa? ¿Cuántos problemas podía causar realmente un grupo de personas que viven al margen de la sociedad?

Sin embargo, la pregunta más importante era sobre las desapariciones en sí. ¿Había vuelto a atacar el asesino? Y si era así, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que apareciesen los cuerpos?

* * *

Cuando Harley se acercaba al Departamento del Sheriff del Condado de Huerta, le bastó una mirada a la multitud enfadada reunida junto a las puertas delanteras para entender la reacción del sheriff. Debía haber unas treinta o cuarenta personas en total, tanto hombres como mujeres, murmurando entre ellos o lanzando algunas palabras escogidas en dirección a la pareja de agentes que custodiaban la entrada del edificio.

Por eso sonaba tan nervioso, pensó Harley. Está desbordado.

Había llamado a Callaway durante el trayecto y le había puesto al día. Él ya estaba levantado, inspeccionando la casa donde vivían Sienna y Eleanor justo a las afueras de Holy Hope. No había encontrado nada destacable.

Varias cabezas se giraron para mirar con recelo el Jeep cuando Harley aparcó, aunque el resplandor del sol de la mañana temprana en el parabrisas debía hacer imposible que vieran a través de él. Salió, enderezando la espalda y colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Cuál parece ser el problema? —dijo mientras se acercaba a la multitud.

—¡El hecho de que nuestra gente está muriendo y vosotros no estáis haciendo nada al respecto! —gritó alguien—. ¿Qué te parece eso para empezar? —Hubo murmullos de acuerdo resentidos.

Vaya con no querer saber nada de las fuerzas del orden, pensó Harley. Algo verdaderamente terrible debe haber ocurrido para que acudan corriendo a la policía.

—Os prometo —respondió, manteniendo una actitud calmada y profesional— que estamos haciendo todo lo que podemos para...

—¡Pues no es suficiente! ¿Cómo se supone que vamos a sentirnos seguros, sabiendo que hay un asesino suelto y vosotros os lo estáis tomando con calma?

Harley estaba a punto de explicar que, de hecho, no se lo estaba tomando con calma, cuando la puerta principal se abrió y apareció la cara del sheriff Santiago.

—Agente Cole, ¿por qué no pasa?

La multitud se quedó en silencio mientras Harley pasaba entre ellos, deslizándose entre la pareja de agentes antes de entrar en el edificio. Dentro estaba oscuro. Sus ojos aún se estaban adaptando al cambio cuando sintió la mano del sheriff en su hombro.

—Gracias por venir, agente Cole —dijo en un tono solemne—. Esta es Melissa Hargrave, una de las fundadoras de Holy Hope. Está aquí como portavoz, por así decirlo. —Se aclaró la garganta como para suavizar el error.

—Sí, ya nos conocemos —respondió Harley, estudiando a la mujer mayor. Su pelo gris y blanco estaba recogido en una coleta tan apretada que parecía que su cuero cabelludo podría desprenderse en cualquier momento. Su mirada era gélida mientras miraba fijamente a Harley.

—No nos dijisteis que nos estaban acechando como a ciervos —dijo con rigidez—. ¿Cómo se supone que vamos a volver a nuestras vidas, preguntándonos quién será el próximo en ser llevado?

Harley miró a Santiago, que tenía las cejas arqueadas mientras la observaba en silencio expectante. Parecía que ambos esperaban que Harley tuviera todas las respuestas, quizás que les dijera que ya había identificado al asesino convertido en secuestrador y que un equipo de agentes estaba de camino para arrestarlo mientras hablaban. Ojalá la verdad fuera tan glamurosa.

—Vayamos un poco hacia atrás —dijo—. Cuénteme sobre estos secuestros.

Gardenia resopló y sacudió la cabeza.

—¿Por qué debería contarte nada? Sienna y Eleanor ya están muertas, y no habéis hecho nada para atrapar al asesino. Perdona si no confío mucho en que podáis ayudar.

—Ha pasado un día —respondió Harley, levantando ambas manos en un gesto tranquilizador—. Le prometemos que estamos haciendo todo lo posible, pero puede llevar algo de tiempo.

—¿Y qué se supone que debemos hacer mientras tanto? ¿Escondernos en nuestras casas y echar el cerrojo? ¿Rezar para que el ángel vengador pase de largo?

—Si tienen motivos para creer que sus vidas están en peligro...

—Necesitamos armarnos, eso es lo que necesitamos hacer —continuó Gardenia, con voz amarga mientras caminaba por la alfombra—. Si no podéis protegernos, tendremos que vigilarnos nosotros mismos.

Harley sintió los ojos de Santiago sobre ella, suplicándole que controlara la situación. Si Gardenia hablaba en serio, y si la gente de Holy Hope empezaba a acumular armas para defenderse, no se sabía qué podría pasar. El miedo tenía la capacidad de hacer que la gente fuera propensa a disparar.

El consejo de Newbury de la noche anterior volvió a ella.

—Mire —comenzó en un tono conciliador—, sé que no confían en nosotros. Piensan que como tienen su propia comunidad separada y no hacen las cosas como el resto de nosotros, no nos importa lo que les pase.

Gardenia dejó de dar vueltas y se cruzó de brazos, mirando fijamente a Harley como diciendo: «¿Nos equivocamos?»

—Pero aquí está el problema —continuó Harley—. No nos ayudará hasta que le demostremos que está equivocada, pero puede que no podamos demostrarlo —es decir, atrapando al asesino— sin su ayuda. Un círculo vicioso.

—¿Entonces qué sugieres?

Harley sintió la mirada de Santiago sobre ella.

—Colaboración respondió—. Nosotros compartimos información contigo, tú compartes información con nosotros.

Las cejas de Gardenia se alzaron en una exagerada muestra de incredulidad.

—¿Quieres que sea un topo? ¿Que os dé información privilegiada sobre lo que ocurre en Holy Hope?

—Y a cambio, te mantendré al tanto de la investigación. Si hay algún personaje peligroso del que debas tener cuidado, serás la primera en saberlo.

Hizo una pausa, esperando a medias que Santiago protestara. No había forma de saber qué haría Gardenia con la información que Harley le diera, ni hasta dónde podría llegar. Sin embargo, Santiago permaneció en silencio.

Gardenia miró fijamente a Harley durante unos momentos antes de asentir.

—De acuerdo. Pero es una calle de doble sentido, recuérdalo. No vengas a mí en busca de información si no estás dispuesta a compartir nada

a cambio.

Harley asintió.

—Me parece justo.

—Entonces, ¿qué sabes?

Harley dudó.

—Antes de empezar, necesitamos establecer algunas reglas básicas. Todo lo que te contemos debe mantenerse en la más estricta confidencialidad. No puedes compartirlo con tus amigos, tu familia, ni los medios. Queda entre nosotros. Cualquier otra cosa podría poner en peligro la investigación.

Gardenia se encogió de hombros, como si fuera una pequeña concesión.

—Vale. Puedo vivir con eso —Miró a su alrededor hasta que vio una silla de madera, luego se hundió en ella, sentándose en el borde del asiento —. Háblame de Gale Underwood. ¿Sigue detenido?

Harley sacó una silla para sí misma y se sentó frente a Gardenia. Santiago observaba, moviéndose ocasionalmente hacia la ventana para echar un vistazo preocupado a la multitud reunida allí.

El conocimiento de Gardenia sobre el arresto de Gale sorprendió a Harley.

—¿Cómo has...? —comenzó Harley, pero la mujer mayor la interrumpió.

—Vamos, por favor. ¿Con el espectáculo que montasteis en el mercado? ¿Cómo no iba a saberlo? —Se inclinó hacia delante con interés—. Entonces, ¿por qué no creéis que cometió los asesinatos?

—Tiene una coartada... una buena.

Gardenia se reclinó y se encogió de hombros, como si aquello no la sorprendiera realmente.

—Da igual. Si sigue encerrado, no podría tener nada que ver con las desapariciones, y aunque quiero creer que esas dos chicas simplemente se perdieron durante una excursión... —Unas arrugas de preocupación surcaron su frente.

—En fin —continuó—, parece demasiada casualidad.

Harley se enderezó, satisfecha de que Gardenia hubiera mencionado las desapariciones. Sacó su móvil para tomar notas.

—¿Quién ha desaparecido?

Gardenia vaciló como si le causara dolor físico ofrecer la información.

—Isla Clemente y Beverly Morris. Isla tiene quince años, Bev diecisiete. Son muy amigas.

Otra pareja, reflexionó Harley, aunque eran más jóvenes que las dos primeras víctimas, que tenían cuarenta y tantos años.

—¿Cuándo desaparecieron?

—Bev debía acarrear agua para los jardines esta mañana: llenar una gran tina del pozo, luego yo meto mi regadera en ella. Lo hace todas las mañanas como un reloj, así que cuando encontré la tina vacía esta mañana, empecé a preguntar. Nadie la había visto desde anoche.

—¿Seguro que no fue al pueblo?

Gardenia negó con la cabeza, descartando la idea.

—Conocía sus responsabilidades y le gustaba la rutina. La tranquilizaba. Además, todos los vehículos estaban contabilizados.

—¿Y hacer autoestop?

Gardenia resopló.

—Bev es de las más tímidas que hay. Nunca se subiría a un coche con un desconocido, y menos con un hombre.

Esto llamó la atención de Harley. Hizo una pausa, levantando la vista de su móvil.

—¿Y menos con un hombre?

—Nunca me lo contó, pero se notaba que había pasado por mucho antes de venir aquí. No es raro. La mayoría de las jóvenes de Holy Hope vienen para escapar de algún tipo de maltrato.

Harley lo anotó.

—¿Y la otra chica? —dijo—. ¿Isla?

—Como he dicho, las dos son muy amigas. Uña y carne. Tan pronto como descubrimos que Bev había desaparecido, era lógico buscar a Isla. Cuando nadie pudo recordar haberlas visto desde anoche, supimos que teníamos un problema entre manos.

—¿Se le ocurre alguien que pudiera querer hacerles daño? ¿Alguien en la comunidad que pudiera tener motivos sospechosos?

Gardenia arqueó una ceja.

—Somos una comunidad generalmente acogedora, pero no damos cobijo a depredadores sexuales, si es a lo que te refieres.

Disteis cobijo a Underwood, pensó Harley. Esto la llevó a preguntarse quién más en Holy Hope podría estar usando un nombre falso para escapar de sus pecados pasados.

—Señora Hargrave —comenzó—, sé que no le gustan los forasteros, y menos aún cuando son enviados por el gobierno. Pero estoy haciendo todo lo posible por resolver este caso, y necesito su plena colaboración. Si hay algo que pueda decirme, incluso el más mínimo detalle que parezca un poco sospechoso...

Se encendió una luz en los ojos de Gardenia. Entrecerró los ojos pensativa, asintiendo.

—Ahora que lo mencionas —dijo—, hay alguien que vale la pena investigar. No pensé en él antes porque dejó la comunidad hace un mes.

—¿Nombre?

—Héctor Núñez.

Harley miró a Santiago, preguntándose si debería reconocer el nombre.

—Me he topado con él un par de veces —admitió el sheriff—. Pequeño traficante de drogas.

—Ojalá lo hubiera sabido antes de que se uniera a nuestra comunidad —murmuró Gardenia—. Lo echamos por intentar reclutar a algunos de nuestros miembros más jóvenes para vender drogas en el pueblo.

—¿Marihuana? —dijo Harley. La marihuana recreativa se había legalizado recientemente en el estado, pero aún era tabú en algunas zonas.

Gardenia negó con la cabeza.

—Prueba con metanfetamina. Ahora que lo pienso, Bev fue quien lo delató: dijo que lo había visto siguiendo a Isla, y temía que Isla se involucrara.

—¿Llamasteis a la policía?

Gardenia resopló.

—¿Para qué? Le dijimos que recogiera sus cosas y se largara. Aunque no lo creas, hacemos un buen trabajo manejando nuestros propios problemas.

El aire se agitó cuando se abrió la puerta principal. Harley miró y vio a Callaway entrando a zancadas, doblando sus gafas de sol y metiéndolas en el bolsillo de la camisa.

Harley se levantó.

—Gracias por su tiempo, señora Hargrave. Si se le ocurre algo más, ya sabe cómo contactar con nosotros.

—Solo recuerda tu promesa —respondió Gardenia—. Si vienes con la caballería para detener a uno de los míos y no me avisas con antelación, habrá consecuencias.

Harley vio a la mujer levantarse y salir del edificio. No dudaba que Gardenia hablaba en serio.

Fuera, Harley pudo ver a Gardenia hablando con la multitud de Holy Hopers. Después de unos momentos, la multitud se alejó del edificio, reuniéndose alrededor de Gardenia como niños alrededor de un mago.

—¿Qué me he perdido? —dijo Callaway, mirando alternativamente a Harley y Santiago.

Harley suspiró aliviada mientras se pasaba la mano por la cara.

—Tenemos dos chicas desaparecidas, adolescentes —explicó—. Gardenia ha mencionado a un ex miembro llamado Héctor Núñez, una especie de traficante de drogas al que echaron de la comunidad hace un mes.

—Trafica desde un pueblo fantasma —añadió Santiago—. Es como un autoservicio de drogas.

—Si sabes lo que está haciendo —respondió Harley—, ¿por qué no le habéis detenido?

Santiago soltó una risa sin gracia.

—No tengo personal suficiente para acabar con todos los traficantes, ladrones e incendiarios del condado. Además, si le encierro, alguien ocupará su lugar en veinticuatro horas. Es la naturaleza del asunto.

—¿Cómo se llama el lugar? —dijo Callaway.

—Los Muertos Afortunados.

—Los Lucky Dead —reflexionó Harley.

Santiago asintió.

—Se construyó durante la primera fiebre del oro a principios del siglo XIX. Mucha gente se hizo rica de la noche a la mañana. Luego llegó la epidemia de cólera de 1833, que acabó con la mayoría del pueblo. Así es como el pueblo recibió su nombre; nadie recuerda cómo se llamaba antes.

—No me imagino por qué nadie querría vivir allí ahora —dijo Callaway con sarcasmo.

—Nadie excepto Núñez y algunos clientes sin un sitio mejor al que ir —respondió el sheriff.

Harley le tendió la mano a Santiago.

—Como siempre, gracias por tu ayuda —dijo.

Sin embargo, al estrecharse las manos, recordó el mensaje de voz que Santiago le había dejado sobre Kelly. Más que nada, quería preguntarle qué había descubierto. Pero teniendo en cuenta lo reciente que era la

desaparición de las dos adolescentes, sabía que no tenía un momento que perder.

Santiago pareció entender lo que estaba pensando. Sonrió con amabilidad.

—Hablaremos de nuevo pronto, Harley. Puede esperar.

Lleva esperando dieciocho años, pensó con desánimo, pero sabía que él tenía razón. Podía esperar un poco más.

Mientras los dos agentes se dirigían a las puertas, Harley le dijo a Callaway:

—Cuando Underwood mencionó que había estado de fiesta con Sienna y Eleanor, ¿dijo algo sobre drogas?

Callaway le abrió la puerta.

—¿Te refieres a Jacob Boudoin? No, no creo. ¿Buscas algo en particular?

—Metanfetaminas.

—¿Crees que hay alguna conexión con Núñez?

—Vale la pena investigarlo. No es como si pudiéramos quedarnos de brazos cruzados durante un mes mientras esperamos el informe toxicológico.

—Incluso si consiguieron metanfetaminas de Núñez —dijo Callaway—, ¿crees que Boudoin confesará voluntariamente un delito federal?

Harley sonrió.

—Usa ese encanto sureño que tienes en abundancia. Si es una oportunidad para librarse de los cargos de agresión, hablará.

Al entrar en el aparcamiento, Callaway se detuvo de repente.

—Vaya —dijo—, casi se me olvida algo.

Abrió la puerta del copiloto de su camioneta y se inclinó hacia dentro. Abriendo la guantera, Callaway sacó una placa dorada, una Glock 19 enfundada con dos cargadores de repuesto y un par de esposas nuevas y relucientes.

—Pensé que ya era hora de que recuperaras esto —dijo, entregándoselo a Harley.

Harley no se había dado cuenta de cuánto echaba de menos las herramientas de su oficio hasta que las tuvo en sus manos de nuevo. Asintió agradecida.

—No te haces una idea. Es como ser un rottweiler sin dientes. ¿Qué sentido tiene?

Mientras caminaba hacia su Jeep para seguir a Callaway hasta Los Muertos Afortunados, se dio cuenta de que este era su primer día oficial de trabajo en mucho tiempo. Era una buena sensación, después de cómo se habían desenredado las cosas desde la conclusión del caso Kavers.

Siguió a Callaway por el pueblo y luego hacia el desierto, disfrutando de la sensación familiar de la funda contra su cadera. Era hora de atrapar a un asesino.

Capítulo Doce

Harley estiró el brazo por la ventanilla del Jeep y señaló una hilera de mezquites al lado de la carretera, indicándole a Callaway que se detuviera. Casi habían pasado los árboles —más allá de ellos no había nada para ocultarse salvo algún cactus cholla ocasional, que no tenía ninguna posibilidad de disimular los vehículos— cuando las luces de freno del camión se encendieron al salir Callaway de la carretera.

—¿Qué pasa? —dijo mientras se unía a Harley entre los dos vehículos. El sol temprano aún estaba ascendiendo, proyectando rayos oblicuos que dibujaban largas sombras entre los mezquites. Sin embargo, a pesar de lo joven que era el día, el calor se elevaba en ondas trémulas desde los techos de los vehículos.

Harley estudió el pueblo fantasma a unos cuatrocientos metros de distancia. Los Muertos Afortunados era incluso más pequeño de lo que había esperado, no más que un puñado de edificios destartalados flanqueando un camino de tierra sin marcar en medio de kilómetros de pastizales áridos. Algunos vehículos pasaban, pero por lo demás no había señales de vida.

—Si nos acercamos más —dijo ella—, seguro que nos verá.

Callaway pareció ofendido.

—¿Qué pasa? ¿No crees que a los federales nos gusta divertirnos de vez en cuando?

Ella arqueó una ceja.

—¿Esa es tu tapadera? ¿Enseñarle tu placa y luego asegurarle que estás fuera de servicio?

—Me inventaré una historia. Ya se me ocurrirá algo, siempre lo hago.

Harley no sabía si sentirse molesta por su confianza o envidiarla. Normalmente era él quien prefería tener todos los detalles planeados de antemano, y ella la que estaba lista para improvisar. Ahora sus papeles se habían invertido.

—Si te acercas conduciendo y le asustas —respondió—, va a huir, tenga o no algo que ver con los asesinatos.

Callaway se encogió de hombros como si fuera un detalle menor.

—Entonces le tenderemos una trampa, el viejo movimiento de pinza. Yo daré la vuelta hasta el otro lado del pueblo, y cuando me veas acercarme, tú

entras por este lado. No tendrá a dónde huir.

Harley aún estaba considerando el plan cuando sonó su teléfono. Dudó, mirando el nombre: JOHN COLE. Quería creer que su vacilación era por la investigación: era posible que Núñez vislumbrara el destello del sol en sus vehículos incluso a través de los árboles y pudiera huir. No era el momento para una llamada personal.

Pero ese no es realmente el problema, ¿verdad?, pensó. No. El verdadero problema era que sus últimas conversaciones con su padre habían ido sorprendentemente bien, y presentía que solo podía ir a peor a partir de ahí.

Callaway se acercó y leyó el nombre en el teléfono. Cuando lo vio, apretó los labios en una expresión comprensiva.

—Venga —la animó con suavidad—. Puedes dedicar unos minutos a tu padre moribundo.

Tomando un respiro para calmarse, Harley contestó el teléfono.

—Hola, papá. ¿Va todo bien?

—Claro, sí, todo va genial. Solo llamaba para ver cómo le va a mi niña.

Había una nota de jovialidad que sonaba falsa a oídos de Harley, como si se estuviera esforzando demasiado por conectar con la hija a la que había visto tan poco durante su vida adulta.

—¿Ya te has instalado en tu nuevo sitio? —añadió.

—Sí... más o menos. Bryce me ayudó anoche.

Callaway arqueó una ceja ante esto. Harley se dio la vuelta, no queriendo que le leyera la cara.

—¿Bryce Forrester? —dijo su padre, sonando asombrado—. Hace años que no le veo. ¿Sigue por ahí?

—Sigue por ahí.

—¿Habéis tenido la oportunidad de poneros al día? ¿Limar asperezas, por así decirlo?

Sabía a lo que apuntaba. Quería que sentara la cabeza, igual que había querido que se asentara con Rob. Hacía poco que le había contado a su padre lo del divorcio, y él había reaccionado sorprendentemente bien. Quizás suponía que perder a su yerno era el sacrificio necesario para recuperar a su hija.

—Escucha, papá, estoy en medio de algo y no puedo hablar ahora. Pero seguimos con el plan de comer mañana, ¿verdad?

Una pausa. Cuando su padre volvió a hablar, su voz era diferente, reticente, como si tuviera malas noticias que compartir.

—Sobre eso. Vamos a tener que posponerlo. Estos medicamentos que me han recetado me destrozan el sistema. No puedo tolerar mucho más que sopa y galletas. —Soltó una risa seca y hueca.

—Pues sopa y galletas —sugirió ella, girándose al oír un tintineo metálico. Callaway estaba haciendo sonar sus llaves mientras abría la puerta de su camioneta, haciéndole saber que iba a conducir hasta el otro lado del pueblo.

—Fingiremos que comemos fuera —continuó, asintiendo a Callaway para indicarle que entendía—. Como cuando éramos pequeños y mamá nos hacía menús. ¿Te acuerdas?

Esperó, observando cómo Callaway volvía a la carretera y daba la vuelta.

—No, no quisiera imponerme —respondió su padre con una cortesía que sonaba forzada—. Tienes un nuevo caso en el que trabajar, una casa en la que instalarte, viejos amigos con los que ponerte al día. Tienes las manos llenas. Podemos hablar en otro momento, cuando no estés tan ocupada.

Incluso después de todos estos años, pensó con asombro, sigue castigándome por irme.

Decidió ofrecer una última rama de olivo.

—¿A qué hora, entonces? —dijo—. Fijemos un día.

Otro largo silencio.

—Ya veremos cómo me encuentro en los próximos días —respondió—, cuando me acostumbre a esta nueva medicación. Te lo haré saber.

¿Cómo podía pasarse años haciéndola sentir culpable por irse y luego evitarla cuando volvía? ¿Prefería pensar en sí mismo como una víctima, el pobre viudo que perdió a sus dos hijas, una por una misteriosa tragedia y la otra por negligencia voluntaria?

—Vale —contestó, conteniendo las palabras airadas que su padre podía incitar tan fácilmente—. Tú me avisas.

—Lo haré, cariño.

Ella hizo una mueca ante el término cariñoso. Era una palabra vacía, desprovista de cualquier afecto genuino.

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti. Adiós.

Colgó el teléfono y sacudió la cabeza, sintiendo que perdía el control de sí misma. ¿Por qué las personas que más quieres son también las que más pueden herirte?

Vio un destello metálico a lo lejos y alzó la vista para ver la furgoneta de Callaway acercándose lentamente al pueblo desde la dirección opuesta. Se subió a su Jeep, volvió a la carretera y se dirigió hacia Los Muertos Afortunados, apartando todos los pensamientos sobre su padre mientras centraba su atención de nuevo en el caso.

Pasó junto a un Cadillac de aspecto antiguo enterrado en la tierra hasta los estribos, un símbolo perfecto de la riqueza pasada del pueblo. Más allá estaban los restos de una iglesia: tres paredes de piedra cementada, con una hilera de ventanas que revelaban un santuario cubierto de hierba. Más cerca del centro del pueblo había un grupo de edificios destartalados, con la madera gris y deformada por el sol, junto con un único edificio de adobe que parecía haber resistido el paso del tiempo.

Un Lincoln Town Car con cristales tintados se detuvo junto al edificio de adobe. Harley redujo la velocidad, observando cómo se abría la puerta de la casa y salía un hombre rechoncho y patizambo con vaqueros remendados, echando un vistazo experto a ambos lados sin apenas mover la cabeza. Era calvo, y el sudor de su frente desprendía un brillo furioso.

Hola, Héctor Núñez, pensó Harley.

El hombre que ella suponía que era Núñez se inclinó hacia el vehículo. Unos momentos después, el coche se alejó y Núñez miraba alrededor, sacando la mano derecha vacía del bolsillo. Vio el vehículo de Harley y se quedó paralizado.

Tranquilo, Héctor. Solo soy otro cliente.

Avanzó, esperando mantener la farsa el mayor tiempo posible. Se preguntó si él podría verla a través del parabrisas y, en ese caso, qué veía. ¿Una mujer de treinta y tantos años con el pelo castaño rojizo, vestida con una blusa de cuello en V con las mangas remangadas hasta los codos? ¿Una madre aburrida que busca pasar un divertido fin de semana con sus amigas?

Fuera lo que fuese lo que Núñez vio o no vio, hizo un pequeño gesto con la mano, bajando la palma y cortando el aire con los dedos de lado. ¿Parar? ¿Esperar? Harley no estaba segura de cómo interpretarlo. Lo vio volver caminando hacia el edificio, esperando que solo estuviera entrando para buscar otro gramo.

Segundos después de que se cerrara la puerta, Callaway llamó.

—¿Crees que va a volver a salir? —dijo Callaway.

—¿Qué otra opción tiene? Está atrapado —incluso mientras decía estas palabras, sintió un escalofrío de incertidumbre. ¿Habían pasado algo por alto? El último caso en el que había trabajado, el caso de Félix Navarro, implicaba un gran complejo construido sobre una red de viejas minas. El asesino había estado usando los túneles para sacar a sus víctimas de la propiedad antes de dejarlas morir en otros túneles lejanos.

¿Era posible que Núñez tuviera una ruta de escape similar?

—Entonces, ¿cuánto tiempo quieres darle? —dijo Callaway. Harley también podía oír la inquietud en su voz. Algo no cuadraba aquí, y no iba a quedarse de brazos cruzados esperando a descubrir qué estaba pasando.

—Nada —respondió, soltándose el cinturón de seguridad—. Voy a entrar.

Para su sorpresa, Callaway no hizo ningún esfuerzo por frenarla. Todo lo que dijo fue —Estoy justo detrás de ti —y luego colgó.

Harley intentó moverse con naturalidad mientras se acercaba al edificio. Miró a su derecha para ver a Callaway acercarse, y al hacerlo notó la figura en la esquina del edificio frente a ella. El edificio eran los restos derrumbados de un banco, a juzgar por el cartel, y la figura —hombre o mujer, Harley no podía decirlo— tenía el pelo largo y grasiento y llevaba lo que parecía ser un maillot rosa sucio. Él o ella sonrió, hizo una pistola con los dedos de la mano izquierda y disparó a Harley.

Harley intentó apartar de su mente este siniestro gesto mientras escudriñaba las ventanas del edificio. Creyó vislumbrar el movimiento de una cortina, pero no podía estar segura.

Entonces Callaway estaba a su lado, lanzando una mirada despreocupada arriba y abajo de la calle mientras Harley llamaba a la puerta.

—¿Héctor Núñez? —llamó—. ¡Somos del FBI! ¡Solo queremos hablar!

No hubo respuesta. Desde el otro lado de la calle llegó una carcajada seca.

—No se puede decir que no lo hayamos pedido amablemente —murmuró Callaway—. ¿Quién va primero?

—Yo me encargo —respondió Harley, sacando su Glock. El peso se sentía bien en sus manos.

Harley se hizo a un lado, observando cómo Callaway se echaba hacia atrás y pateaba la puerta, destrozando la madera alrededor de la cerradura.

Mientras la puerta aún se balanceaba abriéndose, Harley se precipitó dentro del edificio.

—¡FBI! —gritó—. ¡Salga con las manos en alto!

Tras el resplandor de la mañana, el interior del edificio era una sucesión de formas tenues, meros contornos de muebles, cajas de cartón y sillas plegables. Pañuelos arrugados florecían en el suelo como setas después de la lluvia.

Su cadera golpeó un cartón de comida para llevar, y un enjambre de moscas se arremolinó frente a su cara.

Maldijo, apartándose de las moscas mientras se dirigía a la cocina, donde una pila de platos se alzaba desde el fregadero como una torre de Jenga a punto de derrumbarse. Algo resbaló bajo su zapato, y al mirar hacia abajo vio un preservativo usado esparcido por el linóleo. Luchó contra una repentina y abrumadora náusea.

—¡La cocina está despejada! —gritó.

—¡El comedor está despejado! —respondió Callaway—. ¡El baño también!

Volviendo sobre sus pasos, se encontró con Callaway y avanzaron hacia la parte trasera de la casa, donde quedaba una sola habitación, con la puerta cerrada. Harley agarró el pomo y lo encontró sin cerrar.

Miró a Callaway, esperó a que él asintiera, y luego —en un movimiento fluido— abrió la puerta y se hizo a un lado, permitiendo que Callaway entrara en la habitación. Ella le siguió segundos después.

La cama era un colchón de aire, arrugado por la deflación y cubierto por una sábana descolorida que se había salido de una de las esquinas. Había una bicicleta estática cubierta por una fina capa de polvo, una ventana abierta, y ningún Héctor Núñez.

—¡Maldita sea! —exclamó Harley, dirigiéndose hacia la ventana.

Sin embargo, antes de que pudiera alcanzarla, oyó un fuerte estallido y se agachó, presionando instintivamente su espalda contra la pared en busca de protección. El adobe detendría la mayoría de los proyectiles de pequeño calibre, pero si Núñez abría fuego con algo demasiado grande (un AK-47 de 7,62 milímetros, por ejemplo), no había forma de saber si la pared resistiría. Harley esperaba no tener que comprobarlo.

Mientras esperaba para ver si Núñez dispararía de nuevo, oyó el rugido de un motor.

—Un momento —dijo Callaway, frunciendo el ceño mientras se levantaba—. Eso ha sido un petardeo, no un disparo.

Harley se unió a Callaway en la ventana. Miró hacia fuera justo a tiempo para ver a Héctor Núñez alejándose en un Durango con suspensión elevada, dejando una nube de polvo tras de sí.

—¡Vamos! —dijo Callaway, agarrándola del brazo—. Cogeremos mi furgoneta, está justo enfrente.

Capítulo Trece

—Debería haber cogido mi coche —dijo Harley, apoyando una mano en el techo para mantenerse en su asiento. Con cada bache, la vieja furgoneta intentaba expulsarla por el parabrisas, como si fuera una comida que no quería digerir.

Callaway, sin embargo, parecía estar disfrutando de la aventura. Sorteaba los baches como un surfista, quitando de vez en cuando una mano del volante para ajustarse el sombrero.

—Acabas de comprar el tuyo —dijo—. Tienes que cogerle confianza antes de intentar algo así.

Harley notó la ligereza en su voz. Era alivio, se dio cuenta. Le gustaba la persecución abierta, la carrera, no andar a escondidas en la oscuridad, esperando ver el destello del cañón que acabaría con su vida.

Harley no podía culparle. Aun así, se preguntaba si no lo estaría disfrutando demasiado.

—¿Estás seguro de que esta cafetera puede aguantar esto? preguntó en voz alta mientras rebotaban sobre una gran piedra que habría lanzado a Harley al regazo de Callaway, de no ser por el cinturón de seguridad.

Callaway le sonrió. —Nunca me ha fallado.

Delante de ellos, con los neumáticos levantando una nube de tierra y piedras, Núñez subía hacia un acantilado de arenisca desgastado por años de viento del desierto. La tierra formaba una rampa natural hacia el acantilado.

—Va a saltar —murmuró Harley incrédula.

Callaway no dijo nada. Su boca estaba tensa en una línea decidida.

Mientras se acercaban al acantilado, Harley se dio cuenta de que era demasiado tarde para detener a Núñez. Si iba a saltar, no había nada que pudieran hacer.

—Tenemos que rodearlo —dijo—. Encontrarnos con l abajo.

Callaway negó con la cabeza. —Perderemos demasiado tiempo. Se escapará.

Un escalofrío recorrió a Harley mientras miraba a Callaway. En un destello de lucidez, se dio cuenta de que su vida estaba completamente en sus manos. A esta velocidad, rebotando sobre cada desnivel y pliegue de las colinas, un movimiento en falso podría hacerles dar vueltas de campana, lo

que no solo permitiría escapar a Núñez, sino que también podría mandar a ambos agentes al hospital. Eso ya era bastante peligroso.

Pero, ¿conducir sobre el acantilado, sin saber qué había al otro lado?

—No estarás pensando en serio en seguirle, ¿verdad? —dijo, pensando que seguramente bromeaba, que seguramente el sereno y sensato Anthony Callaway no arriesgaría sus vidas en una apuesta tan temeraria.

Él la miró, sus ojos verdes más vivos de lo que Harley había visto nunca.

—¿Confías en mí? —dijo.

Su respuesta fue automática. —Claro que confío en ti.

—No. ¿Confías en mí?

El acantilado se acercaba. Ya podía sentir cómo la tierra bajo los neumáticos se convertía en piedra. Se acercaban rápidamente al punto en el que sería imposible dar marcha atrás.

En esos breves momentos, recordó la serpiente de cascabel que había molestado accidentalmente en la mina mientras trabajaba en el caso Navarro, y cómo Callaway había intervenido sin dudarlo para salvarla. Pensó en la presencia tranquilizadora que había sido a su lado durante todo ese caso. Él no apostaba, no a menos que las probabilidades estuvieran muy a su favor.

Y no actuaba sin algún tipo de plan, incluso cuando improvisaba.

—¡Necesito oírlo, Harley! —gritó Callaway por encima del rugido del motor, por encima del traqueteo de las piedras en los pasos de rueda. Las venas de sus manos se marcaban mientras agarraba el volante.

—¡Sí, confío en ti! —respondió ella, esperando no arrepentirse de sus palabras.

Callaway asintió lentamente, su rostro relajándose mientras su respiración se hacía más profunda. —Esperaba que dijeras eso. Agárrate, esto se va a poner interesante.

Menuda forma de quedarse corto, pensó Harley.

El acantilado se acercaba a toda velocidad. El horizonte se abrió, y luego un valle salpicado de vegetación verde y rocas.

—¡Agárrate! —gritó Callaway.

Harley se agarró como pudo. Le recordó a aquella vez que fue a hacer rafting con Rob, aferrándose a la balsa como si le fuera la vida en ello mientras navegaban por el río hostil.

Lo que era decididamente diferente, sin embargo, era la sensación de ingravidez que pareció durar una eternidad mientras volaban por el aire. Harley se encontró intentando pensar si había algo que debiera hacer. Su mente estaba clara y parecía tener tiempo de sobra, pero no se le ocurría nada que hacer con él.

Entonces el suelo se alzó y los golpeó. Se oyó un fuerte chirrido mientras la furgoneta giraba, levantando piedras. Mientras se deslizaban de lado colina abajo, Harley miró a Callaway y lo vio mirando fijamente a través del parabrisas, con el rostro contraído como si esperara el impacto.

Sin embargo, el impacto nunca llegó. Se detuvieron lentamente, el mundo dejó de girar y, lo más milagroso de todo, ambos estaban vivos e ilesos.

Lo mismo no podía decirse de Núñez, sin embargo. Mirando por la ventana, Harley vio su vehículo dando tumbos lateralmente por la pendiente. Dio tres o cuatro vueltas antes de chocar contra un afloramiento rocoso.

Harley abrió la puerta y saltó fuera. Por un momento se sintió inestable (su corazón se le había subido a la cabeza y la presión amenazaba con reventarle los oídos), pero luego el mundo se asentó y recuperó el equilibrio.

El coche de Núñez estaba volcado, con una fina voluta de humo elevándose del motor, que aún estaba en marcha. Una mano ensangrentada sobresalía por la ventanilla abierta del conductor.

—¡Enséñame la otra mano! —ordenó Harley, apuntando con su arma a la figura arrugada en el vehículo.

Entonces apareció la cabeza calva de Núñez, que ya empezaba a amoratarse. Se deslizó fuera como un ternero escapando de una vaca moribunda. Harley vio por fin su mano derecha presionada contra las costillas, vacía.

—¿Vas armado? —dijo Harley, sin bajar la guardia.

Núñez negó con la cabeza. Para asegurarse, Harley se acercó y, después de esposarlo, lo cacheó. Solo encontró una navaja, que tiró a un lado. Luego, vigilando a Núñez para asegurarse de que no se levantara, se inclinó hacia el vehículo y apagó el motor.

—La ambulancia está en camino —dijo Callaway, guardando el móvil en el bolsillo mientras se acercaba.

Núñez tosió y luego hizo una mueca mientras se agarraba el costado.

—Menudo viaje, ¿eh?

Harley sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Por qué has huido, Héctor?

Él intentó aclararse la garganta y se estremeció de dolor.

—Tío, no tengo por qué contaros una mierda.

Callaway alzó las cejas.

—¿No? ¿Esperas que nos creamos que solo estabas repartiendo caramelos por ahí? Es un poco pronto para Halloween.

Núñez no dijo nada. A Harley se le ocurrió que necesitaban algo de ventaja, alguna forma de hacer hablar a Núñez, sobre todo antes de que llegara la ambulancia. Lo tenían acorralado y pillado por sorpresa en ese momento. No podían darle tiempo para inventar una historia, suponiendo que no lo hubiera hecho ya.

Harley miró a los ojos de Callaway e hizo un pequeño gesto con la cabeza hacia el vehículo de Núñez. Callaway asintió, comprendiendo. Harley comenzó a palpar alrededor de los pasos de rueda del vehículo.

Callaway se agachó junto a Núñez.

—Podemos ponernos duros si es lo que quieres. Volveremos a tu casa y la destrozaremos hasta encontrar tu alijo.

Núñez resopló.

—Buena suerte con eso.

Esta respuesta solo reforzó la sospecha de Harley de que las drogas de Núñez estaban en el coche. No creía que se arriesgara a dejarlas atrás si tenía que salir de la ciudad con prisa, como había intentado hacer minutos antes. La cuestión era simplemente dónde.

—Vale —respondió Callaway, levantándose—. No hay problema. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Harley abrió la tapa del depósito de gasolina y comenzó a buscar dentro. Núñez escuchó el sonido y giró la cabeza, dándose cuenta de repente de lo que estaba haciendo. Su cara se retorció de rabia.

—¡Eh, no podéis hacer eso! ¡Es mi coche!

—Causa probable —respondió Callaway alegremente—. Además, no tienes nada que ocultar, ¿verdad?

Harley abrió la puerta trasera y se inclinó hacia el interior del vehículo.

—Esto es una mierda —dijo Núñez—. No he hecho nada malo. —Una nueva idea pareció ocurrírsele—. Esperad un momento, no sois polis. Sois federales.

—Premio para el caballero —dijo Callaway—. ¿Qué nos ha delatado? ¿La falta de uniformes?

Harley comenzó a palpar los bordes del revestimiento del techo en busca de bultos donde pudieran haberse deslizado drogas. Podría llevar horas registrar a fondo un vehículo en busca de drogas, pero no tenía ese tiempo. Necesitaba resultados antes de que llegara la ambulancia. Por su experiencia, los delincuentes de carrera no tardaban mucho en recuperar la compostura.

—No estáis buscando solo drogas, ¿verdad? —dijo Núñez en voz baja.

—Eso depende —respondió Callaway—. ¿Hay algún otro delito del que deberíamos estar al tanto?

Harley buscó entre los cojines de los asientos suspendidos sobre su cabeza. No encontró más que un tapón de refresco y unas pocas patatas fritas que se desintegraron entre sus dedos. Podía sentir cómo el tiempo se le escapaba.

Entonces, al echarse hacia atrás, notó un bulto extraño en la parte trasera de uno de los asientos. Presionó contra él y sintió algo duro que se movía bajo la tela. Recuperó la navaja que había descartado antes y comenzó a cortar la parte trasera del asiento.

—¿Qué está haciendo? —exigió Núñez, su voz volviéndose histérica mientras empezaba a levantarse—. No puede...

Callaway lo empujó de vuelta al suelo.

—¡Quédate en el suelo!

Harley continuó cortando hasta dejar al descubierto varias bolsas de plástico llenas de cristales color aguamarina. Sacó una, sonriendo mientras la alzaba para que Callaway la viera.

—Esto sí que es una preciosidad —murmuró Callaway.

—No sé cómo ha llegado ahí —respondió Núñez automáticamente.

—¿Ah, no? —dijo Harley, dejando la bolsa a un lado. Sacó otra—. ¿Y esta? ¿O esta? ¿Eres consciente de cuántos años te pueden caer por esto?

—No es mi vehículo —respondió Núñez con frialdad, aferrándose a su guion. Pero se le notaba desanimado. Estaba claro que sabía hacia dónde se dirigía todo esto.

—Sin embargo, hay una buena noticia para ti en todo esto —continuó Harley—. Lo creas o no, no hemos venido aquí para pillarte por distribución.

Núñez la miró fijamente, con el rostro convertido en una cuidadosa máscara de indiferencia.

—Háblanos de Holy Hope —añadió ella.

Él parpadeó varias veces, como si no comprendiera.

—¿Holy Hope? ¿Qué pasa con eso?

—Vivías allí antes, ¿no?

Se encogió de hombros.

—Sí, ¿y qué?

—¿Por qué te echaron? —dijo Callaway.

Núñez volvió a encogerse de hombros.

—Ni idea. Son unos racistas, por eso.

Callaway chasqueó la lengua.

—Vamos, Héctor. Será mejor que seas sincero con nosotros. Te diste cuenta de lo acogedora que es Holy Hope con la gente de pasado turbio y viste una oportunidad de negocio.

Núñez se frotó la cabeza y se estremeció.

—¿Tenéis una aspirina o algo? Me está matando la cabeza.

La voz de Callaway era baja y amenazante.

—¿Por qué no nos cuentas sobre Sienna Davis y Eleanor Renfrew?

Núñez parpadeó.

—¿Esas tías? Apenas las conocía. Vivían justo fuera de la comunidad, así que no formaban parte realmente.

—¿Qué hay de Isla Clemente? —añadió Harley.

Una sonrisa desconcertada se dibujó en la comisura de la boca de Núñez.

—Sí, me acuerdo de ella. Buen cuerpo. Un poco chalada, ¿sabes a lo que me refiero?, pero agradable a la vista.

Harley vio cómo se tensaban los músculos de la mandíbula de Callaway. Temiendo que las cosas se descontrolaran rápidamente, decidió tomar las riendas de la conversación.

—¿Chalada? —dijo.

Núñez se encogió de un hombro.

—Tenía esa cosa de desconfiar de los hombres.

—¿Es por eso que te rechazó?

—Mira, todo lo que hice fue ofrecerle un trabajo, ¿vale? No es culpa mía si era demasiado tonta para reconocer algo bueno cuando lo veía.

—Apuesto a que eso te enfadó, ¿no? —insistió Callaway—. Ese tipo de rechazo. Luego, de repente, te echan de la comunidad. Debió de haberte cabreado de verdad.

—¡Joder, claro que sí!

—Y decidiste vengarte. Empezaste con Sienna y Eleanor porque eran objetivos más fáciles, viviendo solas, ¿es así?

Una mirada de confusión apareció en el rostro de Núñez.

—¿Objetivos? ¿Qué demonios...?

—Pero no fueron suficientes, ¿verdad? —continuó Callaway, cogiendo impulso—. Le cogiste el gusto a matar, ¿no? Así que volviste, ¿y quién mejor como objetivo que la chica que te rechazó a la cara? ¿Tenías intención de atrapar a Beverly también, o simplemente se interpuso en tu camino?

Núñez miró a Harley con una expresión desconcertada y suplicante.

—¡No tengo ni idea de lo que estáis hablando! ¡Tenéis que creerme! Estaba enfadado, claro, pero que me echaran fue lo mejor que me ha pasado. ¡He hecho diez veces más negocio aquí fuera del que hubiera podido hacer allí!

Los dos agentes intercambiaron una mirada. Harley tuvo una sensación de hundimiento.

—¿Me estáis diciendo que todas esas mujeres están muertas? —dijo Núñez—. ¿Como si alguien las hubiera estado cazando?

—No te hagas el tonto —gruñó Callaway, pero ya no había convicción en su voz.

Núñez negó con la cabeza.

—He hecho algunas cosas malas en mi vida, pero no soy un asesino, ¿vale?

—¿Dónde estabas anoche? —dijo Harley.

—Justo aquí, en Los Muertos. ¿Queréis testigos, colaboración? Hay unas cinco personas en el pueblo que os dirán que he estado aquí toda la semana.

—¿Esperas que nos creamos la palabra de unos yonquis? —dijo Callaway.

—No se meten metanfetamina, no todos. Además, no saben qué coño está pasando, así que ¿por qué iban a mentir? Si pensara que la ley iba a por mí, ¿crees que estaría aquí preparando testigos en vez de saltar la frontera?

Los dos agentes se miraron. Por mucho que quisieran que Núñez fuera su hombre, cada vez parecía menos probable como sospechoso. A menos que su coartada resultara ser una mentira descarada, o sus testigos resultaran ser mucho menos fiables de lo que Núñez creía, tenían que descartarlo como sospechoso.

La perspectiva irritaba a Harley. Era la vieja rutina de "un paso adelante, dos pasos atrás". Si Núñez no era un asesino, entonces acababan de malgastar un tiempo valioso que podrían haber empleado en buscar a las dos chicas desaparecidas.

Escucharon la sirena de una ambulancia que se acercaba. Harley la vio subir la cuesta hacia ellos, acompañada de varios coches patrulla. Se recordó a sí misma que seguir pistas, incluso cuando no daban resultado, era una parte necesaria del proceso, pero no la hacía sentir mejor.

Núñez seguía quejándose de dolor en el pecho cuando llegó la ambulancia. Por precaución, lo subieron en una camilla y lo llevaron a la parte trasera del vehículo.

—Algún día —dijo Harley mientras se cerraban las puertas de la ambulancia—, daremos con un sospechoso que lo confiese todo.

—Eso estaría bien —respondió Callaway—. Pero en este caso, no estoy seguro de que una confesión nos sirviera de mucho. Como él dijo, el negocio va viento en popa. ¿Por qué lo arriesgaría en una misión de venganza?

Harley suspiró, decepcionada.

—Al menos sabemos dónde encontrarlo si su coartada no se sostiene.

Ambos se quedaron en silencio, viendo cómo se alejaba la ambulancia. La adrenalina de Harley se había disipado, e intentó alejar su decepción repasando mentalmente los detalles del caso de nuevo, buscando un cabo suelto, un hilo del que tirar para desenredar el nudo aunque fuera un poco.

—Dos ex miembros de Holy Hope han sido asesinados —dijo—, y dos miembros actuales han desaparecido. No sé si el asesino es un miembro de la comunidad o un forastero, pero de cualquier manera tiene la vista puesta en Holy Hope. Necesitamos volver otra vez, aprender todo lo que podamos.

—¿Crees que habrá otro ataque?

Hizo una pausa, ordenando sus pensamientos.

—Creo que si hay otro ataque, será en Holy Hope, por eso deberíamos estar allí.

Capítulo Catorce

—¿Dónde está todo el mundo? —dijo Harley mientras entraban en Holy Hope por segunda vez en dos días—. Esto está más silencioso que un cementerio.

A diferencia de su visita anterior, no había ninguna multitud de niños para recibirlos mientras avanzaban por el camino de tierra entre las casas. Tampoco había nadie atendiendo los jardines. Era como si todo el mundo hubiera desaparecido sin más.

—¿Una reunión comunitaria, quizás? —sugirió Callaway—. Con los asesinatos y las desapariciones, es posible que quieran comentar la situación entre ellos.

Harley lo consideró y luego negó con la cabeza.

—Creo que para eso está el hogar en el centro. Pero no hay nadie allí. Deben estar en otro sitio.

Aquello le produjo un escalofrío. Se preguntó si tal vez los residentes habían marchado al pueblo para hostigar de nuevo al sheriff Santiago. Pero si lo hubieran hecho, ¿no la habría llamado Santiago?

Giró el cuello, mirando hacia atrás a la fila de vehículos aparcados cerca de la entrada de la comunidad: cuatro vehículos, cada uno de al menos una década de antigüedad. No había espacio para aparcar un quinto.

Callaway se detuvo y apagó el motor.

—Será mejor que echemos un vistazo —dijo, abriendo su puerta.

Cuando Harley salió del vehículo, le sorprendió lo mucho que faltaba en Holy Hope, no solo la gente, sino también otros signos de civilización: postes de teléfono, buzones, contadores eléctricos, farolas. Intentó imaginar cómo sería vivir tan cerca de la tierra, dependiendo tanto de las propias habilidades y las contribuciones de los vecinos. Podía imaginar la sensación de libertad: medir el tiempo por el sol en lugar de por un telfono o un reloj, comprobar el tiempo saliendo por la puerta en lugar de abrir una aplicación, no tener que preocuparse por estafadores, teleoperadores, llamadas de broma y algunas de las otras molestias que venían con la civilización.

Pero aún tienen que preocuparse por los asesinos, reflexionó. No hay estilo de vida fuera del alcance del mal.

—¿Por dónde empezamos? —dijo Callaway, plantando las manos en las caderas y haciendo un lento reconocimiento del pueblo.

Una voz respondió:

—¿Qué tal si empezáis explicando por qué aún no habéis encontrado al asesino?

Harley se dio la vuelta para ver a Melissa Hargrave caminando hacia ellos, con su vestido floral ondeando alrededor de sus rodillas. Tenía las cejas fruncidas en una expresión de preocupación e impaciencia.

Gardenia se detuvo a unos pasos de distancia y se cruzó de brazos, mirando de un agente a otro.

—¿O habéis venido a decir que habéis resuelto el caso? —añadió.

—Seguimos investigando —respondió Harley, desconcertada por la beligerancia de la mujer—. Prometí que os mantendría al tanto de cualquier novedad, y tengo intención de cumplir esa promesa.

Gardenia frunció el ceño como si se hubiera perdido algo.

—Entonces, ¿por qué estáis aquí? ¿No deberíais estar ahí fuera, buscando al asesino? ¿O me vais a decir que creéis que el asesino es uno de nosotros?

—No tenemos sospechosos en este momento, señora —dijo Callaway —. Pero las cuatro mujeres, tanto las dos víctimas como las adolescentes desaparecidas, estaban relacionadas con Holy Hope, así que necesitamos echar otro vistazo.

Gardenia se encogió de hombros con frialdad.

—No encontraréis nada. Os lo digo, la persona que buscáis no forma parte de esta comunidad. Es un lobo solitario que cree haber encontrado un rebaño de ovejas desatendidas, y seguirá atacándonos hasta que se dé cuenta de que nuestros dientes son tan afilados como los suyos.

Las palabras inquietaron a Harley. Se preguntó cómo podía Gardenia estar tan segura. ¿Era un pensamiento ilusorio, como cuando los padres a menudo se apresuran a negar las acusaciones de culpabilidad contra sus hijos?

—Señora Hargrave —dijo—, no he podido evitar notar lo silencioso que está todo hoy. ¿Dnde está todo el mundo?

Gardenia hizo un gesto vago hacia la distancia.

—Buscando en los bosques, en las colinas. Ahí es donde desaparecieron Isla y Bev. Decidimos tomar el asunto en nuestras manos, ya que vosotros parecéis estar demasiado ocupados.

Harley tuvo que contener un gemido. Pensó en la amenaza de Gardenia en la oficina del sheriff sobre armar a todos en la comunidad. Ciertamente,

caería en la categoría de tomar el asunto en sus propias manos.

Mientras Harley aún estaba contemplando una forma delicada de responder, se fijó en las sandalias que llevaba Gardenia. No pudo evitar notar lo diferentes que parecían de las zapatillas de Eleanor.

—¿Le importa si le pregunto dónde consiguió sus zapatos? —dijo.

Gardenia entrecerró los ojos, pareciendo desconcertada.

—¿Mis zapatos? Tenemos a alguien que los hace aquí mismo en Holy Hope; su padre era zapatero.

—¿Mucha gente aquí los usa?

—Todo el mundo. Los zapatos se gastan. ¿Por qué gastar el dinero que tanto cuesta ganar en Wal-Mart cuando puedes conseguir un par hecho a mano a cambio de algunas tareas?

Harley miró a Callaway, preguntándose si entendía la importancia. El reconocimiento llegó a sus ojos, y asintió. Los zapatos de Eleanor no solo eran demasiado grandes para ella, sino que probablemente nunca le habían pertenecido en primer lugar.

Lo que significa... ¿qué?, pensó Harley. ¿El asesino tiene una cosa con intercambiar zapatos con sus víctimas? No lo hizo con Sienna.

Sin estar segura de qué hacer con esta información, decidió guardarla para más tarde.

—Disculpe, señora Hargrave —interrumpió Callaway—, pero ¿qué dijo que está haciendo todo el mundo?

—Están buscando evidencias, pistas. Tal vez esas dos chicas fueron perseguidas hacia el bosque y podemos encontrar su rastro. Tenemos bastantes rastreadores talentosos entre nuestro grupo.

Harley estaba a punto de preguntar si Gardenia tenía alguna idea sobre dónde podrían haber ido Isla y Beverly cuando un grito desgarró la ladera, enviando escalofríos por la espalda de Harley. Miró a Callaway. Luego, impulsados a la acción, los dos agentes corrieron hacia el sonido.

—¡Ha vuelto! —oyó gritar a Gardenia detrás de ella—. ¡Ha matado de nuevo!

Capítulo Quince

Las piernas de Harley ardían y oía a Callaway resoplando a su lado como un toro furioso. El sudor perlaba su frente y corría por sus costillas como balas.

Echó un vistazo por encima del hombro y se sorprendió al ver a Gardenia rezagada a poca distancia detrás de ellos, prueba de lo bien que su estilo de vida la mantenía en forma. El dobladillo de su vestido estaba recogido a un lado en una mano, dejando ver sus pantorrillas musculosas. Su rostro mostraba determinación.

Encontraron un grupo de personas reunidas al borde de un campo de patatas, uno de los numerosos campos de cultivo escondidos detrás de las casas. Hojas verde oscuro brotaban en filas perfectamente rectas, cada una separada de la siguiente por una zanja, de modo que el campo ondulaba como olas en un lago. En la esquina de este campo, varias plantas de patata inmaduras yacían volcadas alrededor de un gran montículo de tierra, rompiendo el patrón perfecto.

Harley y Callaway se detuvieron en seco al ver el montículo, que había sido perturbado lo suficiente como para dejar al descubierto un par de cuerpos, uno boca arriba y el otro boca abajo. A simple vista, Harley pudo ver que eran jóvenes, mujeres y recientemente fallecidas.

El corazón de Harley se hundió. Era como si una pesadilla hubiera cobrado vida de repente. Lo mismo que había temido —que las dos mujeres desaparecidas acabaran muertas antes de que Harley pudiera encontrarlas— se había hecho realidad. Era suficiente para hacerla sentir enferma.

Una multitud de espectadores, quizás veinte en total, se situó alrededor de los cuerpos en un semicírculo, conmocionados en silencio. Un hombre alto de mediana edad con barba blanca sacudió la cabeza.

—No —murmuró, su voz hueca, sus ojos mirando desconcertados la escena—. No, no, no —Luego se giró bruscamente y, mientras la multitud se apartaba, se apresuró de vuelta hacia los edificios.

Harley consideró alzar la voz para decirle que volviera —tendrían que entrevistar a todos, después de todo. Aunque, por otro lado, sabían dónde encontrarlo, ¿no? No era probable que fuera muy lejos.

Callaway puso su mano en el hombro de Harley.

—Yo lo informaré —dijo suavemente.

Ella asintió agradecida mientras una sensación de náuseas se agitaba en sus entrañas. No era la visión de los cuerpos lo que la perturbaba —había visto muchos en su tiempo con el Bureau, y no habría podido hacer su trabajo si hubiera sido aprensiva con la muerte. Era el sentido de responsabilidad personal lo que la enfermaba.

Podría haber evitado esto, pensó. Si hubiera hecho las cosas un poco diferente, prestado más atención a los detalles...

Gardenia pasó rozándola y cayó de rodillas en la tierra, sacudiendo uno de los cuerpos como si quisiera despertarlo.

—¡Isla! ¿Puedes oírme, Isla? ¡Tienes que decirnos quién te hizo esto!

Harley tomó a Gardenia por el brazo.

—Señora, esta es una escena del crimen activa. Necesito que...

Gardenia se levantó y se giró hacia Harley, sus ojos oscuros y acusadores.

—¿Lo ves? —exclamó, mirando hacia la multitud para asegurarse de que todos estaban prestando atención—. Esto es lo que consiguen tu arduo trabajo y buenas intenciones. ¡Esto es culpa tuya, Agente Cole! ¡Tú eres la responsable!

Harley vaciló, sin saber qué decir.

—Ninguno de nosotros quería este desenlace —logró decir.

Gardenia miró alrededor a la multitud reunida, con desdén.

—Ninguno de nosotros pudo evitarlo tampoco, nadie excepto tú. Porque ese es tu trabajo, ¿no? Si no puedes evitar que esto suceda, ¿qué demonios estás haciendo aquí?

Harley miró fijamente a la cara de la mujer mayor, sus mejillas ardiendo de vergüenza. Sintió que las palabras se hundían dentro de ella como una lluvia venenosa.

Entonces Callaway se interpuso frente a Gardenia.

—Señora —dijo—, voy a tener que pedirle que se haga a un lado. Este no es el momento de señalar culpables. Ahora mismo, la única persona que merece culpa es el asesino, y puedo asegurarle que esa persona no es Harley Cole.

—Su sangre está en tus manos —siseó Gardenia, clavando el último clavo. Luego se alejó, con la cabeza erguida mientras se abría paso entre la multitud de espectadores.

Callaway volvió su atención a Harley, quien miraba fijamente los cuerpos con la mirada perdida. Chasqueó los dedos frente a su cara.

—Oye —dijo—. Mantente en el juego. Puede que estemos abajo, pero el tiempo aún no se ha agotado.

Su voz era débil, como si viniera de muy lejos.

—No es un juego, Callaway. Estas dos chicas fueron secuestradas bajo mi vigilancia. Debería haber puesto una patrulla aquí, debería haber mantenido los ojos en la comunidad.

Callaway negó con la cabeza.

—Las dos primeras víctimas vivían fuera de la comunidad. No teníamos razón para pensar que el asesino estaba apuntando a esta gente. Ni siquiera sabíamos si volvería a matar.

—Pero lo hizo, Callaway —dijo Harley abatida—. Y eso es culpa mía.

Callaway la tomó por los hombros y la miró a los ojos.

—Es culpa nuestra, Harley. Ambos estamos trabajando en este caso, y eso significa que compartimos tanto el mérito como la culpa. Yo también desearía que hubiéramos evitado esto, pero culparte solo comprometerá tu capacidad para detener el próximo asesinato. Así que en lugar de flagelarte por algo que no podemos cambiar, necesito que te concentres en atrapar a este tipo para que no tengamos que encontrar más cuerpos.

Harley sabía que tenía razón. Necesitaba recomponerse. Por mucho que hubiese preferido encontrar a estas dos chicas con vida, la cruda realidad era que el asesino acababa de dar un impulso muy necesario a la investigación. No se podía saber cuántas pruebas podría haber dejado atrás.

Sintió una oleada de gratitud hacia Callaway. Si hubiesen estado solos, le habría gustado abrazarle. Pero tenía razón: no era momento de culparse. Había demasiado trabajo por hacer.

—¿Puedes hacerlo? —dijo él, observándola de cerca—. Porque si necesitas unos minutos... —Se interrumpió. ¿Qué iba a sugerir, que volviera al coche y se echara a llorar?

Ella negó con la cabeza, recomponiéndose con esfuerzo.

—Estoy bien. Ya me compadeceré de mí misma más tarde.

La mirada de Callaway se detuvo en ella unos instantes más. Luego asintió, satisfecho.

—Vale —dijo—. Me alegro de oír eso, porque tenemos mucho trabajo por delante.

Menuda obviedad, pensó Harley.

Centrando toda su atención en la situación actual, Harley estudió la tierra blanda a lo largo del campo, que parecía haber sido pisoteada por una

manada de búfalos. La multitud de curiosos estaba a solo unos pasos de los cuerpos, lo que significaba que podrían estar destruyendo pruebas cada vez que movían los pies.

—¡Necesito que todos retrocedan! —dijo en voz alta, levantando las manos—. Sé que estáis conmocionados, pero tenemos que preservar la escena del crimen.

La multitud retrocedió, murmurando entre sí, y Harley avanzó, haciéndoles retroceder unos quince metros. La observaban con cautela, manteniendo sus voces bajas, aún sonando más conmocionados que enfadados. Eso era bueno. Harley no podía permitir que se descontrolaran, no cuando ella y Callaway eran los únicos en la escena.

—No os acerquéis más —les advirtió—. Si queréis que atrapemos al asesino, mantened la distancia. No sabemos cuántas pruebas puede haber dejado.

O cuántas pueden haber destruido ya estas personas, pensó con desánimo mientras su mirada recorría la tierra removida. Entonces, recordando su conversación anterior con Gardenia, estudió el calzado de los miembros de la comunidad. Sandalias, todos ellos, lo que significaba que si eliminaban las huellas de los miembros de la comunidad, así como cualquiera que ella y Callaway pudieran haber dejado, las huellas restantes probablemente pertenecerían al asesino.

Solo esperaba que no hubieran sido completamente borradas.

Decidiendo que había dejado claro su punto, Harley volvió con Callaway.

—¿Cuánto tardará en llegar el equipo forense? —dijo.

—Media hora, más o menos —respondió Callaway. Estaba tomando fotos de la escena con su móvil. No se sabía cuánto podría haberse contaminado ya la escena, pero al menos las fotos proporcionarían un marco de referencia en caso de que algo se alterara más.

—Probablemente no deberíamos caminar por ahí, al menos no en el campo —dijo Harley. La tierra que bordeaba el campo era arcilla seca, poco probable de conservar mucho. Aun así, nunca se sabía cuándo una huella parcial y débil podría resultar crucial para una investigación.

Callaway terminó de tomar fotos y se guardó el móvil en el bolsillo trasero.

—No está de broma. ¿Cuatro cuerpos en otros tantos días?

—La mayoría de los asesinos en serie tienen ciclos de actividad e inactividad —observó Harley—. Satisfacen su impulso, luego desaparecen por un tiempo hasta que no pueden evitar volver a hacerlo. Podríamos ver el mismo patrón aquí.

—Podríamos —coincidió Callaway—. O podría estar solo empezando.

La pregunta es, pensó Harley, ¿a quién va a atrapar ahora?

Capítulo Dieciséis

El equipo forense, ataviado con trajes HAZMAT, cepillaba meticulosamente la tierra de los cuerpos, deteniéndose de vez en cuando para tomar fotografías con la cámara montada en un trípode cercano. Harley observaba, con los brazos cruzados, recordándose a sí misma que debía ser paciente.

El problema era que ya llevaba horas esperando. La furgoneta forense se había atascado en un bache y se habían visto obligados a esperar a que una grúa los sacara. La tarde avanzaba y Harley no podía evitar sentirse desanimada al ver que no estaban más cerca de atrapar al asesino que antes.

—¿Algo interesante? —dijo Callaway, acercándose por detrás. Observó la escena con expresión pensativa.

—Es difícil ver gran cosa —respondió Harley—. Debería haber conseguido mejores asientos.

La broma era de mal gusto, y Harley se arrepintió en cuanto la dijo. Algunos agentes tenían la costumbre de hacer ese tipo de bromas como una forma de distanciarse de la humanidad de la situación, y así de cualquier sentimiento desagradable. Eran los mismos agentes que preferían hablar de "delincuentes" y "víctimas" en lugar de usar nombres reales. Sin embargo, ese nunca había sido el estilo de Harley. Era precisamente la humanidad de los asesinatos lo que la impulsaba a encontrar al asesino.

Callaway asintió, reconociendo la broma, pero parecía encontrar tan poco humor en ella como Harley.

Harley, deseando pasar página, dijo:

—¿Alguien ha visto algo? —Hizo un gesto hacia la multitud de curiosos a tiro de piedra. Mientras esperaban a que llegara el equipo forense, Callaway había realizado entrevistas, lápiz y papel en mano, anotando todos los detalles posibles antes de que los recuerdos se corrompieran con el tiempo. Sin embargo, por su expresión frustrada, Harley supuso que no había averiguado mucho que fuera útil.

—Todos muy callados —respondió—. No puedo evitar preguntarme qué les habrá dicho la señora Hargrave. Parecen pensar que es tan probable que ayudemos al asesino como que lo detengamos.

—Bueno, estos dos fueron asesinados bajo nuestra vigilancia. No podríamos haber salvado a la primera pareja, pero Isla y Bev... —se

interrumpió.

—Lo estás haciendo otra vez. Eso de culparte por no ser Supermujer.

—No me estoy culpando. Solo explico por qué no confían en nosotros. Si supieran con qué frecuencia los investigadores no tienen pistas que seguir y nada que hacer excepto esperar a que el asesino vuelva a atacar, con la esperanza de que cometa un error... —se interrumpió, deseando que no se encontraran en la misma situación. Se había unido al FBI para detener a los asesinos, no para controlar los daños después de los hechos.

Callaway apoyó su mano en el hombro de Harley.

—Lo atraparemos, Harley. Tarde o temprano, le llegará su hora.

Ella asintió, agradecida por su intento de animarla, aunque no se sintiera mejor. Entonces vio a una adolescente que se demoraba al frente de la multitud. Era la misma chica que había visto durante su primera visita a Holy Hope, la del cesto de verduras que se había alejado apresuradamente de los agentes cuando intentaron interrogarla.

Una mirada de temor apareció en los ojos de la chica cuando su mirada se encontró con la de Harley. Agachó la cabeza y se dio la vuelta, abriéndose paso entre la multitud.

—Espera un momento —murmuró Harley, alejándose de Callaway.

Mientras Harley se acercaba a los curiosos, vio a la joven escabullirse por la parte trasera de la multitud, lanzando una mirada preocupada por encima del hombro mientras se apresuraba hacia los edificios. Se movía a un ritmo rápido, casi corriendo.

—¡Espera un momento! —gritó Harley—. ¡Solo quiero hablar!

La chica se detuvo en seco. Permaneció inmóvil, de espaldas a Harley, sujetando su codo derecho con la mano izquierda en una pose clásica de inseguridad. Parecía congelada, como si las palabras de Harley tuvieran algún poder abrumador sobre ella.

—¿Por qué intentabas escapar? —dijo Harley cuando la alcanzó.

El espeso cabello oscuro de la chica le caía sobre la cara como una cortina, ocultando sus facciones. No dijo nada, como una niña culpable pillada robando caramelos.

Harley sabía que tenía que encontrar una manera de desarmar las defensas de esta chica. Habló en un tono directo pero también suave, y lo suficientemente bajo como para que nadie cercano pudiera oírla.

—¿Cómo te llamas?

—Violet —Se aclaró la garganta y luego lo dijo un poco más alto—. Violet.

—¿Estabas allí cuando encontraron los cuerpos, Violet?

La chica guardó silencio durante varios latidos. Luego sus palabras salieron en un torrente.

—No sabía lo que era... Pensé que algún animal se había metido en las patatas o algo así. No quería molestar nada, de verdad.

Fue entonces cuando Harley notó la tierra incrustada bajo las uñas de Violet. Recordó el grito que la había atraído a ella y a Callaway al campo.

Pobre chica, pensó. Encontrarse con los cuerpos de esa manera. Y tiene más o menos la misma edad, además.

—No tienes la culpa de nada —le aseguró a Violet—. Hiciste lo correcto al pedir ayuda. Sin ti, quién sabe cuánto tiempo habría pasado antes de que alguien los encontrara.

Esperó. La chica permaneció como estaba, rígida, su pecho moviéndose en respiraciones rápidas y superficiales.

—¿Qué tal conocías a Isla y Bev? —dijo Harley.

Los ojos de Violet recorrieron la multitud, buscando a Gardenia, supuso Harley. Esta se inclinó hacia un lado, bloqueando la vista de la chica. Sabía de primera mano lo intimidante que podía ser la mirada de Gardenia, y no quería que Violet se sintiera más amedrentada de lo que ya estaba.

—Bastante bien, supongo —dijo Violet—. Éramos amigas, más o menos.

—¿Más o menos?

Se encogió de hombros.

—Hay que ser amigo de todos cuando vives tan cerca, no?

—¿Entonces no erais cercanas?

La larga y lacia melena de la chica se estremeció cuando negó con la cabeza.

—Suelo estar bastante sola —dijo. Agachó la cabeza como si fuera una confesión vergonzosa. Luego añadió—: Hablaba con Bev de vez en cuando, pero no mucho con Isla.

—¿De qué hablabais Bev y tú?

Violet se encogió de hombros.

—De nada importante. A veces de nuestras vidas anteriores. A Gardenia no le gusta que hablemos de lo que pasó antes de llegar aquí... pero a veces es necesario, ¿sabes?

Harley asintió con empatía.

—El pasado no desaparece solo porque cambien las circunstancias.

La chica se cruzó de brazos y miró al suelo, como esperando la siguiente pregunta.

—¿Bev salía con alguien? —preguntó Harley.

Violet levantó la mirada, frunciendo el ceño.

—¿Salir? No, no se nos permite tener pareja hasta los dieciocho. Es una de las normas de aquí.

A Harley esto le pareció un poco anticuado.

—¿Y lo aceptáis sin más? Sabes que no pueden obligaros a seguir esa norma.

La chica bajó la voz como si confiara un secreto.

—Ya, pero pueden echarnos. ¿Adónde iría yo? ¿Qué haría? Esta gente es la única familia que tengo, y créeme, hay muchas más reglas cuando vives en uno de esos centros de acogida.

—Eres una chica lista. Podrías apañártelas sola, si quisieras.

Violet le dedicó una sonrisa poco convencida, como diciendo que agradecía el cumplido pero no se lo creía realmente.

—En fin —continuó Violet—, Bev tuvo algunos enamoramientos, pero era cuidadosa. Nunca llegó a tener lo que se podría llamar una cita, y jamás se habría liado con el tío equivocado.

A Harley le habría gustado seguir por esa línea de preguntas, pero sabía que en cualquier momento Gardenia podría acercarse y poner fin a la conversación. Harley necesitaba cubrir tanto terreno como pudiera lo más rápido posible.

—¿Y qué hay de Isla? —dijo—. He oído que era un poco distante con los hombres. ¿Es cierto?

Violet le lanzó una mirada preocupada.

—Sí, supongo. No le caían bien la mayoría de los hombres.

—¿En serio? —insistió Harley—. ¿Una chica tan guapa como ella? ¿No salía con nadie del pueblo?

La chica se mordió el labio.

—Probablemente no debería hablar de ello. Es solo un rumor.

Harley no iba a dejarla escapar tan fácilmente.

—¿Qué rumor? —preguntó.

Violet dudó. Harley percibió una guerra silenciosa tras los ojos de la chica. ¿Debería confiar la verdad a la agente federal, o podría volverse en

su contra?

Finalmente, Violet tragó saliva y dijo:

—Bev estaba preocupada por Isla porque creía que estaba viendo a alguien. Era raro, porque Isla era muy tímida con los chicos, sin mencionar los problemas que tendría si alguien descubría que estaba incumpliendo las normas.

—¿Bev dijo quién era ese misterioso desconocido?

Violet negó con la cabeza.

—¿Era alguien de la comunidad? —presionó Harley. Podía ver que Violet estaba cerca de su punto de ruptura, pero necesitaba más información que una vaga sugerencia de que una de las víctimas podría haber estado saliendo con alguien.

Violet cerró los ojos, con una expresión de dolor en su rostro.

—Lo único que dijo fue que no le gustaba porque era demasiado mayor para Isla.

Antes de que Harley pudiera responder, los ojos de la chica se abrieron y miraron hacia la multitud de nuevo.

—Tengo que irme ya —dijo, alejándose de Harley—. Siento no poder ayudar más.

Harley abrió la boca para protestar, pero la chica ya se había ido, trotando como una niña de la mitad de su edad.

Una mujer joven en el cuerpo de una niña, pensó Harley. Holy Hope era una comunidad de refugiados: supervivientes de abusos, adicciones, acoso. Le recordó a Harley aquella frase sobre la Estatua de la Libertad: «Dadme vuestros cansados, vuestros pobres, vuestras masas hacinadas anhelando respirar en libertad, el desecho miserable de vuestra rebosante playa». Era una organización humanitaria en ese sentido, un faro de esperanza en un mundo oscuro.

Y sin embargo... ¿por qué Harley no podía quitarse la sensación de que algo iba mal allí, algo falso? ¿Por qué sentía que tras la máscara de felicidad y simplicidad había un disfraz más oscuro, un disfraz que Melissa Hargrave no quería que viera?

Una mano le tocó el hombro, sobresaltándola.

—Alguien está nerviosa —dijo Callaway—. ¿Has averiguado algo de tu nueva amiga?

Harley frunció el ceño, preocupada.

—Parece que Isla podría haber estado viéndose con un hombre mayor.

—¿Alguien de aquí, de la comunidad?

—No estoy segura. Le preguntaría a la señora Hargrave, pero estoy convencida de que cualquier buena voluntad que pudiéramos haber construido con ella se esfumó cuando vio lo que había en ese campo de patatas.

—Crees que está ocultando algo —. Era una afirmación, no una pregunta.

Harley dudó.

—Creo que está ocultando muchas cosas. Solo que no sé si alguna de ellas tiene que ver con nuestra investigación, y no vamos a averiguar nada acosándola.

Ambos se quedaron en silencio. La mente de Harley volvió a las palabras de Violet. ¿Era posible que Isla hubiera estado liada con un hombre mayor, quizás un depredador que se había infiltrado en la comunidad bajo un nombre falso? Tal vez las cosas con Isla se volvieron demasiado físicas, y cuando Bev interfirió, el asesino las mató a ambas. Era posible. Pero ¿qué hay de los dos primeros asesinatos?

Impulsada por una nueva idea, Harley volvió al campo de patatas, donde el equipo forense acababa de terminar de desenterrar los dos cuerpos. Yacían uno al lado del otro boca arriba, con la tierra cuidadosamente retirada para revelar un par de rostros que parecían casi angelicales en su juventud y palidez. El cuerpo de Isla Clemente estaba prácticamente ileso, excepto por el patrón de moratones en su garganta, pero el lado de la cabeza de Beverly Morris era un desastre sangriento de pelo apelmazado, fragmentos de cráneo y materia cerebral expuesta.

—A Isla la estrangularon, igual que a Sienna —observó Callaway, con voz dura. Había un tono de ira apenas contenido bajo sus palabras.

—Pero no a Bev —respondió Harley, asqueada por la visión del cráneo destrozado de Beverly—. A ella la golpeó hasta dejarla inconsciente.

—Y luego siguió un rato más.

Los ojos de Harley recorrieron la longitud de los dos cuerpos.

—No hay signos de agresión sexual —murmuró—. Si el sexo hubiera sido la motivación principal de los asesinatos, se esperaría algún grado de violación.

—Tampoco tendría sentido ir a por parejas —coincidió Callaway—. Si ocurre una vez, podría ser una coincidencia. Pero ¿dos veces seguidas?

Lo mismo se le había ocurrido ya a Harley. Los depredadores sexuales eran expertos en aislar a sus víctimas. Era mucho más fácil mantener el control cuando solo había una persona a la que dominar.

Mientras Harley contemplaba las posibilidades, sus ojos continuaron bajando hasta los pies de las adolescentes. Ambas llevaban sandalias, al igual que los otros miembros de la comunidad. Sin embargo, había algo extraño en uno de los pies de Isla.

—Mira el ángulo del pie derecho de Isla —dijo Harley.

Callaway se agachó para examinarlo más de cerca.

—Tiene el tobillo roto. Probablemente ocurrió mientras corría.

Y probablemente fue la razón por la que el asesino la atrapó, pensó Harley. Se imaginó a Isla corriendo entre los árboles, asustada por su vida, gritando pidiendo ayuda. Seguro que habría gritado mucho cuando se rompió el tobillo. La pregunta era, ¿por qué nadie la había oído?

Harley respiró hondo y exhaló, frotándose la cara con cansancio.

—Repasémoslo de nuevo —dijo—. ¿Qué tienen en común las víctimas hasta ahora?

Callaway reflexionó.

—Todas son mujeres. Todas están relacionadas con Holy Hope.

—Pero diferentes edades, diferentes orígenes, diferentes apariencias: diferente color de pelo, peinados, altura, peso, todo. ¿Qué similitudes hay aparte del género?

—Está el hecho de que las mata por parejas.

Harley hizo una pausa, considerando esto.

—¿Cómo se las llevó a las dos sin que nadie oyera ni un solo grito? Has visto lo cerca que están todas las casas, y no es que sean herméticas.

—Quizás ya estaban en el bosque cuando las encontró —sugirió Callaway.

—¿Qué estarían haciendo allí por la noche? ¿Dando un paseo?

Callaway se encogió de hombros.

—Tal vez.

—¿Cómo consigue nuestro asesino atrapar a las dos? Una de ellas seguro que huye.

Callaway guardó silencio durante unos segundos. Luego levantó las cejas al ocurrírsele una nueva idea.

—¿No dijo Gardenia que Bev cojeaba? —dijo—. Quizás el asesino atrapa a Isla y luego persigue a Bev antes de que pueda volver a la

comunidad.

Harley lo meditó. Sin embargo, tras unos instantes, negó con la cabeza, descartando la teoría de Callaway.

—Se tarda mucho en estrangular a alguien como él estranguló a Isla. Incluso si la cojera de Beverly fuese lo bastante grave como para ralentizarla hasta el punto de arrastrarse, podría haberse escondido. Habría hecho lo imposible por escapar. No hay forma de que se lo hubiese puesto tan fácil.

Callaway metió las manos en los bolsillos mientras observaba los cuerpos.

—¿Cuál es tu teoría, entonces? —dijo.

La mirada de Harley recorrió el campo de patatas, las colinas que lo dominaban y luego la multitud de curiosos cercanos. Algunos habían vuelto a la comunidad, pero varias decenas permanecían allí, cuchicheando. Harley estudió sus rostros uno por uno, preguntándose si estaría mirando directamente a los ojos del hombre al que buscaban.

—Deberíamos comprobar los antecedentes de todos los miembros de la comunidad —murmuró.

Callaway refunfuñó.

—Buena suerte consiguiendo sus identidades reales. Sería más fácil leer un libro de botánica.

A Harley le molestaba saber que Callaway tenía razón. Si tan solo Gardenia y los demás colaborasen, podrían descartar cualquier sospechoso obvio dentro de la comunidad. Cuanto más insistía Gardenia en que el asesino no era un miembro de Holy Hope, más razones tenía Harley para sospechar que sí lo era.

No dejaba de darle vueltas al hecho de que el asesino se dirigía a parejas de mujeres. Era una elección inusual, sobre todo porque era mucho más arriesgado que aislar a un objetivo individual, por lo que Harley pensó que había una posibilidad razonable de que, si el asesino había matado a alguien antes que a Sienna y Eleanor, podría cruzar los crímenes y potencialmente arrojar nueva luz sobre el caso.

—Tengo una idea —le dijo a Callaway—. Voy a ir a la oficina del sheriff a investigar, a buscar en artículos antiguos a ver si encuentro mujeres que hayan desaparecido en parejas. Es una posibilidad remota, pero merece la pena intentarlo.

Callaway asintió pensativo.

—No es mala idea. Yo me voy a quedar por aquí, en la escena del crimen un rato más. Alguien tiene que vigilar la comunidad.

—¿Crees que el asesino volverá a atacar? —Sería inusual que volviera a atacar tan pronto. Aunque, por otra parte, ya había matado a cuatro mujeres en dos días, y podría estar solo empezando.

Había un brillo decidido en los ojos de Callaway.

—No lo sé, pero si lo hace, estaré esperándole.

Harley sinti una punzada de culpabilidad. Callaway se estaba poniendo conscientemente en peligro, y Harley sentía la obligación, como su compañera, de asumir los riesgos junto a él. Pero no había forma de saber si el asesino volvería, y no quería perder el tiempo esperando cuando había trabajo que hacer.

—Ten cuidado —dijo, mirándole a los ojos—. No sabemos a qué nos enfrentamos.

Callaway dio una palmada a su funda y sonrió con gravedad.

—Él tampoco, Harley. Él tampoco.

Capítulo Diecisiete

Harley se acercó al mostrador del sargento y tamborileó con los dedos sobre la madera mientras miraba a su alrededor en busca de alguien que pudiera ayudarla. La oficina del sheriff estaba extrañamente silenciosa: ni tecleo de ordenadores, ni teléfonos sonando, ni murmullos de conversaciones ociosas. Habría esperado una escena así a la hora de comer, no a media tarde.

Estaba sirviéndose un cuenco de ganchitos gratuitos cuando escuchó la cisterna de un baño cercano. Por fin, pensó, agradecida de que aún quedara alguien por allí.

El hombre que salió del aseo era joven y alto, con cara de niño y un tupé que brillaba grasiento bajo las luces fluorescentes. Llevaba una expresión robótica hasta el momento en que se percató de la presencia de Harley. Entonces su rostro se iluminó con una intensidad ansiosa, no muy diferente a la de un beagle cuyo amo acaba de llegar a casa.

—¿Puedo ayudarla, señora? —dijo, enganchando los pulgares en su cinturón. Llevaba el uniforme color arena de un ayudante del sheriff. Probablemente nuevo, ya que Harley no le reconocía.

Harley mostró su placa, contenta de poder hacerlo ahora que la tenía de nuevo. Solo había servido como consultora en el caso Navarro, y había aprendido por las malas las limitaciones de ese papel.

El ayudante se inclinó hacia delante, examinando la placa de cerca.

—Vaya —dijo, sacudiendo la cabeza con asombro—. Una agente federal de carne y hueso. Nunca pensé que llegaría a ver esto.

Harley sonrió educadamente.

—Solo una servidora pública, como tú. ¿Está por aquí el sheriff Santiago?

El ayudante seguía mirando fijamente la placa. Parecía que quisiera cogerla, aunque Harley no estaba segura de que se la devolviera si se la ofrecía.

—Está en el centro —dijo el ayudante—, ejecutando una orden de desahucio. ¿Puedo ayudarla en algo?

Harley intentó que no se notara su decepción. Había esperado tener unos minutos para hablar cara a cara con Santiago sobre la investigación de

Kelly. Teniendo en cuenta cómo iba su propia investigación, le vendría bien un empujón. Sin embargo, parecía que tendría que esperar.

—Solo necesito revisar vuestros informes de personas desaparecidas —dijo.

El ayudante por fin apartó la mirada de la placa, ladeando la cabeza con curiosidad.

—¿Está trabajando en el caso de esa comunidad fuera de la red?

—Holy Hope, sí.

Negó con la cabeza, como si fuera una causa perdida.

—Muy valiente por su parte involucrarse con ellos.

—¿Por qué?

—No les importa un pimiento la policía. No obtendrá ninguna ayuda de ellos.

Como si no lo supiera ya, pensó Harley. Optó por un enfoque más diplomático.

—Por eso estoy aquí, esperando encontrar alguna conexión con los asesinatos.

Tan pronto como lo dijo, se dio cuenta de que había sido un error. Los ojos del ayudante se iluminaron de emoción.

—¿Cree que ha matado antes? —dijo.

Harley intentó quitarle importancia, como si solo fuera una posibilidad remota.

—Es una posibilidad lejana. Lo más probable es que no encuentre nada, pero no lo sabré hasta que mire. Te agradecería mucho que pudieras ayudarme.

El ayudante asintió, pareciendo decepcionado de que no le hubiera confiado más.

—Puede usar mi ordenador. Venga, se lo enseñaré.

Harley siguió al ayudante por el pasillo hasta un pequeño cubículo abarrotado de libros de texto.

—Estoy estudiando para unirme al equipo SWAT —dijo el ayudante, dando una palmada sobre un libro titulado "Asalto y Limpieza: Guía Táctica para el Combate Cuerpo a Cuerpo"—. Son de los tipos más duros que hay... exceptuando a los presentes, por supuesto.

Harley sonrió forzadamente mientras sacaba la silla y se sentaba. Sin embargo, cuando alargó la mano hacia el ratón, el ayudante lo agarró primero, inclinándose sobre su hombro para poder manejar el teclado.

—Tengo que iniciar sesión —explicó, con su aliento cerca de su oreja —. Me llamo Sonny, con O, no con U.

Había una desagradable intimidad en su cercanía. A Harley le costó toda su concentración no empujar la mesa, apartando a "Sonny con O" hacia el cubículo detrás de él.

Hizo todo lo posible por mantenerse amable.

—Yo soy la agente Cole, con C, no con K.

Su cara permaneció inexpresiva por un momento mientras tecleaba sus credenciales. Luego sonrió ampliamente.

—¡Ja! ¡Buena esa!

Una vez iniciada la sesión en el sistema, Sonny soltó el ratón y se apartó.

—Aquí lo tiene —dijo, poniendo las manos en las caderas—. Eso debería ayudar. Solo tenga cuidado con la tecla F, le gusta atascarse.

—Tendré cuidado —le aseguró Harley.

Se acercó con la silla, poniéndose cómoda. Sonny permaneció donde estaba, observando.

—Esto puede llevar un tiempo —advirtió ella, esperando que captara la indirecta.

Sin embargo, el ayudante solo se encogió de hombros.

—Tengo tiempo.

Harley estaba pensando en formas de librarse de él cuando sonó su teléfono móvil. Lo levantó hasta su oreja, manteniendo los ojos fijos en Harley.

—Sí, dime.

Harley abrió la base de datos y empezó a buscar. Tal como le habían advertido, la tecla F se atascó y tuvo que levantarla con cuidado.

—Sí, hablé con él —dijo el ayudante por teléfono—. Insistió en que ese era el número correcto de la matrícula, pero... —Hizo una pausa, escuchando—. Vale, iré a comprobarlo de nuevo.

El ayudante dejó escapar un profundo suspiro mientras colgaba el teléfono.

—Bueno, se acabó la fiesta. El jefe me necesita de vuelta en el campo.

Hizo una pausa. Harley tuvo la impresión de que estaba esperando a que ella le preguntara de qué se trataba.

—¿Qué tipo de caso? —dijo ella, siguiéndole la corriente con la esperanza de que eso acelerara su partida.

Él estiró los brazos y giró el cuello, dando un suspiro satisfecho cuando crujió.

—Oh, lo de siempre. Allanamiento. Otro día más en el curro.

—Suena serio. El sheriff Santiago debe confiar mucho en ti si te encarga un caso así.

Se encogió de hombros, aparentando estar secretamente complacido por la insinuación.

—En realidad no es para tanto. Tendrías que haber estado aquí el mes pasado: hubo un caso sobre un asesino que escondía a sus víctimas en pozos mineros. Y no veas, ¡incluso fui al lugar donde vivía! ¡Era prácticamente un palacio!

Harley fingió sorpresa. Se hizo una nota mental para preguntarle a Santiago sobre sus políticas de contratación la próxima vez que hablara con él. Fuesen cuales fuesen, necesitaban ser refinadas.

—Bueno —dijo el ayudante con un suspiro de pesar—, supongo que te dejaré con lo tuyo. Asegúrate de cerrar sesión cuando hayas terminado.

—Lo haré.

Le observó marcharse. Cuando desapareció por la esquina, dejó escapar un suspiro audible de alivio. Por fin, algo de paz y tranquilidad.

Empezó examinando viejos informes policiales, buscando cualquier cosa etiquetada en la categoría de PERSONAS DESAPARECIDAS. Pasó dos páginas antes de decidir que le llevaría toda la noche examinar la lista completa. Tenía que haber una manera mejor.

Intentó reducir la búsqueda a informes de parejas de personas desaparecidas, pero ninguna de las palabras clave que probó pareció ayudar. Se reclinó, desconcertada.

¿Cuál es la firma del asesino?, reflexionó. Ningún asesino se comportaba exactamente de la misma manera. Cada uno tenía sus peculiaridades, pequeñas discrepancias que los diferenciaban, discrepancias que a veces podían usarse para vincular crímenes que de otro modo no parecían tener mucho en común.

Harley se incorporó cuando se le ocurrió una nueva idea. Por intuición, añadió la palabra "ZAPATOS" a la búsqueda y pulsó ENTER.

Allí, en lo alto de una lista corta, había un informe que detallaba la desaparición de dos hermanas seis meses antes, Beatrice y Bella Rasco. La policía había emitido una alerta estatal y entrevistado a todos los que habían tenido algún contacto con la familia recluida, pero no habían logrado

generar ni un solo indicio de evidencia. Las hermanas simplemente se habían esfumado. Nunca se encontraron los cuerpos.

Sin embargo, había una pieza de evidencia de particular interés para Harley: dos pares de zapatos embarrados dejados en la casa. Esta información se había registrado como una pequeña nota al pie, como si el agente en la escena solo la hubiera anotado por un sentido de obligación de ser minucioso.

¿Era posible que estas dos hermanas hubieran sido las primeras víctimas del asesino?

Se reclinó, tamborileando con las yemas de los dedos en el borde del escritorio. Los zapatos embarrados eran un detalle extraño. Quizás las hermanas tenían cada una un par extra de zapatos de trabajo para ensuciarse. Podrían haberlos cambiado y marchado voluntariamente, quizás cruzando la frontera a México para comenzar una nueva vida. Dejar zapatos atrás no era exactamente un indicador fiable de juego sucio.

No, pero es una extraña coincidencia.

Intrigada ahora, Harley introdujo la dirección de la granja de las hermanas en Google Maps. Para su sorpresa, estaba ubicada en Sawyer Pass, justo al final de la carretera donde vivían Sienna Davis y Eleanor Renfrew.

Eso tiene que ser más que una coincidencia, pensó, cada vez más emocionada cuanto más lo pensaba.

La diferencia aquí, por supuesto, era que los cuerpos de las hermanas nunca se habían encontrado, lo cual no era poca cosa, considerando que habían desaparecido hacía medio año. Si realmente estaban muertas, lo cual seguía siendo solo una suposición en este punto, ¿podrían haber sido víctimas del mismo hombre que había dispuesto tan torpemente de los cuerpos de Isla Clemente y Beverly Morris en una tumba poco profunda al borde de un campo de patatas?

¿Y qué hay de Sienna Davis y Eleanor Renfrew? El asesino había dejado sus cuerpos al lado de la carretera, como si no le importara si los encontraban o cuándo.

Era al revés. Los métodos de los asesinos tendían a evolucionar a medida que se volvían más competentes en su trabajo; pero en este caso el asesino —si había empezado con las hermanas Rasco— se había vuelto más descuidado con el tiempo. Más desesperado, quizás.

¿Era posible que hubiera más de un asesino en acción? Eso explicaría el cambio en los modus operandi.

Te estás desviando demasiado, se dijo a sí misma. No te pierdas en los detalles.

Inclinándose de nuevo hacia adelante, buscó en el área alrededor de la casa de los Rasco cualquier fuente de agua. Como había esperado, no encontró nada: el arroyo más cercano estaba a unos ochenta kilómetros, bien lejos de la distancia a pie.

Era una zona alta y seca. Entonces, ¿de dónde había venido el barro?

Oyó abrirse una puerta, seguida de una carcajada. Sonny había vuelto. Era hora de irse.

Harley cerró sesión en la base de datos y se levantó, apresurándose por el pasillo. Al doblar la esquina, escuchó a Sonny decir algo detrás de ella, pero continuó como si no le hubiera oído.

Necesitaba ver esa granja por sí misma. Podría ser donde su asesino había aprendido su oficio.

Capítulo Dieciocho

Skink se balanceaba adelante y atrás, con los brazos alrededor de las piernas mientras observaba todas las luces brillantes de los vehículos desde una colina cercana.

¡Qué divertido era verlos desconcertados por el misterio que les había dejado! ¡Qué serias se veían sus caras! No podía verlos bien ahora, pero antes se había acercado sigilosamente, antes de que llegaran todas las luces brillantes. Solo había habido dos agentes, un hombre y una mujer. No eran policías, pero llevaban armas y placas, así que probablemente trabajaban para el gobierno.

¿FBI? ¿CIA? ¿ATF? Skink no lo sabía, y tampoco le importaba mucho. Lo que importaba era que había hecho lo que se propuso, y las voces estaban calladas de nuevo.

Por ahora.

Levantó la mano, estudiando la suciedad enterrada bajo las uñas. Estaba escuchando el más leve eco de esas voces en lo profundo del pozo de su mente, una señal segura de que sus espíritus habían tomado nuevos cuerpos. Por el momento, no oía nada.

Aun así... los sentía allí, esperando la oportunidad adecuada para volver y atormentarlo de nuevo. No se detendrían. Tenía que adelantarse a ellos, atacar antes de que tuvieran la oportunidad de ocupar nuevos cuerpos; de esa manera quedarían varados y no tendrían más remedio que pasar al lugar al que se supone que van los muertos. Y entonces... entonces...

—Entonces me dejarán en paz, para siempre. Entonces por fin habrá silencio —dijo.

No podía imaginar esta posibilidad (después de todo, había vivido con sus voces toda su vida, así que nunca antes había experimentado una realidad en la que no lo atormentaran), pero tenía que creer que era posible. Habían tenido ventaja en vida, pero no les dejaría tener ventaja en la muerte.

Una suave brisa le acarició la cara, secando el sudor. Cerró los ojos. Apenas lo hizo, vio sus rostros, no solo los primeros, sino también los que vinieron después. Cada vez que mataba, pensaba que había acabado con ellos, pero las voces siempre volvían.

—Eso es porque fuiste torpe —murmuró para sí mismo, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta—. Tiene que ser ambos juntos, a la vez, para que realmente funcione, pero eso es mucho pedir, ¿verdad?

El tono crítico de su propia voz le recordó a las de ellos, y sintió un repentino escalofrío, del tipo que su madre le decía que significaba que una oca había pisado su tumba.

Tres veces lo había estropeado, pero no habría una cuarta. No, esta vez sería más cuidadoso, se aseguraría de que ambos estuvieran bien preparados antes de desterrarlos del mundo para siempre. Solo entonces tendría paz.

Skink se puso de pie y se estiró perezosamente, como un gato al sol. Si alguien hubiera mirado hacia arriba en ese momento, lo habría visto allí de pie en la ladera, observando. Pero nadie lo hizo. Estaban tan ocupados como hormigas después de una tormenta. Si solo supieran que la tormenta no había terminado.

—Si al principio no lo consigues —murmuró—, inténtalo, inténtalo de nuevo.

Capítulo Diecinueve

Harley se apoyó en el volante mientras observaba fijamente la granja destartalada, un pozo de sombras en la noche que se cernía. Volvió a comprobar su móvil, pero solo confirmó lo que ya sabía: esta era la casa en la que Beatrice y Bella Rasco habían vivido toda su vida adulta hasta que desaparecieron.

Al examinar el edificio en ruinas, era difícil imaginar que alguien hubiera vivido allí alguna vez. La puerta colgaba tambaleante, con una bisagra a punto de desprenderse, y varias de las ventanas estaban cubiertas con largas tablas de pino, grises y deformadas por el sol. Las malas hierbas crecían descontroladamente a lo largo de los cimientos.

Es como una escena de Hansel y Gretel, pensó Harley. Seguro que la bruja está ahí dentro cebando a Hansel en este mismo momento.

Había dado por hecho que la casa tendría nuevos dueños a estas alturas, pero no parecía que nadie hubiera vivido allí desde que las hermanas desaparecieron. Le sorprendió que el condado no hubiera demolido el edificio por razones de seguridad pública. Quizás se habían olvidado de que existía.

Cuando empezaba a salir del coche, se le ocurrió que probablemente debería llamar a Callaway. Querría saber dónde estaba, después de todo. Además, esto podría ser peligroso: no se sabía dónde podría ceder el suelo bajo sus pies si entraba, o incluso si todo el edificio se derrumbaría como un castillo de naipes al tirar de la puerta.

Navegó hasta sus contactos y pulsó el nombre de Callaway. Luego se detuvo, con el dedo suspendido sobre el botón de LLAMAR. Imaginó la conversación en su cabeza. Le diría dónde estaba y describiría la casa, ¿y qué le respondería él?

Me diría que esperase hasta que llegara, porque así es como se hacen las cosas según el manual.

O, igual de malo, podría enviar un coche patrulla. Una cosa era malgastar su propio tiempo en una búsqueda inútil, pero otra muy distinta era malgastar el tiempo de otra persona. No le apetecía ser objeto de burlas.

Además, no parecía que nadie hubiera estado en la granja en años. ¿De qué tenía que preocuparse? Callaway era el que esperaba que apareciera el asesino. Él estaba en mucho más peligro que ella.

No hay nada en esa casa que no pueda manejar.

Se guardó el móvil en el bolsillo y se acercó a la casa. Al aproximarse a la puerta principal, algo se agitó en la hierba cerca de sus pies. Encendió la mini linterna que llevaba en el llavero y examinó el jardín, pero no vio nada excepto un calcetín amarillento medio tragado por la tierra, y una muñeca desnuda y decapitada con manchas de quemaduras que podrían haber sido de cigarrillos.

Harley sintió un escalofrío de repulsión.

A pesar de su confianza en el abandono de la casa, llamó de todos modos. La puerta se estremeció, su bisagra superior chirriando por el óxido. Una brisa fresca acarició la nuca de Harley, como el aliento de un fantasma inclinándose sobre su hombro.

—¿Hay alguien en casa? ¡Soy del FBI! —dijo.

Sintiéndose tonta por esperar una respuesta, Harley presionó el pestillo e intentó abrir la puerta. Sin embargo, para su sorpresa, la encontró cerrada o bloqueada. No podía distinguir cuál de las dos. En cualquier caso, la puerta no cedió ni siquiera cuando presionó su cadera contra ella. Le pareció extraño, ya que la gente tan alejada del camino rara vez cerraba sus puertas con llave, al menos en su experiencia.

A menos que haya estado cerrada desde que las hermanas desaparecieron, reflexionó, dando un paso atrás. Miró hacia arriba, a los restos de la chimenea, unas cuantas hileras de ladrillos desmoronados con un hueco como un diente que faltaba. No había humo, aunque tampoco esperaba verlo.

Harley se movió hacia la parte trasera de la casa, con la esperanza de encontrar otra entrada. Por el camino, intentó mirar a través de las ventanas que no habían sido tapiadas, pero el cristal estaba cubierto por una capa de grasa, suciedad y hollín tan gruesa que las hacía opacas. No parecía que se hubieran lavado desde la presidencia de Lincoln.

El viento se agitó, y las hojas de los álamos cercanos hicieron un sonido seco y quebradizo al rozarse entre sí. Una de las tejas de madera se levantó, exponiendo una boca negra, y se cerró de nuevo. Los murciélagos revoloteaban por los aleros, atrapando a sus presas desprevenidas con terrible rapidez.

Cuando Harley llegó a la parte trasera de la casa, se dio cuenta de que había un todoterreno aparcado en el bosque. Se acercó a él, el haz de su linterna volviéndose lechoso al tocar el parabrisas, que estaba cubierto por

una gruesa película de polvo y polen. Los neumáticos se habían hundido varios centímetros en el suelo, el caucho agrietado y quebradizo. Era evidente que el vehículo no se había movido en bastante tiempo.

Estaba a punto de volver a la casa cuando oyó un gruñido cerca. Al barrer con su linterna el terreno abierto detrás de la casa, divisó una valla de madera que se adentraba en el bosque. Curiosa ahora, se acercó y se apoyó en una de las tablas desvencijadas, mirando hacia el fondo del recinto.

Había un refugio bajo construido con palés de madera entre los árboles. Creyó percibir movimiento en su interior, pero no podía estar segura. Entonces, por instinto, apagó la linterna y esperó.

No pasó nada.

Justo cuando empezaba a sentir que toda esta visita había sido una pérdida de tiempo, se fijó en una campana triangular de cena colgada de una de las tablas de la valla. Cogió el badajo, que colgaba de un clavo, y lo golpeó tentativamente contra los lados del triángulo.

Mientras la primera nota aún resonaba en el aire, se produjo un repentino movimiento desde el refugio cuando una piara de cerdos salió corriendo, chillando y empujándose unos a otros. Se apretujaron contra la valla, metiendo sus hocicos por los huecos, con las fosas nasales agitándose como débiles alas.

Harley retrocedió tambaleándose, sobresaltada, y volvió a encender su linterna. Los animales parecían más perros que cerdos, de lo delgados que estaban. Sus costados estaban hundidos, haciendo que sus caderas y el pelo áspero de sus lomos sobresalieran. Sus cabezas parecían hinchadas en comparación.

Quizás este lugar no esté tan abandonado como pensaba.

Los cerdos parecían enfermos, sin duda, pero alguien tenía que estar alimentándolos con algo para que siguieran vivos. ¿Habrían dejado las hermanas los cerdos a cargo de algún vecino de la zona, o quizás a un amigo de la familia?

Harley extendió la mano con cuidado hacia uno de los cerdos más grandes. Este gruñó, empujando su mano con el hocico. Luego, cuando su mano bajó de nuevo, hizo un intento vacilante de morderle el dedo. Ella retiró la mano con un jadeo.

Solo tienen hambre, se dijo a sí misma. Tú también comerías cualquier cosa si estuvieras muriéndote de hambre.

Aun así, se sintió agradecida de tener la valla entre ella y los cerdos.

De repente, sonó su teléfono, haciéndola saltar como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Los cerdos la observaban expectantes con sus ojos pequeños mientras contestaba.

—¿Dónde estás? —dijo Callaway sin saludar. Sonaba preocupado, y Harley se sintió inmediatamente inquieta.

—No muy lejos de ti —respondió, alejándose mientras uno de los cerdos empezaba a chillar—. ¿Qué ocurre?

Esperaba que Callaway comentara algo sobre el ruido de fondo. Sin embargo, si lo había oído, no pareció importarle.

—Te necesito de vuelta en Holy Hope lo antes posible.

Harley sintió una punzada de temor. —¿Por qué? ¿Qué está pasando?

Sus palabras confirmaron lo que tanto temía.

—Malas noticias —respondió con gravedad—. Han secuestrado a otra mujer.

Capítulo Veinte

Harley encontró a Callaway de pie junto a su furgoneta justo después del cartel que rezaba «COMUNIDAD HOLY HOPE: TODOS SOIS BIENVENIDOS». Los colores alegres parecían chillones bajo el resplandor de los faros, y Harley no pudo evitar preguntarse cuán acogedora se sentiría esta gente sabiendo que había un asesino eliminándolos de dos en dos.

Harley bajó la ventanilla mientras se detenía junto a Callaway.

—¿Debería aparcar aquí? —dijo.

Callaway asintió con expresión grave.

—Todos están subiendo la colina. Podemos ir andando.

Harley puso el freno de mano y apagó el motor, preparándose mentalmente para lo que venía. En la mayoría de las investigaciones, había largos intervalos entre esos momentos que los tabloides podrían calificar como los «puntos destacados» del caso: el descubrimiento de un cadáver o un arma homicida, la desaparición de una posible víctima, la identificación de un sospechoso potencial. Aunque el trabajo nunca terminaba, estos intervalos daban a los investigadores la oportunidad de recuperarse de la intensidad emocional de examinar los cuerpos de las víctimas, entrevistar a familiares afligidos e interrogar a sospechosos. En todos sus años en el FBI, este tenía que ser uno de los casos más concentrados en los que había trabajado, dado todo lo que ya había ocurrido en solo unos días.

Mientras subían la colina, Harley esperó a que Callaway hablara. Sabía que debía estar luchando con la culpa de no haber detenido al asesino, aunque había estado esperando en Holy Hope precisamente por esa razón. Cuando finalmente habló, su frustración dolorosa era evidente en su voz.

—No logro entenderlo. He estado aquí toda la noche, y ni un solo vehículo ha entrado o salido en todo este tiempo.

Incluso bajo la tenue luz de las estrellas, Harley podía ver el cansancio en su rostro. Parecía demacrado, aunque supuso que podría deberse tanto al agotamiento emocional como al físico. Si la mujer desaparecida moría, Callaway probablemente viviría el resto de su vida creyendo que podría haberla salvado si tan solo hubiera sido un poco más vigilante.

Con algunos agentes, Harley podría haberse preguntado si realmente habían logrado mantenerse despiertos todo el tiempo. Esa era parte de la razón para hacer vigilancias en parejas: podían alternarse turnos, uno

vigilando mientras el otro dormía. Pero no dudaba de que Callaway había permanecido alerta.

—Tal vez el asesino no usó la carretera —sugirió, tratando de darle una salida—. Quizás vino desde el bosque.

—Aun así habría oído el motor —respondió Callaway—. Ha sido una noche tranquila, y el sonido viaja lejos en estas colinas.

Harley guardó silencio. Todo apuntaba a que el asesino se había acercado a pie, suponiendo que viniera de fuera de la comunidad. Cuanto más lo pensaba, más convencida estaba de que había un lobo con piel de cordero.

Más adelante, varios farolillos brillaban alrededor de un pequeño granero. Varias figuras estaban de pie cerca de la puerta, conversando en voz baja. La escena era inquietante, llegando como lo hacía tras el descubrimiento de los cuerpos de Isla y Beverly ese mismo día.

Sin saber cómo animar a Callaway, Harley decidió volver la conversación a los acontecimientos en cuestión.

—¿Dijiste que solo una mujer había desaparecido?

Callaway no dijo nada durante unos momentos. Harley supuso que aún intentaba resolver cómo el asesino había atacado sin que Callaway lo supiera.

—No encaja con el modus operandi —continuó, tratando de sacarlo de sus pensamientos—. Hasta ahora ha estado atacando por parejas.

—Oh, es el mismo modus operandi —respondió finalmente—. Simplemente no tuvo éxito esta vez.

Esto captó su atención.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que atacó a dos, pero una escapó. La encontró su hijo de ocho años; se despertó en medio de la noche por una pesadilla, y cuando no pudo encontrarla en la casa, vino aquí.

—Nada como descubrir que la realidad es peor que tu pesadilla —murmuró Harley.

Callaway asintió.

—En fin, ahora está de camino al hospital. Parece que la golpearon por detrás. Luego, mientras su atacante se ocupaba de su amiga, ella se arrastró hasta el heno y se escondió. Ahí es donde la encontró su hijo.

—Supongo que el asesino se llevó a la amiga.

Callaway asintió sombríamente.

—Las dos simplemente desaparecieron. Sin huellas, sin testigos. La policía está rastreando la zona en busca de señales de un vehículo, pero no contengas la respiración. Este tipo es un fantasma.

Harley podía sentir las miradas de los miembros de la comunidad. Sus voces se habían apagado hasta convertirse en un murmullo bajo ante la aproximación de los agentes, como el sonido lejano de un arroyo, tan sutil que podría confundirse con el viento.

—¿Por qué no me llamaste cuando sucedió? —dijo, sintiéndose como si la hubieran mantenido al margen.

—Lo hice. La llamada fue directamente al buzón de voz.

No podía culparlo por eso.

—¿Me pones al día? —le dijo a Callaway, deseosa de escapar de las miradas de los curiosos.

Callaway abrió una de las grandes puertas correderas. Las ruedas de la parte superior chirriaron levemente.

Era un granero pequeño con cuatro cuadras, dos a cada lado. Al fondo, un par de puertas correderas idénticas, abiertas, daban a un pasto de hierba rala. A la izquierda y a la derecha, antes de las cuadras, había dos espacios. A la derecha, una sala de arreos repleta de sillas de montar, bridas, cascos y otros equipos de equitación; a la izquierda, una sala abierta con herramientas manuales, varios cubos de agua agrietados, un contenedor lleno de cordel y un montón de heno suelto.

Callaway señaló las puertas abiertas al final del edificio.

—El hijo dice que la mujer desaparecida, Maddie Walsh, estaba ayudando a su madre, Carol O'Brien, a meter los caballos para pasar la noche. Normalmente los dejarían fuera, pero con todas estas muertes, Carol quería vigilarlos de cerca. Le dijo al chico que se fuera a la cama y que le leería uno de sus cuentos rusos favoritos cuando volviera.

—Poco sabía que estaba poniendo en peligro su vida y la de Maddie —dijo Harley—. Aunque, por otro lado, el asesino podría haberlas atrapado de cualquier otra manera. Ya hemos visto de lo que es capaz.

—Supongo que depende de si las buscaba específicamente o si solo aprovechó la oportunidad —respondió Callaway. Antes de que Harley pudiera opinar, se giró y señaló el cubo de cuerda, su alianza brillando tenuemente bajo la luz del farol colgante.

—Parece que Carol estaba devolviendo la cuerda aquí cuando la golpearon por detrás —continuó.

Harley tocó uno de los extremos deshilachados de la áspera cuerda que sobresalía del cubo como un muelle.

—La usan para todo tipo de cosas por aquí —explicó Callaway—. Alpargatas, cuerdas y demás. Si no, pueden quemarla. Cuando vives fuera de la red, aprendes a no desperdiciar nada.

Harley no respondió. Soltando la cuerda, recorrió el establo, asomándose a cada compartimento donde los caballos tiraban silenciosamente de tallos de heno de sus bolsas de pienso. Luego miró al altillo, casi vacío excepto por unas cuantas filas de fardos de heno, restos del último corte.

Un caballo sumergió un bocado de heno en un cubo de agua y lo sacó, dejando un reguero en las alfombrillas de goma. Otro pateó la pared.

—El lugar perfecto para una emboscada —reflexionó Harley—. Muchos sonidos que distraen.

Callaway la observaba en silencio, con los brazos cruzados apoyado en una de las puertas de los compartimentos. Parecía un auténtico vaquero, con su hebilla del cinturón y su Stetson echado hacia atrás; un vaquero rudo, no del tipo que lleva espuelas y corbata bolo como complemento de moda. No mostraba intención de apremiarla.

Harley llegó a las puertas abiertas y escudriñó la oscuridad estrellada. La tierra estaba marcada con las huellas en forma de media luna de las herraduras. El terreno era mayormente llano durante medio kilómetro antes de elevarse hacia las colinas, y en algún lugar allá fuera había una valla que Harley no podía ver.

¿Dónde estás?, pensó. ¿Dónde te has llevado a Maddie y qué pretendes hacer con ella?

Volviendo por el establo, regresó al lugar donde Carol había sido emboscada y estudió las sombras a lo largo del borde de la pared. Por instinto, encendió su linterna y se agachó, examinando las marcas de rozaduras en el polvo.

—¿Has visto estas huellas? —dijo, en cuclillas—. Parece que se quedó aquí junto a la pared y esperó. Podría haber entrado mientras las mujeres estaban fuera con los caballos.

Un leve redoble de emoción comenzó a latir en su pecho. Bien podría estar mirando las huellas del hombre que había matado a cuatro mujeres —seis, si asumía que las hermanas Rasco estaban muertas— y secuestrado a otra.

Fotografió las huellas y luego se volvió hacia Callaway. Él pareció leer sus pensamientos.

—No te preocupes —dijo—. Me aseguré de que todos se quedaran fuera. Al ritmo que va, sin embargo, puede que no importe lo bien que preservemos la escena del crimen. Está dejando cuerpos más rápido de lo que podemos examinarlos.

Harley respiró hondo, sobria ante este recordatorio.

—Te olvidas de un detalle clave —respondió.

Callaway alzó una ceja.

Harley se enderezó.

—Esta vez cometió un error, uno grande. Dejó un testigo.

Sintió el impulso de correr al hospital lo antes posible para interrogar a su testigo. Carol podría haber visto al sospechoso y ser capaz de proporcionar un retrato robot, que luego podrían cotejar con la base de datos criminal del Bureau. Si coincidían los dos, tendrían la identidad del asesino y una oportunidad de rescatar a Maddie.

Callaway, sin embargo, no parecía tan entusiasmado.

—No te precipites —advirtió—. Tenemos que ser minuciosos aquí, asegurarnos de que tenemos todos los hechos claros. Además, ni siquiera está despierta todavía. Se desmayó en la camilla. Nos llamarán cuando despierte.

Por mucho que la frustrara, Harley sabía que tenía razón. Si se lanzaban sin pensar, era tan probable que empeoraran las cosas como que las mejoraran. Aun así, esperar no le parecía bien, no cuando sabía que una mujer inocente estaba en manos del asesino. Nunca le había parecido bien antes, y no lo hacía ahora.

—Nunca me dijiste cómo te fue —dijo Callaway.

Ella lo miró sin comprender.

—¿En la comisaría? —le recordó—. ¿Investigando casos de personas desaparecidas?

—Ah, eso —parecía que hubiera pasado una vida desde que había buscado en los archivos del departamento del sheriff, aunque no podían haber sido más que unas pocas horas—. Puede que haya relacionado a nuestro asesino con dos asesinatos más.

Él asintió, pareciendo intrigado.

—Me has picado la curiosidad. Continúa.

—Dos hermanas, Beatrice y Bella Rasco, desaparecieron de una granja justo al lado de donde vivían Sienna y Eleanor. No se las ha visto ni se ha sabido de ellas desde entonces. Ni postales, ni cartas, ni compras con tarjeta de crédito, nada.

—¿Crees que podrían haber sido las primeras víctimas del asesino?

—Es una teoría de trabajo. No hay muchas parejas de mujeres que desaparezcan juntas.

Él asintió, poniéndose pensativo. Harley sintió que se estaba hundiendo en sí mismo de nuevo, y sintió que era su responsabilidad mantenerlo optimista y concentrado. No le haría bien a nadie que se torturara con la culpa.

Se aclaró la garganta.

—Probablemente deberíamos salir y ver qué nos puede contar esta gente sobre la mujer desaparecida.

—Es una pérdida de tiempo —dijo una voz.

Harley se giró para ver a Jedediah Landon de pie frente a uno de los compartimentos, estirando el brazo a través de los barrotes para rascar la frente del joven palomino al otro lado. Harley no le había visto ni oído entrar.

—Esta zona es parte de una investigación en curso —dijo Callaway—. No deberías estar aquí.

Harley levantó la mano en un gesto tranquilizador.

—Está bien. Quizás sepa algo —estudió a Landon—. ¿Qué quieres decir con que es una pérdida de tiempo?

Landon se encogió de hombros.

—Hablar con ellos. Están hartos de vosotros, los federales. No podis protegernos, no podéis atrapar al asesino. Para Gardenia, sois... irrelevantes.

Gardenia, pensó Harley. Por supuesto que pensaría eso.

—¿Quieres ayudarnos? —dijo Callaway, con un tono afilado en su voz —. Tendríamos muchas más posibilidades de atrapar a este tipo si tu gente colaborara con nosotros en lugar de ponernos trabas.

Landon gruñó.

—Tuvisteis vuestra oportunidad y la perdisteis.

—¿Cómo es eso? —replicó Harley—. ¿Por no identificar inmediatamente al asesino en cuanto alguien nos echó una mano? Empiezo a preguntarme si realmente queréis que encerremos a este tipo.

Landon sacó el brazo del compartimento y se giró hacia los agentes, entrecerrando los ojos.

—¿Qué estás insinuando? ¿Crees que estamos ocultando algo, como que quizás el asesino sea uno de los nuestros?

Ella esperó, sin echarse atrás.

Landon se rio de forma despectiva, sin humor.

—Créeme, si fuera uno de los nuestros, lo sabríamos.

—¿Y qué haríais si descubrierais que es uno de vosotros?

—Te puedo decir una cosa. No os llamaríamos a vosotros.

Callaway intervino antes de que Harley pudiera responder.

—Vale, Landon. No te necesitamos aquí para decirnos todo lo que estamos haciendo mal. Si tienes información que compartir, ahora es el momento de decírnosla. Si no... —Hizo un gesto con el pulgar por encima del hombro.

Landon le miró fijamente, desafiante durante unos momentos. Luego suspiró, y su terquedad pareció desvanecerse con el aire.

—Mirad, tenéis que encontrarla, ¿vale? —dijo, con un tono de sinceridad en su voz—. No podemos perderla a ella también. Sería demasiado para todos nosotros.

Harley miró a Callaway. Su expresión se mantuvo estoica, una perfecta cara de póquer.

—¿De qué estás hablando? —dijo.

Landon echó la cabeza hacia atrás y miró al techo, como si pudiera encontrar la respuesta allí arriba.

—Maddie era una de las buenas. Todo el mundo la respetaba. Era una abogada de prestigio y dejó una carrera de seis cifras para venir hasta aquí y vivir como una primitiva. Vendió su casa, dio todo el dinero a la caridad. Era una inspiración para muchos de nosotros, especialmente para las chicas más jóvenes.

Hizo una pausa. Harley resistió el impulso de presionarle para que continuara.

—Muchos de nosotros estamos aquí porque no pudimos aguantar en el mundo real —continuó—. Necesitábamos escapar. Pero Maddie no. Ella podría triunfar donde quisiera.

—Entonces, ¿por qué vino a Holy Hope? —dijo Callaway.

Landon se encogió de hombros.

—Simplemente se cansó de la carrera de ratas. No se tragaba toda la propaganda de los anuncios y el consumismo. Es una librepensadora, y muy lista, además.

El teléfono de Callaway vibró y lo sacó para leer un mensaje de texto.

Landon miró a Harley, sus ojos suplicantes.

—Supongo que lo que quiero decir —continuó— es que necesitamos a Maddie. Que ella esté aquí da esperanza a la gente.

Harley quería profundizar en esto, pedirle que lo aclarara, pero Callaway habló primero.

—Nuestra testigo está despierta —dijo—. Será mejor que vayamos a averiguar qué más sabe.

Harley asintió. Luego, volviéndose hacia Landon, dijo:

—Encontraremos a Maddie. Haremos lo que sea necesario para encontrarla.

No sabía si la encontrarían viva o no, y se preguntó si Landon notaría la omisión. Si lo hizo, no lo comentó.

—Gracias —dijo, asintiendo solemnemente—. Y cuando lo encontréis, hacedme un último favor.

Harley esperó.

—No lo traigáis de vuelta con vida —concluyó.

Capítulo Veintiuno

Harley se despertó sobresaltada y se removió, intentando ponerse cómoda en el sofá de la sala de espera del Hospital Trinity. Sin embargo, el rígido armazón metálico justo debajo de la tapicería hacía que esto fuera prácticamente imposible. Era como acurrucarse con un esqueleto envuelto en una manta.

—No has pegado ojo, ¿verdad? —le dijo a Callaway, que estaba sentado tieso a su lado, con la mirada clavada en las puertas dobles. Llevaban varias horas esperando que Carol O'Brien despertara, el tiempo suficiente para que la luz del día se colara por las ventanas, pero el aspecto demacrado de Callaway sugería que había mantenido su vigilia toda la noche. Harley empezaba a preocuparse por él.

—No había nada que pudieras haber hecho —dijo, intentando animarle —. Deberíamos haber tenido un equipo entero vigilando esa comunidad, no solo una persona. No eres Superman.

Callaway no dijo nada. Era como si estuviera encerrado en una caja transparente de cristal insonorizado.

Harley decidió compartir algo que le había estado rondando por la cabeza últimamente.

—No puedo evitar preguntarme si es un trabajo interno —dijo.

Callaway parpadeó, pero por lo demás su rostro no mostró ninguna reacción.

—¿Qué quieres decir?

—Piénsalo —continuó, girándose para mirarlo—. Una comunidad fuera de la red, aislada de la policía, de la tecnología. Sin cámaras, sin móviles. Puedes aparecer con antecedentes penales, cambiar tu nombre, y así sin más eres una nueva persona. Nadie se inmuta siquiera.

Las cejas de Callaway se fruncieron con dudas.

—¿Así que crees que uno de los miembros de la comunidad es el asesino? Es complicado matar a cuatro mujeres justo delante de las narices de todos. Lo que pasa con vivir en una comunidad pequeña es que todo el mundo conoce los secretos de los demás.

—¿Y si están protegiendo al asesino porque es uno de los suyos? —No estaba segura de creer en esta teoría —era difícil imaginar qué sacarían los miembros de Holy Hope al proteger al hombre que los estaba victimizando

— pero quería oír la reacción de Callaway. A veces solo había que lanzar teorías y ver cuál cuajaba.

—¿Por qué protegerían a alguien que se está aprovechando de ellos? —dijo Callaway, con los ojos aún fijos en la puerta.

—Quizás piensan que puede cambiar, dar un giro a su vida. O tal vez se trate de las víctimas. Podrían estar... en una lista negra de alguna manera —Sabía que estaba haciendo suposiciones sin fundamento, pero quería mantener a Callaway involucrado, aunque todo lo que hiciera fuera derribar sus teorías. Su silencio la inquietaba más que su ira.

Sin embargo, antes de que pudiera responder, la puerta se abrió y una enfermera robusta con un pijama azul entró a zancadas. Su mandíbula cuadrada y sus cejas arqueadas le daban un aspecto de propósito inalterable, como una maestra que no tolerará ni una interrupción más de la clase. Echó un vistazo rápido a los agentes. No pareció impresionada por lo que vio.

—Bueno, está despierta —dijo la enfermera, pareciendo reacia a compartir la noticia.

Callaway se levantó medio segundo antes que Harley. Sin embargo, cuando se acercaron, la enfermera levantó una mano para detenerlos.

—No es nuestra política dejar que nuestros pacientes sean interrogados —dijo—, especialmente después de algo como lo que ha pasado la señora O'Brien.

—Solo necesitamos hacerle unas preguntas —le aseguró Harley. Era una frase que había usado innumerables veces antes, y solía funcionar porque era muy razonable. ¿Quién no podía dedicar unos minutos a responder unas simples preguntas, especialmente si las respuestas podían ayudar a detener a un asesino?

La enfermera, sin embargo, se cruzó de brazos y se echó hacia atrás, mirándola con escepticismo.

—¿Tienen idea de lo que ha pasado?

—En realidad, por eso estamos...

—Recibió un fuerte golpe en la parte posterior de la cabeza —continuó la enfermera, como si Harley no hubiera hablado—. En este momento, ni siquiera está claro si podría mantener una conversación coherente sobre el tiempo, y mucho menos un interrogatorio agotador por parte de dos agentes federales.

—¿Agotador? —repitió Harley, desconcertada por la hostilidad de la enfermera.

Una vez más, la enfermera la ignoró.

—He visto cómo acaba esto. Vienen aquí y someten al paciente a un interrogatorio exhaustivo, sin importarles lo que les cueste mientras les ayude a atrapar a la persona que buscan. Pero no voy a permitirlo.

Harley no podía creer lo que estaba oyendo. Entendía el compromiso de una enfermera con el bienestar de sus pacientes, pero esto era simplemente beligerante. Sin embargo, antes de que pudiera responder, sintió la mano de Callaway en su brazo, advirtiéndole.

—Te entiendo —dijo él, con voz afable y razonable—. Lo último que Carol necesita es que entremos ahí y le pidamos que supere una serie de obstáculos mentales cuando lo que realmente necesita es descansar.

El exterior gélido de la enfermera se derritió un poco.

—Si fuera por mí —dijo Callaway con una suave risa—, le daríamos unos días de tranquilidad antes de preguntarle siquiera en qué año estamos.

Negó con la cabeza, como si se viera obligado a aceptar la injusticia inherente de la vida.

—Pero desafortunadamente, y no sé si estás al tanto de esto, el hombre que la atacó también secuestró a su amiga. Creemos que es el mismo individuo que ha matado a otras seis mujeres.

El rostro de la enfermera se alarmó.

—Dios mío —murmuró, mirando hacia la salida—. ¿Creen que podría venir aquí para terminar el trabajo? ¿Es por eso que hay un agente en el pasillo?

—Es poco probable —dijo Harley, volviendo a la conversación—. En cambio, la posibilidad de que dañe a la amiga de Carol... —Se interrumpió, dejando un silencio ominoso.

La enfermera empezó a morderse el labio mientras miraba al suelo.

—Francamente —dijo Callaway—, no podemos hacer esto sin la ayuda de Carol. Cuanto más esperemos, más peligro corren todos: Carol, su amiga, cualquier otra mujer que el asesino tenga en el punto de mira. Hasta que lo encerremos, nadie está a salvo.

Habiendo expuesto su mejor argumento, Callaway guardó silencio. Ambos agentes miraron fijamente a la enfermera, que seguía mordiéndose el labio. El intercomunicador se activó de fondo, llamando a un médico.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Supongo que no me di cuenta de lo importante que era esto. —Luego levantó un dedo en señal de advertencia

—. Pero debo insistir en que mantengan la conversación al mínimo, cinco minutos como máximo.

—Sin problema —respondió Callaway de inmediato—. No puedo decirle cuánto nos ayuda esto. Me aseguraré de mencionarlo cuando presente el informe.

Un rubor rojo se extendió por las mejillas de la enfermera. Se aclaró la garganta y se dio la vuelta bruscamente, empujando las puertas dobles.

—Bien hecho —murmuró Harley en voz baja a Callaway.

Sin embargo, Callaway no mostró signos de jactancia. Su rostro estaba sombrío mientras avanzaba, siguiendo a la enfermera.

Mientras caminaban por el pasillo blanqueado, Harley no pudo evitar pensar en su padre, a quien había visitado en un hospital cercano no hacía mucho tiempo. Se preguntó cómo estaría. No le gustó cómo había terminado su última conversación telefónica: la forma pasivo-agresiva en que él había insistido en que no quería molestarla, claramente insinuando que ella consideraba su trabajo más importante que el tiempo con su padre moribundo. Era una sugerencia injusta —después de todo, él había sido quien canceló su cita para almorzar— y a Harley le molestaba que pudiera ser tan rápido en poner palos en las ruedas justo cuando parecía que las cosas iban bien después de tantos años de malentendidos y frustración.

Si cree que no quiero verle, pensó, tendré que demostrarle que está equivocado. Quizás debería presentarme sin más, sin esperar una invitación. No puede echarme, ¿verdad?

Todavía estaba pensando en su padre cuando la enfermera abrió la puerta de la habitación 405 y los hizo pasar a ella y a Callaway. Carol O'Brien estaba sentada en la cama, picoteando un racimo de uvas en su bandeja. Una servilleta arrugada yacía a un lado, junto a un vasito de yogur que parecía haber sido lamido hasta dejarlo limpio.

—Buenos días, Carol —dijo la enfermera con voz maternal—. Te he traído algunas visitas.

Una mirada de aprensión cruzó las facciones de Carol cuando vio a los dos agentes. Sus manos se pusieron rígidas, sus fosas nasales se dilataron.

—Si no quieres hablar, puedo echarlos ahora mismo —dijo rápidamente la enfermera, acercándose a los agentes como si fuera a espantarlos.

Por un momento, Harley pensó que no podrían hablar con Carol, después de todo. No podían obligarla a hacer nada, así que si decidía tomar una postura firme contra las fuerzas del orden, como había hecho Melissa

Hargrave, estarían sin suerte. Podrían convencer a un juez para que emitiera una citación, pero eso costaría un tiempo precioso que no tenían.

Entonces la mirada de Carol se fijó en Callaway.

—Espera... tú estabas en el granero, ¿verdad? Creo que te vi antes de desmayarme.

—Así es —dijo él.

Carol le dio a la enfermera una sonrisa tentativa.

—Estaré bien. —Luego volvió su atención a Callaway—. Responderé a todas las preguntas que quieran, si eso ayuda a encontrar a Maddie.

La enfermera sonrió con indulgencia, como si tratara con una niña bien intencionada pero equivocada.

—No nos pasemos, Carol. Necesitas descansar. Volveré en unos minutos, y si los agentes tienen más preguntas, pueden pasar mañana. —Recogió la bandeja de comida. Carol intentó alcanzar las uvas, pero la bandeja desapareció antes de que pudiera cogerlas.

Cuando la puerta se cerró tras la enfermera, Carol dejó escapar un profundo suspiro.

—Lo hace con buena intención. Simplemente no quiere que me esfuerce demasiado.

Harley acercó una silla al lado de la cama.

—Lo entendemos —dijo mientras se sentaba—. Solo queremos encontrar a Maddie y detener al hombre que está haciendo esto.

Sacó su teléfono y navegó hasta sus notas. Detrás de ella, Callaway se acercó a la ventana y echó un vistazo a través de las cortinas, dándole espacio para interrogar a la testigo, y proporcionándose a sí mismo una oportunidad para rumiar su culpa, sin duda.

—Bien —dijo Harley, ofreciendo a Carol una sonrisa amable—. ¿Qué puede contarnos sobre el ataque, señora O'Brien?

Carol apoyó la cabeza y miró al techo, con una expresión pensativa en su rostro.

—He estado pensando en ello toda la noche, despierta y dormida. Me viene en destellos, como si mi mente tuviera que repasarlo una y otra vez porque no puede aceptar lo que sucedió.

Se incorporó y miró a Harley.

—¿Tiene sentido eso?

—Mucho —dijo Harley. Esperó, sin querer presionar a Carol. Sin embargo, en su cabeza, oía el constante tictac de un reloj.

Satisfecha, Carol volvió a recostarse y continuó.

—Estaba oscuro, recuerdo eso. Maddie y yo acabábamos de meter a los caballos para pasar la noche, y les estábamos dando de comer, solo para mantenerlos ocupados durante la noche, ¿sabes?

—Claro.

—En fin, Maddie sabía que yo estaba preocupada por los caballos. Son mis niños, ¿entiendes?, y con todos los asesinatos en la comunidad, sentía que no se podía saber qué podría pasar después. Maddie hizo una broma sobre una de las yeguas que está en celo, y me reí. Tenía un buen sentido del humor.

Hizo una pausa. Harley se preguntó si Carol se daba cuenta de que se había referido a Maddie en pasado, como si ya estuviera muerta.

—En fin —continuó Carol—, me alejé para tirar los cordeles a un lado. Un caballo puede tener todo tipo de problemas si se come uno de esos, así que hay que tener mucho cuidado de sacarlos de las pacas. Además, son útiles para un montón de cosas: hacer cuerdas, sandalias, adornos y demás. Así es como va la cosa en Holy Hope: no se desperdicia nada.

Harley asintió educadamente, intentando no mirar el reloj colgado en la pared. Se oyeron pasos que se acercaban por el pasillo, y Harley se puso tensa, pensando que podría ser la enfermera que volvía para echarlos. Luego los pasos siguieron y Harley se relajó.

—¿Fue entonces cuando te atacaron? —dijo Callaway, volviendo a encauzar la conversación. Rodeó el pie de la cama para quedar en el campo de visión de Carol.

Carol se llevó la mano a la venda de la cabeza.

—Debía de estar escondido en las sombras. Lo siguiente que supe es que tenía la mejilla pegada al suelo y solo oía el latido de la sangre en mi cabeza. La habitación daba vueltas, así que me quedé donde estaba. Cuando levanté la vista, él estaba... él estaba...

Hizo una pausa, con la mandíbula temblorosa. Sus ojos se movían rápidamente de un lado a otro.

—Tranquila —dijo Harley, tocando la mano de Carol—. Ahora estás a salvo.

—Pero Maddie no —respondió Carol, y Harley se arrepintió de sus palabras—. Se la llevó a rastras como si fuera un saco de grano. No luchaba ni gritaba ni nada, así que debía de estar inconsciente.

Harley se inclinó hacia delante con interés.

—¿Pudiste verle bien?

Carol frunció el ceño.

—Es que estaba todo tan... oscuro. Estaba girado, mirando hacia atrás —Se encogió de hombros derrotada—. No había mucho que ver.

—¿Y su ropa? —insistió Harley, desesperada por conseguir el más mínimo detalle—. ¿Te fijaste en lo que llevaba puesto?

Carol negó con la cabeza.

—¿O en su forma de andar? —sugirió Callaway—. ¿Iba erguido?

—¿Y su altura? —dijo Harley.

Carol se cubrió la cara, abrumada.

—¡No lo sé, no lo sé! Todo pasó muy rápido, y el granero estaba muy oscuro. Ojalá pudiera describirlo, pero simplemente no puedo, ¿vale? No puedo.

Harley intentó que no se notara su decepción. Carol era la primera persona con la que habían hablado que afirmaba haber visto al asesino, pero no parecía recordar nada de lo que había visto. Quizás recordara más bajo hipnosis, pero eso llevaría mucho más tiempo del que disponían hoy. Además, ella no estaba formada en técnicas hipnóticas, y que ella supiera, Callaway tampoco.

—Así que se llevó a Maddie a rastras —indicó Callaway con suavidad —. ¿Qué pasó después?

—Bueno —continuó Carol con un suspiro tembloroso—, tuve la sensación de que volvería a por mí, así que me arrastré hasta el montón de heno suelto y me escondí. Era lo mejor que podía hacer, teniendo en cuenta lo mareada que me sentía.

Harley estaba tomando notas en su móvil.

—¿Vino a buscarte? —dijo sin levantar la vista.

—Ni siquiera hizo ruido —respondió Carol—. No hasta que empezó a hablar, quiero decir. Estaba maldiciendo entre dientes, como si estuviera furioso por no poder encontrarme.

—¿Qué dijo? —preguntó Callaway.

—"Cómo has podido dejarla ir", "Qué te pasa", cosas así. Se llamó a sí mismo "sucio eslizón".

Harley levantó la vista, desconcertada.

—¿Dijo qué?

—Es un pequeño lagarto —explicó Callaway.

—S, ya sé lo que es un eslizón, gracias. Antes vivía aquí.

Callaway levantó ambas manos en señal de rendición.

Harley se volvió hacia Carol.

—¿Reconocerías su voz si la oyeras?

Carol lo pensó.

—Creo que sí. Pero la forma en que hablaba... era muy extraña. Como si estuviera... gruñendo, casi. Un sonido bajo y murmurado —Se estremeció.

Harley miró pensativa sus notas. Lo del "eslizón" la había pillado por sorpresa. ¿Era posible que Carol lo hubiera oído mal? ¿Podría haber dicho en realidad algo como "¿Por qué nunca piensas?"?

Antes de que Harley pudiera expresar sus pensamientos, Callaway cambió el rumbo de la investigación.

—¿Se te ocurre alguien que pudiera querer haceros daño a ti o a Maddie? —dijo.

Carol negó con la cabeza sin dudarlo.

—No creo. Nos llevamos bien con todo el mundo. Nosotras... — Entonces se detuvo bruscamente, como si se le hubiera ocurrido algo nuevo.

—¿Qué pasa? —dijo Harley.

—¿Conocéis a Joseph?

Los dos agentes intercambiaron una mirada.

—No hemos tenido el placer —dijo Callaway—. ¿Quién es?

—Me sorprende que hayáis estado en Holy Hope tantas veces y no le hayáis conocido —continuó, desconcertada—. Es... algo así como un pez gordo. Es quien dirige todas las reuniones, así que podría decirse que es más o menos quien manda.

—Creía que la señora Hargrave era quien tomaba las decisiones —dijo Harley.

Carol negó con la cabeza.

—Gardenia se ocupa de los detalles del día a día. Es la práctica: meticulosa, trabajadora hasta la extenuación. Pero Joseph... —Hizo una pausa, frunciendo los labios—. Joseph es el líder espiritual. Un verdadero visionario. Deja que Gardenia tome las decisiones pequeñas, pero cuando se trata de algo serio, Joseph tiene la última palabra.

—¿Están... juntos? —se aventuró Callaway.

Carol dejó escapar una suave risa.

—¿Joseph y Gardenia? No. Digamos que Gardenia no es su tipo.

Harley arqueó una ceja, preguntándose qué significaba eso. Lo anotó, pero no interrumpió a Carol. Tenían asuntos más importantes que atender.

—En fin —continuó Carol—, algunas personas veían a Maddie como una amenaza para Joseph. Le plantaba cara, cuestionaba sus decisiones, algo que Gardenia nunca hace. Había quienes —yo incluida— nos preguntábamos cómo sería la comunidad bajo el liderazgo de Maddie.

El pulso de Harley se aceleró. Por fin, un motivo para el ataque.

—¿Crees que Joseph querría silenciarla? —dijo—. ¿Y las otras víctimas? ¿Por qué les haría daño?

Carol frunció el ceño pensativa, considerando la pregunta. Sin embargo, cuando tomó aire para responder, se abrió la puerta y entró la enfermera. La enfermera sonrió a Carol y luego dirigió una mirada severa a los agentes.

—Creo que os habéis pasado bastante de vuestros cinco minutos, ¿no? —dijo fríamente.

Harley se levantó.

—Gracias por tu ayuda, Carol. Si se te ocurre algo más...

—Ya se lo hará saber —interrumpió la enfermera, manteniendo la puerta abierta—. Pero ahora mismo, lo único en lo que tiene que pensar es en descansar todo lo que necesita.

Dándose cuenta de que no tenía sentido discutir, los dos agentes salieron al pasillo. La puerta se cerró tras ellos con un fuerte golpe definitivo. Harley no pudo evitar preguntarse qué detalles cruciales podrían haber descubierto si les hubieran permitido quedarse un poco más.

Mientras caminaban por el pasillo, Callaway se frotó los nudillos contra el lado de la mandíbula.

—Todo el tiempo que hemos pasado en Holy Hope —dijo—, ¿y nadie nos ha mencionado a este tal Joseph hasta ahora?

A Harley también le pareció extraño. ¿Cómo no se habían topado con él o al menos oído mencionar su nombre? Harley había tenido la impresión de que la señora Hargrave era quien hacía que las cosas funcionaran en Holy Hope, pero según Carol, había alguien con incluso más influencia que ella.

La pregunta era, ¿por qué se mantenía entre bastidores?

Pensó en la teoría que había propuesto antes sobre que los asesinatos eran un trabajo interno. Ya no sonaba tan descabellada.

—Si está implicado —sugirió—, podrían estar protegiéndole.

—Esa teoría sigue sin convencerme dijo Callaway mientras abría una puerta y volvía a entrar en la sala de espera—. No se alimenta a un parásito,

se le extirpa.

—A menos que no sepan lo que está tramando.

Callaway se detuvo y la miró con el ceño fruncido.

—¿Recuerdas lo que dijo Landon? —continuó ella—. Mucha gente en la comunidad tiene antecedentes penales. Al mantener en secreto su existencia, podrían pensar que le están protegiendo de ser perseguido por viejos delitos que ya no tienen relevancia. Creen que somos incompetentes e ineficaces, así que probablemente no sería difícil convencerles.

—Y su silencio le ayuda a encubrir nuevos delitos.

—Exacto.

Callaway lo meditó durante unos instantes. Luego se encogió de hombros.

—No lo sabremos a ciencia cierta hasta que hablemos con él. Pero para eso, tenemos que encontrarle. Si hace falta poner patas arriba esa comunidad para lograrlo, que así sea.

—Podría haber otra manera —sugirió Harley, sacando el móvil del bolsillo. Marcó un número y lo mantuvo a unos centímetros de su oreja mientras sonaba.

—Después del ataque de anoche —le explicó a Callaway—, el sheriff envió algunos coches allí para vigilar. Podrían decirnos si Joseph está allí.

Tras unos momentos, respondió la voz grave del sheriff Santiago.

—¿Qué puedo hacer por ti, Harley?

—¿Conoces por casualidad a un tal Joseph en Holy Hope? Me han dicho que es su "líder espiritual".

El sheriff guardó silencio durante unos segundos.

—Warren, ¿verdad? Es ese chalado religioso, ¿no? —dijo finalmente Santiago.

Harley miró a Callaway. El teléfono no estaba en manos libres, pero el volumen era lo suficientemente alto como para que Callaway probablemente pudiera oír cada palabra.

—Posiblemente —respondió Harley—. Creemos que podría haber atacado a esas dos mujeres anoche, y estamos intentando localizarle. Pensé que podrías comprobar con tus hombres en la comunidad y preguntar si le han visto.

El sheriff se aclaró la garganta. Harley oyó el roce de papel.

—En realidad —respondió—, dejó la comunidad hace aproximadamente una hora. Mis chicos han estado controlando a todos los

que entran y salen. Puede que a esos luditas no les guste, pero solo estamos intentando atrapar a un asesino, igual que ellos.

El corazón de Harley se hundió. Si Warren sabía que iban tras él, podría haber huido. Se tardaba menos de cuatro horas en llegar a la frontera con México, lo que significaba que si Warren estaba pensando en abandonar el país, tendría una ventaja considerable.

—¿Dijo adónde iba? —preguntó Harley, sin esperar realmente obtener nada útil.

—Lo hizo, sorprendentemente —respondió el sheriff, sonando sorprendido él mismo—. Afirmó que se dirigía a una subasta en una pequeña mina cercana. Se llama... veamos...

Se oyó de nuevo el sonido de papel moviéndose.

—La Joya del Sur —concluyó.

—No sabía que la comunidad estuviera interesada en comprar minas —murmuró Harley.

—Normalmente no lo están, pero tienen algunas propiedades de inversión en la zona que les mantienen a flote: un piso, un par de edificios de oficinas que alquilan, cosas así.

—Muy progresista por su parte.

Santiago se rio.

—No existe tal cosa como el verdadero aislamiento, no en el siglo XXI.

Harley se quedó pensativa.

—Bueno, gracias por la ayuda.

—Siempre es un placer.

—La Joya del Sur —repitió Callaway cuando Harley colgó el teléfono —. Creo que sé dónde está. Vamos, hagámosle una visita —empezó a moverse hacia el aparcamiento. Harley, sin embargo, se quedó donde estaba.

—Deberíamos separarnos —dijo.

Él la miró desconcertado.

—¿De qué hablas?

—No tenemos ni idea de dónde está Maddie.

—Y por eso necesitamos hacer hablar a Warren —interrumpió Callaway.

Harley negó con la cabeza, frustrada.

—Por lo que sabemos, podría estar de vuelta en Holy Hope, encerrada en el armario de Warren. Necesitamos cubrir todo el terreno posible.

Callaway dio un paso hacia ella, con las manos levantadas en un gesto de súplica.

—Harley, este tipo podría ser un asesino en serie. ¿Tienes idea de lo peligroso que puede ser?

—Más que tú —respondió Harley, manteniéndose firme—. Siento tener que imponerme, pero tengo mucha más experiencia con asesinos en serie que tú.

Callaway bajó las manos. No parecía contento.

—¿Quieres que nos separemos? Vale. Yo iré tras Warren, tú ve a Holy Hope. Es la única forma en que haremos esto.

Harley respiró hondo, tratando de no exasperarse.

—Si vuelvo a Holy Hope, la señora Hargrave —Gardenia, o como se haga llamar hoy— me estrangulará con sus propias manos. O yo la estrangularé a ella, una de dos.

Callaway hizo un sonido que era mitad gruñido, mitad risa.

—Se te da mejor tratar con los lugareños, ¿recuerdas? —continuó ella —. Necesito que confíes en mí en esto.

Él la miró fijamente durante varios segundos. Luego negó con la cabeza de mala gana, como si supiera que más tarde se arrepentiría de su decisión.

—Vale —respondió—, lo haremos a tu manera —entonces levantó un dedo—. Pero en el momento en que las cosas se pongan feas, llamas pidiendo refuerzos, ¿entendido?

—Sí, señor.

Él le dirigió otra larga mirada para dejar claro que no le gustaba este plan. Suspiró.

—Solo ten cuidado, ¿vale?

—Tú también. Hay más cosas ocurriendo en esa comunidad de lo que parece a simple vista.

Mientras tomaban caminos separados en el aparcamiento, Harley pensó en Maddie allí fuera en las garras del asesino. Esperaba que no fuera demasiado tarde para salvarla.

Capítulo Veintidós

Harley sonrió al guardia de seguridad mientras este se inclinaba sobre su tablilla, revisando la lista de nombres escrita allí. Mantuvo una apariencia tranquila desde el asiento de su Jeep, pero por dentro se preguntaba cómo demonios iba a convencer a este hombre para que la dejara entrar en Joya del Sur.

Habría sido bastante fácil mostrar su placa, decirle al joven del corte de pelo militar y los bíceps marcados la verdadera naturaleza de su visita, y seguir su camino. Pero sospechaba que el guardia podría avisar a su jefe de la llegada de una agente del FBI, y el jefe a su vez podría hacer algo que alertaría a Warren antes de que Harley pudiera sorprenderlo. Si Warren era realmente el asesino en serie que buscaban, estaría en alerta máxima, sabiendo que la policía podría venir a buscarlo en cualquier momento.

Esta podría ser su única oportunidad de detenerlo.

El guardia tarareó mientras pasaba el dedo por la lista. Cuando llegó al final, hizo un suave chasquido con la lengua.

—No parece que esté usted aquí —dijo, levantando la mirada. El verde de sus ojos era impactante contra el marrón café de su piel.

—¿En serio? —respondió Harley, frunciendo el ceño como si no pudiera entenderlo—. Estaba segura de que lo había arreglado. ¿Ha comprobado también su nombre? Gregory Cole.

Mientras el guardia volvía a revisar la lista, Harley miró fijamente el camino de tierra que corría a lo largo del borde del pozo de cobre abierto, un cráter tan enorme que le recordó a la última vez que había visitado el Gran Cañón. Estantes de roca volada descendían hacia el pozo como escaleras hacia un suelo demasiado profundo para que Harley pudiera vislumbrar. En lo alto de las escaleras, en línea recta desde donde Harley estaba aparcada junto a la garita de seguridad, había un largo almacén con varios edificios aparcados delante, uno de los cuales probablemente pertenecía a Joseph Warren.

Se imaginó a sí misma poniendo la marcha y acelerando el motor, ignorando los gritos del guardia de seguridad detrás de ella. Frenaría en seco, correría hacia el almacén y unos minutos después saldría con Warren esposado, si todo salía bien. Pero era un gran si.

¿Y si Warren está armado?, pensó. ¿Y si empieza a disparar o toma un rehén?

—Lo siento —dijo el guardia, dejando la tablilla a un lado—. No hay suerte.

Miró a su derecha cuando un vehículo se acercó por detrás de Harley. Ella se dio cuenta de que su tiempo era limitado. Si no lo convencía pronto, empezaría a sospechar, y eso no le facilitaría el trabajo.

—Debe de haberse olvidado simplemente —dijo con una sonrisa agradable—. Verá, tiene algunos ahorros, pero no tiene tiempo para investigar formas de invertirlo. Me ofrecí a ayudar y... bueno... —Se encogió de hombros—. Aquí estoy.

—Lo siento, señora, pero mi jefe no quiere que entre nadie que no esté realmente interesado en invertir en su empresa. No puedo dejarla entrar solo para curiosear.

El coche de atrás dio un pequeño bocinazo impaciente. El guardia levantó una mano, haciéndoles un gesto para que esperaran.

Al no ver otras opciones, Harley decidió ser sincera con él. Se acercó y habló en voz baja y confidencial.

—Vale. ¿Quiere la verdad? Soy del FBI y estoy buscando a un posible sospechoso —Levantó su placa, teniendo cuidado de mantenerla oculta a la vista del vehículo que estaba detrás.

El guardia de seguridad estudió la placa con cuidado, como si temiera que fuera falsa. Frunció el ceño.

—Pero no puede dejar que nadie sepa por qué estoy aquí —añadió Harley, devolviendo la placa a su cinturón—. Si lo hace, el sospechoso podría huir, y eso sería motivo para presentar cargos contra usted.

El guardia pareció poco impresionado.

—No hace falta que me amenace. Serví tres misiones en Irak, sé cómo llevar una operación. ¿Qué ha hecho este tipo?

—Múltiples homicidios. Supuestamente.

El hombre asintió estoicamente, sin que su rostro mostrara sorpresa alguna.

—Vale, este es el trato. Ahora eres... —Consultó su tablilla—. Verónica Banks. No se ha presentado, y la subasta está a punto de empezar.

—¿Seguro que no está detrás de mí?

—A menos que Verónica lleve un peluquín. Y si aparece tarde, diré que me mentiste y que olvidé comprobar tu carnet porque me estabas haciendo

ojitos.

Harley no pudo evitar sonreír. Decidió que le caía bien este guardia de seguridad.

—Gracias por la ayuda —dijo.

—No hay de qué. Buena caza.

Harley pasó conduciendo, sintiendo un rubor de calor en las mejillas por el cumplido del desconocido. Había tenido un golpe de suerte. Ahora solo tenía que encontrar a Warren.

Mientras aparcaba su coche, un grupo de figuras con cascos salió del almacén. El hombre que iba delante era alto y bien afeitado, y llevaba un traje de rayas: el dueño de la operación, supuso Harley. A su lado caminaba un hombre bajo y corpulento con una barba canosa y una chaqueta de seguridad naranja sobre su camiseta sin mangas. El capataz, probablemente. Luego venía una veintena de posibles inversores, algunos con sus teléfonos, otros murmurando entre sí en voz baja mientras el hombre al timón hablaba en términos elogiosos sobre la producción de la mina.

—Todos tenéis los informes trimestrales —dijo, guiando al grupo por el borde del pozo—. Creo que veréis que nuestro crecimiento va en la dirección correcta. Estamos en camino de duplicar nuestra producción en solo dos años.

Al final del grupo, rodeado por tres hombres corpulentos con traje, había una figura vestida de blanco con una barba rizada que le caía hasta la mitad del pecho. Su rostro mostraba una expresión serena, y sus ojos parecían bailar con una alegría interior, como si estuviera al tanto de alguna broma privada de la que el resto del mundo no era consciente.

Mirando al hombre que sin duda era Joseph Warren, Harley estaba segura de haberlo visto antes. Pero ¿dónde y cuándo?

—Como veréis en el dossier que habéis recibido —continuó el hombre del traje de rayas—, este es el momento perfecto para invertir en cobre, cuyo valor ha ido aumentando de forma constante en los últimos años. Los expertos predicen que para 2030...

Harley dejó de prestar atención a la voz del hombre mientras salía del vehículo y comenzaba a seguir al grupo. Se puso unas gafas de sol para poder estudiar a Warren sin ser tan evidente, y no pudo evitar notar el poco interés que mostraba en lo que ocurría a su alrededor. Cuando el propietario señaló una pieza concreta de maquinaria pesada, por ejemplo, Harley vio a Warren mirando en la dirección opuesta, observando una mariposa que

pasaba. En otros momentos, se inspeccionaba las uñas o daba patadas a la tierra como un niño aburrido.

Tú también te disociarías si acabaras de matar a cuatro personas en los últimos días, se recordó Harley.

Cuando se alejaron del borde del foso, Harley decidió que era hora de actuar. Sin embargo, justo cuando se acercaba a Warren, sonó su teléfono. Consideró ignorarlo, pero entonces vio el nombre de Callaway.

Harley se giró a un lado, intentando actuar como si no hubiera estado dirigiéndose directamente hacia Warren. Se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Qué pasa? —susurró, molesta.

—Vaya, alguien se ha levantado con el pie izquierdo —respondió Callaway, imperturbable.

—Alguien no ha pegado ojo. ¿Qué quieres, Callaway? Estoy en medio de algo.

—Te interesará lo que voy a decir. —Hizo una pausa, alargando el suspense—. Uno de los vecinos de Maddie tenía una cámara.

—¿Una cámara? —repitió Harley, desconcertada ante la idea de que alguien tuviera ese tipo de tecnología moderna en un lugar como Holy Hope—. Pero ¿no es eso...

—Contra las normas, exacto —Callaway se rio—. Al parecer, hubo algunos robos hace un tiempo, así que instalaron una cámara sin decírselo a nadie. Nunca lo habría descubierto si no hubiera ido puerta por puerta. Gardenia no está contenta, pero lo superará.

—¿Qué robaron, sombreros de paja?

—Joyas, nada menos. Por lo visto, el trato es que dejas todo lo de tu vida anterior cuando entras en la comunidad, pero en la práctica no siempre ocurre así. Detrás de la fachada encantadora, este lugar está lleno de secretos.

—Está claro —murmuró Harley, observando cómo el grupo volvía al borde del foso. Warren se quedó rezagado unos pasos, quitándose algo de la túnica.

—Entonces, ¿qué mostró la cámara? —dijo Harley.

—¿Estás lista para esto?

—Sabes que odio que me tengas en ascuas.

—Tenemos a nuestro mismísimo Joseph Warren colándose en la casa de Maddie anoche.

A Harley le recorrió un escalofrío por la espalda.

—No me lo puedo creer.

—Te prometo que es verdad.

—¿Alguna idea de lo que estaba haciendo?

—Buscando a Maddie, supongo. Al no encontrarla allí, fue al granero. Creo que puedes imaginar lo que pasó después.

Era una buena pista, y Harley sabía que habían tenido suerte al enterarse de la cámara. Sin embargo, había algo que le preocupaba.

—¿Y qué pasa con Carol? —dijo—. Si se centraba en Maddie, ¿por qué atacó a Carol? ¿Para quitarla de en medio? Ella dio a entender que su atacante estaba enfadado porque no podía encontrarla.

—¿Tú no estarías enfadado también, sabiendo que el único testigo de tu último crimen seguía vivo?

Harley se dio cuenta de que el capataz la miraba fijamente. Se inclinó hacia su jefe y le susurró algo.

—Mira —le dijo Harley a Callaway—, tengo que irme. Voy a detener a Warren.

Había una nota de preocupación en la voz de Callaway.

—¿Por qué no esperas a que vaya a apoyarte? Puedo estar allí en quince, veinte minutos.

—No hay tiempo. Podría haberse ido para entonces. Yo me encargo, confía en mí.

Callaway suspiró.

—Vale. Confío en ti. Pero no hagas que me arrepienta.

Al colgar el teléfono, Harley decidió que había esperado lo suficiente. Necesitaba actuar mientras tuviera la oportunidad. Por lo que sabía, esta podría ser la mejor ocasión que tendría.

Warren estaba de espaldas a Harley mientras ella se acercaba. Casi lo había alcanzado cuando un hombre corpulento con sandalias se interpuso entre ambos, bloqueándolo. Harley distinguió los números 211 tatuados en el lateral del cuello del hombre, un número utilizado por los Crips, una banda callejera de Los Ángeles, una de las más violentas del mundo. Los números significaban "BK", o "Blood Killer", indicando que el portador había matado a un miembro de la banda rival de los Crips, los Bloods.

Este hombre no era ajeno a la violencia.

—¿Adónde cojones crees que vas? —dijo con frialdad. Detrás de él, Harley vio a otros tres hombres observándola con la misma mirada

inexpresiva, como si no sintieran el más mínimo remordimiento por agarrarla y lanzarla al foso.

Notó cómo el miembro de la banda que tenía delante mantenía la mano cerca del bolsillo. ¿Qué tenía allí, un cuchillo? ¿Una pistola? Fuera lo que fuese, Harley necesitaba asegurarse de que no lo sacara. Debía calmar la situación, encontrar una solución pacífica en lugar de recurrir a la violencia. Tenía todo el derecho de arrestar a Warren, pero intuía que a estos hombres les importaba poco la ley.

—Tranquilos, chicos —dijo—. Solo necesito llevar a vuestro jefe a comisaría para hacerle unas preguntas.

Los ojos del pandillero recorrieron lentamente su cuerpo de arriba abajo sin expresión.

—¿Qué eres, una poli?

—Así es —respondió ella con calma—. Estoy investigando los asesinatos de Holy Hope. Puede que hayáis oído hablar de ellos.

Él resopló.

—Vaya trabajo que habéis hecho. Es como ese dicho: "Cuando los segundos cuentan, la policía solo está a minutos de distancia". ¿Cómo se siente ser un equipo de limpieza glorificado?

Una Harley más joven podría haber amenazado con llevarlos a todos a comisaría. Habría estado deseando una confrontación, una oportunidad para demostrar que podía defenderse. Pero los años la habían hecho madurar, y sabía que era mejor no rebajarse al nivel de cada matón con el que se cruzaba, especialmente unos tan peligrosos como estos.

—Mira —dijo—, hay dos posibilidades aquí. Una, tu jefe es inocente y todo esto es solo un gran malentendido. Aclararemos las cosas y podrá seguir su camino. O dos, tu jefe es un asesino en serie y debe responder por sus crímenes. ¿De verdad quieres proteger a un asesino?

Harley se arrepintió de sus palabras en cuanto las pronunció. Un hombre que conmemoraba su propio asesinato con un tatuaje probablemente no respondería bien a una apelación a su conciencia.

—Te has olvidado del número tres —respondió él—. Va a comisaría y le endosáis algo que no ha hecho. Pasa constantemente.

—En Hollywood, sí. Aquí en Nuevo México, no.

El hombre gruñó.

—Eso lo dice una poli.

—¿Va todo bien? —dijo el capataz, acercándose a ellos con las manos en las caderas—. Tenemos un horario que cumplir.

—Y te lo puedes meter por donde te quepa —contestó el miembro de la banda, sin apartar la mirada de Harley.

El capataz se quedó mirando unos segundos, luego negó con la cabeza y volvió con su jefe.

—Escucha —comenzó Harley—. Warren va a tener que responder a unas preguntas, de una forma u otra. Puede ir en mi coche o puede tener escolta policial. Personalmente, creo que preferiría evitar la vergüenza.

—¿Vergüenza? —repitió el miembro de la banda—. ¿Como qué? ¿Que alguien avise a los medios para que todas las cadenas locales envíen reporteros a grabar la detención de Joseph Warren, sospechoso de ser un asesino en serie?

—Eso no va a pasar.

—Claro. Porque no se va contigo —negó con la cabeza, como si Harley fuera un caso perdido—. ¿Qué intentas hacer, de todos modos? Tiene a los mejores abogados que el dinero puede comprar. Le sacarán de allí en cuanto pasen sus veinticuatro horas.

A Harley siempre le resultaba interesante lo familiarizado que estaba el público con las normas que limitaban a las fuerzas del orden. Era bueno que los ciudadanos entendieran el sistema de justicia, pero a veces deseaba que no todo el mundo comprendiera lo poco que podía hacer en ocasiones.

—Puede ser —respondió—. Pero si crees que podrá volver a su vida normal después de eso, te estás engañando. Aunque no podamos probar su culpabilidad, eso no significará que sea inocente. Los periodistas caerán sobre Holy Hope como buitres sobre un cadáver. ¿Y quién sabe lo que encontrarán si escarban lo suficiente?

El hombre le lanzó una mirada resentida.

—No puedes dejar las cosas tranquilas, ¿verdad? Como no puedes formar parte de esto, tienes que encontrar la manera de arruinarlo.

—No soy yo quien está siendo acechada por un asesino.

Se miraron fijamente. Harley empezaba a arrepentirse de su decisión de rechazar la oferta de refuerzos de Callaway. Si no tenía cuidado, las cosas podían ponerse feas rápidamente.

Entonces Warren habló.

—Déjala pasar, Marco, déjala pasar —se rió disculpándose, como si todo fuera un malentendido sin importancia.

Marco fulminó a Harley con la mirada unos momentos más antes de apartarse.

—Bien —dijo Warren, juntando las manos—, ¿qué puedo hacer por usted, agente?

Harley sacó sus esposas.

—Puede empezar por mostrarme las manos. Le estoy deteniendo por sospecha de asesinato.

Una leve expresión de sorpresa cruzó el rostro de Warren.

—¿Asesinato? —repitió—. No tengo ni idea de lo que está hablando.

—Ya me contará todo sobre su inocencia cuando lleguemos a comisaría.

Cogiéndole del brazo, se lo llevó a la espalda para esposarle. Luego le condujo, ignorando los gruñidos de sus guardaespaldas. Warren no dijo ni una palabra mientras Harley le guiaba hasta el asiento trasero de su vehículo.

"Ha ido mejor de lo que esperaba", pensó, aliviada de no tener que lidiar más con los secuaces de Warren. Podría haberse negado a ir con ella, haber ordenado a sus hombres que la tiraran al hoyo. En cambio, había ido dócilmente.

¿Por qué? ¿Porque era inocente o porque creía que no podrían probar nada?

Preocupada, Harley cerró la puerta de Warren y se dirigió al lado del conductor. Al hacerlo, vislumbró a Warren a través de la ventanilla y sintió un escalofrío.

Estaba sonriendo.

Capítulo Veintitrés

Harley se reclinó en su silla, estudiando a Warren al otro lado de la mesa. No había dicho ni una palabra desde que le había recogido, lo cual era extraño. Las personas inocentes solían tener cientos de preguntas sobre por qué habían sido detenidas, e incluso los culpables fingían no tener ni idea de por qué la policía querría hablar con ellos.

Warren, en cambio, se comportaba como si simplemente no le importara. Cruzó las manos y las apoyó sobre la mesa, mirando a Harley con una expresión serena, su respiración lenta y regular, hinchando su abdomen.

—Señor Warren, ¿puede decirme dónde ha estado las dos últimas noches? —dijo Harley, mirando de reojo al espejo unidireccional mientras empezaba. Callaway estaba al otro lado del cristal, observando el proceso mientras informaba a Newbury sobre el caso.

Warren tamborileó con los dedos en el borde de la mesa.

—En mi casa en Holy Hope, por supuesto. Paso todas las noches allí. Es un... espacio sagrado, podríamos decir. Nunca me ausento después del anochecer.

—¿Y tiene testigos que puedan corroborar eso?

Se encogió de hombros.

—Nadie me ve dormir, pero estoy bastante seguro de que me oirían si me fuera en coche en mitad de la noche.

Harley le estudió, intentando entender su actitud despreocupada.

—¿Sabe por qué está aquí, señor Warren?

Warren ladeó la cabeza hacia Harley como si la pregunta le divirtiera.

—Hay muchas formas en las que podría responder a eso —contestó—. ¿Se refiere a la pregunta existencialmente, por qué fui puesto en esta tierra, o literalmente, qué serie de acontecimientos me llevaron a estar sentado en esta habitación? Porque la respuesta es muy diferente dependiendo del marco de la pregunta.

—Le estoy preguntando si sabe por qué le hemos traído —respondió ella.

Sonrió y miró hacia la mesa.

—Al final, ¿cuánto podemos saber realmente? Tomemos Matrix como ejemplo. ¿Puede usted o cualquier otra persona demostrar que no estamos

en una construcción artificial en este mismo momento? ¿Puede realmente demostrarme que algo fuera de mi propia existencia es real, que usted misma no es una proyección de mi subconsciente? Si estudia epistemología...

—¿Qué tal cadena perpetua? —interrumpió Harley, perdiendo la paciencia—. ¿Eso le parece real? Porque es a lo que se enfrenta aquí.

Warren asintió de manera indulgente, como si estuviera complaciendo a un niño.

—Cree que estoy relacionado con los asesinatos en Holy Hope. Cómo ha llegado a esa conclusión, no me lo puedo imaginar, pero le doy puntos por creatividad. O es usted muy imaginativa o ha estado hablando con alguien a quien le gusta contar cuentos.

—En realidad, tenemos un testigo que no cuenta cuentos. Un testigo que dice las cosas tal como son, siempre.

—¿Un testigo? —Por primera vez, la duda arrugó la frente de Warren —. ¿De qué está hablando, un testigo?

Harley no respondió. Con deliberada lentitud, cogió la bolsa de mensajero apoyada contra su silla y la puso sobre la mesa. La abrió. Mientras sacaba el portátil, la expresión de Warren cambió a curiosidad.

No sabía que había una cámara, pensó ella. Eso era bueno. Cuanto menos supiera Warren, más sorprendido estaría, y menos precavido. Con suerte, Harley le presionaría hasta que cometiera un error antes de que recuperara la compostura.

Harley abrió el portátil, inició el vídeo y giró el ordenador para que Warren pudiera verlo. Estudió su cara, buscando las fugaces microexpresiones que tan a menudo revelaban los verdaderos sentimientos de una persona.

Warren se inclinó hacia delante, con una expresión de interés abierto e infantil en su rostro.

—¿De dónde ha sacado esto? —murmuró—. Debe de ser la casa de Maddie. No pensé que nadie tendría el valor de meter una cámara en Holy Hope —Se rio entre dientes.

A Harley le desconcertaba la total falta de preocupación del hombre. Incluso si fuera inocente, tenía que saber que las imágenes de la cámara le dejaban en mal lugar. ¿Cómo era posible que no estuviera preocupado?

—¿Es usted, señor Warren?

Warren negó con la cabeza, perplejo.

—¿No? —insistió Harley—. ¿No es usted?

—No, quiero decir... —Se rio suavemente—. Soy yo, por supuesto. Es que no puedo creer que alguien en Holy Hope tenga semejante material prohibido. Sabía que algunos de los nuestros se tomaban libertades, pero esto... —Se encogió de hombros y volvió a negar con la cabeza, como si no supiera qué pensar.

Harley se estaba irritando. La mayor herramienta del interrogador era el miedo: miedo a la cárcel, a la humillación pública, a lo desconocido. Pero Warren parecía inexplicablemente tranquilo.

—¿Está usted colocado, señor Warren? —dijo ella.

—No de la manera que usted cree, no.

Harley no mordió el anzuelo.

—¿Entró o no entró en la casa de Maddie Walsh anoche?

Asintió.

—Quería hablar con ella.

—¿Sobre qué?

—Han estado circulando algunos rumores de que está... descontenta con mi estilo de liderazgo. Quería hablarlo con ella en privado, cortarlo de raíz. No hay comunidad sin unidad.

Harley contuvo el impulso de poner los ojos en blanco.

—¿No podía hablar con ella durante el día? ¿Tenía que ser a las diez de la noche, y encima en la intimidad de su casa?

Él se encogió de hombros.

—Los días son largos y ajetreados; tenía otras cosas que hacer. Además, los asuntos que teníamos que tratar... —Hizo una pausa, frunciendo los labios—. No eran para oídos ajenos. Necesitábamos privacidad.

—¿De qué exactamente planeaba hablar con ella?

Sonrió.

—Eso, me temo, no es algo que usted deba saber. Información sensible, comprende. Pero le aseguro que nada de eso le ayudaría a atrapar a su asesino, ni a encontrar a Maddie.

Se reclinó y estiró los brazos detrás de la silla, bostezando.

—En cualquier caso, esto no demuestra nada. Se la llevaron del granero, no de su casa. Yo no la vi anoche.

La puerta se abrió y entró Callaway. Harley le observó, sin saber qué planeaba hacer.

—¿Quieres saber cómo lo veo yo? —dijo Callaway a Warren sin rodeos —. Tenías un problema con Maddie, el tipo de problema que no podías solucionar solo hablando, y te preocupaba cuánto estaba influyendo en los demás. Te inquietaba que te estuviera desacreditando. ¿Voy bien hasta ahora?

Warren le miró con expresión impasible. Sin embargo, el gesto divertido había desaparecido, una pequeña victoria, pero victoria al fin y al cabo.

—Así que tomaste cartas en el asunto —continuó Callaway—. Quizás no estabas seguro de lo que ibas a hacer cuando fuiste a su casa, pero tenías que hacer algo, ¿no? Estaba alejando a los demás de ti, comprometiendo la estructura de la comunidad.

Las aletas de la nariz de Warren se dilataron.

—Todo lo que dijo era mentira.

Callaway puso una mano sobre la mesa y la otra en el respaldo de la silla de Warren.

—¿Qué mentiras? —exigió—. ¿Qué estaba diciendo?

Warren apartó la mirada y no dijo nada. Después de unos momentos, Callaway se retiró y comenzó a caminar de un lado a otro.

—Cuando no pudiste encontrarla en casa —continuó—, podrías haberte dado por vencido. Pero tú no eres de los que se rinden, ¿verdad? Eres persistente, ingenioso. Así que fuiste al granero.

—No —la negación de Warren fue plana, sin emoción. Callaway siguió como si no le hubiera oído.

—Cuando la encontraste allí con Carol, te diste cuenta de que era la oportunidad perfecta para librarte de un problema... de dos problemas, en realidad. Quién sabe cuánto podría haber envenenado Maddie la mente de Carol, así que ¿por qué no deshacerte de ella también?

—Te equivocas.

—Que es lo que has estado haciendo todo el tiempo, ¿no? —continuó Callaway, cogiendo impulso—. Librándote de los problemas. Sienna y Eleanor te dieron mala fama al abandonar la comunidad, así que tenían que irse. Isla y Beverly... bueno, oímos los rumores. No estaban siguiendo exactamente la regla de "nada de sexo hasta los dieciocho", ¿verdad?

Warren pareció desconcertado.

—¿Qué regla?

Callaway hizo una pausa.

—¿Me estás diciendo que no hay una regla contra que los menores tengan relaciones sexuales?

—Hay una regla contra las citas, claro —admitió Warren—. Las citas son una relación romántica. Se necesita madurez para desarrollar y mantener una relación.

—¿Y el sexo es solo, qué, un poco de diversión recreativa?

Warren sonrió con paciencia.

—El sexo es unión. No respeta ni la edad ni el compromiso previo. Esa es una de las razones por las que tenéis una sociedad tan violenta: pasáis todo el tiempo reprimiendo impulsos que son perfectamente naturales, y esa frustración se manifiesta como agresión social.

A Harley se le ocurrió que este era el mecanismo de defensa de Warren: desviaba la conversación haciéndola abstracta, filosófica. Necesitaba mantener la conversación concreta. Cuanto más personal y relevante, mejor.

Pensó en lo que Violet había dicho sobre que Isla estaba involucrada con un hombre mayor.

—¿Cuál era tu relación con Isla y Beverly? —dijo.

Warren parpadeó.

—Ninguna. Apenas las conocía.

El pensamiento de las dos víctimas llevó la mente de Harley de vuelta a la escena del crimen, y de repente supo por qué Warren le resultaba familiar. Era el hombre que había visto los dos cuerpos y había huido, alterado y hablando consigo mismo.

—¿Así que no te acostabas con Isla? —insistió, preguntándose si su comportamiento en el campo de patatas había sido una farsa—. Al fin y al cabo, solo es sexo.

Warren se apartó, asqueado.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando.

Harley continuó, segura de que había encontrado un punto débil.

—Debió de ponerte bastante celoso cuando ella y Beverly se liaron con Héctor Núñez, ¿no?

—¿Celoso? —Warren se rió, pero sin pizca de humor—. ¿De ese drogata inútil? ¿Qué narices podría tener él que yo no tenga ya?

—Juventud. Se sintieron atraídas por él, ¿no? Puede que tengas labia, claro, y que seas el venerable líder para los de Holy Hope, pero al fin y al cabo sigues siendo un viejo... un viejo egoísta, espeluznante y vengativo que se esconde detrás de...

—¡Yo las engendré! —rugió Warren, golpeando la mesa con la palma de la mano—. No tenían a nadie cuando llegaron a Holy Hope, ¡a nadie!, y yo las acogí. Las cuidé como sus propios padres nunca pudieron, sequé sus lágrimas y les enseñé a ser mujeres fuertes, ¡las preparé para un futuro que realmente mereciera la pena vivir!

—Pero nunca llegaron a ese futuro, ¿verdad? —respondió Harley suavemente, segura ahora de que lo tenía acorralado—. Hiciste todo ese trabajo preparándolas, y luego, en un momento de rabia, lo destruiste todo. Debe de reconcomerte por dentro, saber en quién podrían haberse convertido, lo que podrían haber hecho.

Warren apretó los puños mientras miraba al suelo.

—Yo... no... las maté.

Harley le estudió. Había pensado que estaba a punto de derrumbarse, pero aún se aferraba a su inocencia incluso después de ese arrebato.

—Entonces, ¿quién lo hizo? —dijo Harley, queriendo que Warren siguiera hablando.

Warren levantó las manos.

—Me has pillado, detective. Pero me interesaría mucho saberlo cuando lo averigües.

Harley se reclinó, sintiéndose de repente desanimada. No tenían confesión, ni pruebas sólidas que vincularan a Warren con los crímenes, nada más que pruebas circunstanciales y conjeturas. Si no conseguía que dijera algo incriminatorio, saldría libre.

Decidió jugar su última carta.

—Sé lo de la granja —dijo.

Warren la miró con expresión vacía.

—¿La de Sawyer Pass? —añadió Harley—. ¿Te acuerdas? Beatrice y Bella Rasco.

Warren miró a Callaway, como si estuviera confundido.

—Puede que haya oído esos nombres antes, pero no sé a qué te refieres.

—¿Qué hiciste con sus cuerpos? —insistió Harley, sin creer su actuación—. Si nos muestras dónde están, quizás podamos reducir tu condena.

Warren permaneció en silencio durante varios segundos, mirándola como si pudiera ver a través de ella.

—No tengo más comentarios —dijo.

Los dos agentes intercambiaron una mirada. Callaway hizo un gesto hacia la puerta, y Harley le siguió, sintiéndose de repente agotada. Habían chocado contra otro muro.

—Vamos a tener que soltarle —dijo mientras se frotaba la cara. Warren no había pedido un abogado, lo cual era bueno, pero eso no significaba que tuviera algo más que decir. Con o sin abogado, tendrían que acusarle o dejarle ir.

—Te estás adelantando —respondió Callaway—. Le tenemos por estupro, si no hay nada más.

—No sin una confesión o un testigo. Todo es de oídas.

Callaway abrió la boca como si fuera a discutir, pero la cerró de nuevo. Negó con la cabeza, pareciendo asqueado ante la perspectiva de que Warren quedara libre.

—Sé que no quieres oír esto —continuó Harley—, pero puede que realmente se preocupara por esas chicas a su manera retorcida. Puede que realmente creyera que las estaba ayudando, ocupando el papel que sus padres biológicos habían descuidado.

—Los padres no deben tener relaciones sexuales con sus hijos.

—No, no deben.

—Entonces, ¿por qué intentas justificarle?

Harley levantó las manos, frustrada.

—No le estoy justificando. Digo que no creo que las hubiera matado. Quería ser su héroe, su protector. Entonces, ¿por qué las asesinaría a sangre fría?

Callaway permaneció en silencio.

—Además —añadió Harley—, no tenemos forma de relacionarle con los dos primeros asesinatos, ni podemos explicar por qué mataría en parejas. Tenemos un motivo para un asesinato, no para seis.

—Eso no significa que sea inocente —refunfuñó Callaway. Pero ella pudo ver en sus ojos que sabía que tenía razón. A menos que pudieran encontrar una forma de que la acusación de estupro prosperara, Warren sería un hombre libre en veinticuatro horas.

—¿Y si es una coincidencia? —sugirió Callaway—. ¿Aprovecha los asesinatos para cometer uno propio?

—Eso no explica los otros detalles extraños: el murmullo, la referencia al eslizón. Según la descripción de Carol, el asesino parece mentalmente inestable.

—¿Y Warren no lo está?

—No de la manera que Carol describió, no.

Callaway volvió a guardar silencio. A Harley no le gustaba más que a él, pero no tenía sentido intentar forzar que las pruebas encajaran en sus teorías.

—Necesito ir a hablar con Santiago sobre esa granja —dijo—. No puedo evitar pensar que está relacionada.

—Vale la pena intentarlo —dijo Callaway, pero no sonaba optimista. Harley notaba que estaba decepcionado por no estar en medio de la grabación de una confesión de Warren.

—Me quedaré aquí —continuó—. No voy a perder de vista a ese hombre hasta que haya revisado cada detalle. Si quiere un abogado, vale. Pero no le voy a dar una salida.

Harley no pudo evitar admirar su tenacidad.

—Solo no dejes que te saque de quicio —dijo—. No estaré allí para contenerte.

Callaway gruñó.

—¿Y dejar que se haga pasar por el sospechoso inocente maltratado por los federales corruptos? Ni hablar.

Ambos se quedaron en silencio. Harley podía sentir cómo las largas horas del caso le pasaban factura, arrastrándola como un peso físico. Pero no podía tomarse la noche libre, no cuando no tenía motivos para creer que el asesino estaba bajando el ritmo.

Encontró a Callaway estudiándola, con la frente arrugada de preocupación.

—¿Estarás bien?

—Solo estoy cansada —dijo—. Y tengo que admitir que esperaba que Warren fuera nuestro hombre.

—Aún podría serlo. No podemos probarlo ahora, pero eso no significa que sea inocente.

Ella no respondió. Quería que tuviera razón, porque mientras el asesino estuviera bajo custodia, el resto de los residentes de Holy Hope estarían a salvo.

Sin embargo, las pruebas no parecían querer cooperar con ellos.

—Supongo que lo averiguaremos pronto —dijo.

Callaway ladeó la cabeza, confundido. Luego la comprensión brilló en sus ojos.

—Veremos si el asesino mantiene el patrón y ataca de nuevo esta noche —dijo—. Mientras Warren está entre rejas.

Harley asintió.

—Exacto. Realmente espero que hayamos atrapado al tipo correcto, porque si no, puede que no importe cuántos coches patrulla enviemos a Holy Hope. Mientras el asesino ande suelto, nadie está a salvo.

Capítulo Veinticuatro

Harley esperaba en el despacho del sheriff Santiago, atisbando a través de las persianas en busca del agente Sonny. No lo había visto al pasar por su escritorio, así que pensó que estaba a salvo. Pero no podía confiarse demasiado.

—¿Buscas a alguien? —dijo una voz detrás de ella.

Se giró y vio a Santiago en la puerta, con las mangas remangadas dejando ver salpicaduras de agua embarrada en los antebrazos. Los dos primeros botones de su uniforme también estaban desabrochados, y tenía una mancha grisácea en el pómulo derecho.

—¿Qué te ha pasado? —dijo Harley, sorprendida por su aspecto desaliñado.

—Ah, lo de siempre —respondió, cogiendo un pañuelo de una caja que había en la estantería junto a una foto enmarcada de un niño jugando al fútbol—. Tuve que entregar una orden de desahucio, y el inquilino se había ensañado con el edificio: cemento por el váter, quemadores del horno encendidos, cubiertos en la trituradora de basura, de todo. Todo esto —hizo un gesto vago para señalar la suciedad en sus brazos— me lo he hecho arreglando una tubería en el sótano. El tío la había atacado con un martillo como si fuera una piñata.

—No sabía que eras fontanero.

Santiago se encogió de hombros mientras se frotaba las manchas grises de los brazos.

—Era el oficio de mi padrastro. Podría haber esperado a que cortaran el agua, pero me cuesta ver un problema y no arreglarlo.

—Te entiendo —asintió Harley. Esa misma necesidad –lo que Rob llamaba su "complejo de salvadora"– la había metido en problemas más veces de las que podía contar. Pero también era lo que la mantenía trabajando en casos mucho después de que otros se hubieran rendido.

Santiago arrugó el pañuelo y lo lanzó a una papelera cercana, arqueando el brazo como si lanzara un tiro libre.

—Bueno —dijo, volviéndose hacia Harley—, ¿has averiguado algo de tu sospechoso?

—¿Seguro que no quieres ir a lavarte? Puedo esperar.

Santiago arrugó la nariz y negó con la cabeza, apoyándose en el escritorio.

—Un poco de mugre nunca mató a nadie. Quiero oír todo sobre ese Joseph Warren.

Harley no pudo evitar apreciar la personalidad cercana del sheriff, un refrescante contraste con la actitud de algunos de los funcionarios con los que había trabajado en el este, especialmente algunos peces gordos del FBI. A él le importaba la justicia, no la política ni la jurisdicción, sino encerrar a los malos.

—Algo —admitió Harley—. Aunque es difícil de leer. Parece más divertido que otra cosa, como si todo esto fuera solo un juego para él.

—Lo es, para muchos de ellos. ¿Qué tienes contra él hasta ahora?

—Tenemos un vídeo de él entrando en la casa de la mujer desaparecida anoche mismo —respondió, decidiendo que esta era la prueba más sólida contra Warren.

—Suena condenatorio —dijo el sheriff.

—Yo también lo pensé. —Dudó, con la mirada vagando por los lomos de los libros en la estantería de Santiago, sin verlos realmente. Todo sería mucho más sencillo si pudiera simplemente decirse a sí misma que Warren era el asesino, pero le costaba conectar los puntos.

Santiago soltó un suspiro pesado y comprensivo.

—Pero tienes dudas, ¿no es así?

Ella asintió, esperando que él la ayudara a encontrar algo de claridad.

—Le estás dando demasiadas vueltas, analizando su comportamiento —dijo el sheriff—. Tienes que volver a lo básico. ¿Cuáles son las pruebas concretas? Tienes las imágenes de la cámara, que son sospechosas pero no prueban ningún delito, nada más allá de allanamiento de morada, en el peor de los casos. ¿Qué tal su coartada?

—No tiene mucha. Dice que estaba solo en su casa las últimas noches. Lo llamó su "espacio sagrado". Dijo que nunca sale después del anochecer.

Santiago alzó las cejas.

—Vale. Así que no tiene coartada. ¿Y el móvil?

—La mujer desaparecida, Maddie Walsh, parece que le estaba causando problemas. No creía en sus ideas religiosas y era muy crítica. Él mismo lo admitió.

—Así que se sentía amenazado. Me parece un móvil sólido.

Harley apretó los labios en una línea de duda.

—Pero ¿qué pasa con las otras seis? ¿Y por qué está matando por parejas?

El sheriff frunció el ceño como si se hubiera perdido algo.

—¿Seis?

—Estoy contando a las dos hermanas Rasco junto con los cuatro homicidios confirmados.

La expresión preocupada del sheriff le dijo a Harley que necesitaba retroceder y empezar desde el principio.

—Pasé por aquí ayer —comenzó— para ver si había desaparecido alguna otra pareja de mujeres en la zona, y me encontré con un informe sobre dos mujeres, Beatrice y Bella Rasco, que desaparecieron de su granja en Sawyer Pass.

Santiago asintió lentamente.

—Sí, lo recuerdo. Fue hace unos meses.

—Seis meses, de hecho. En fin, tengo la teoría de que las hermanas fueron las primeras víctimas de nuestro asesino. Fui a la granja, pero parece que ha estado abandonada desde que las hermanas desaparecieron, y no parece que hicieran mucho por cuidarla cuando aún estaban allí.

Santiago frunció sus pobladas cejas.

—No está abandonada.

Harley hizo una pausa, confundida.

—¿Qué quieres decir con que no está abandonada? Vi los cerdos, pero supuse que los cuidaba algún vecino amable. La casa está... bueno... no en muy buen estado. ¿Quién vive allí?

—El hermano menor de las dos hermanas que desaparecieron. Se llama Brandon. Lo he mantenido fuera de los registros por razones fiscales; el chico tiene problemas mentales y emocionales. Siempre me dio pena, así que lo dejé en paz.

La noticia dejó atónita a Harley. Su mente ya estaba dando vueltas a las preguntas que le haría a Brandon. ¿Cuándo viste por última vez a tus hermanas? ¿Alguna vez hablaron de marcharse? ¿Viste a alguien sospechoso por la casa? ¿Tus hermanas alguna vez temieron por su seguridad?

Con problemas o no, Brandon podría resultar una mina de oro de información. Harley presentía que podría haber dado con una pista importante.

—Necesito hablar con él —dijo, su emoción haciendo que hablara más rápido—. Si sus hermanas fueron las primeras víctimas del asesino, quién sabe lo que podría saber.

El sheriff pareció dudar.

—¿Qué pasa? —dijo Harley, esperando que no fuera a pinchar su burbuja.

—Puedes intentar hablar con él, pero lo más probable es que no diga mucho. Brandon no es precisamente hablador. No creo que tuviera mucho que decir antes de que sus hermanas desaparecieran, y la pérdida parece haberlo sumido aún más en su propio mundo.

Harley pensó en el estado ruinoso de la granja. ¿Era su condición simplemente una manifestación del duelo, de dejarse ir? Si era así, el hombre necesitaba ayuda.

—Si puedo sacarle algo —respondió—, habrá merecido la pena el viaje. ¿Tiene trabajo?

Santiago negó con la cabeza.

—Intentó trabajar en Holy Hope, recogiendo huevos, limpiando patatas y cosas así, pero no funcionó. Era demasiado torpe, hacía más mal que bien la mayor parte del tiempo.

—Entonces, ¿cómo se las apaña?

—Sus hermanas tenían algo de dinero. No es mucho, pero ya has visto cómo vive.

Harley recordó las ventanas grasientas, la chimenea desmoronándose. Brandon ciertamente no gastaba dinero en productos de limpieza ni reparaciones.

—Lo más probable —continuó el sheriff— es que lo encuentres en la granja, trasteando. Aunque lo que esté haciendo, eso es una incógnita. No me he cruzado con él en meses.

Harley asintió, emocionada por tener algo con lo que empezar. Quizás, solo quizás, Brandon supiera algo que pudiera ayudar en la investigación. La policía habría tomado declaración cuando sus hermanas desaparecieron, pero no habrían estado buscando a un asesino en serie. Era totalmente posible que hubieran pasado por alto detalles que podrían resultar muy significativos para el caso de Harley.

—Ten cuidado con él —añadió el sheriff.

Harley hizo una pausa, sin saber qué pensar del tono cauteloso de Santiago.

—¿Es peligroso?

—Más bien frágil. No recibe muchas visitas, y parece que lo prefiere así. No le presiones demasiado y te irá bien.

Ella asintió. Si había podido sentarse a la mesa frente a John Kavers, podría manejar una conversación con un recluso emocionalmente inmaduro.

—Gracias —dijo mientras se dirigía hacia la puerta—. No tienes idea de cuánto me has ayudado.

El sheriff sonrió.

—Siempre supe que serías una buena investigadora, desde que eras adolescente. Ahora ve a atrapar a ese cabrón antes de que mate de nuevo.

Harley le devolvió la sonrisa, inspirada por la confianza de Santiago, y salió del edificio. Sus pensamientos bullían con todas las cosas que le preguntaría a Brandon.

Mientras salía del aparcamiento, se dio cuenta de que aún no había hablado con el sheriff sobre el mensaje de voz que le había dejado. Quizás era mejor así. Preferiría discutirlo con él cuando ambos tuvieran tiempo de sobra para hablar.

Por ahora, tenía un asesino que atrapar.

Capítulo Veinticinco

Mientras recorría la larga cinta del Paso Sawyer hacia la granja, Harley repasaba mentalmente los detalles del caso, intentando encajar todas las piezas. Lo que más le preocupaba era el intervalo de seis meses. Si el sujeto desconocido —jerga del FBI para referirse al "sospechoso no identificado"— había empezado con las dos hermanas Rasco, ¿dónde había estado durante los seis meses siguientes? Y ¿por qué, de repente, volvía a matar?

Los oscuros árboles se amontonaban junto a la carretera. Harley redujo la velocidad, no queriendo perderse el desvío, que no estaba señalizado. En la oscuridad, todo lo que quedaba fuera del resplandor de los faros era un gris fantasmal, informe e inestable como un espejismo.

Manteniendo una mano en el volante, Harley cogió su teléfono del portavasos y marcó el número de Callaway. Se dijo a sí misma que lo hacía para mantener a su compañero al día, lo cual era cierto, pero también lo era que simplemente quería oír el sonido de una voz humana.

Escuchó una voz, pero solo era la grabación del buzón de voz. Callaway probablemente había silenciado su teléfono mientras interrogaba a Joseph Warren.

—Soy Callaway. Deja un mensaje.

Harley esperó el pitido, reduciendo la velocidad al reconocer el estrecho camino que se abría entre los árboles a su izquierda.

—Me dirijo a la granja del Paso Sawyer —dijo al teléfono mientras giraba—. Las hermanas tenían un hermano, Brandon, que aún vive allí. Voy a averiguar todo lo que pueda sobre la noche en que sus hermanas desaparecieron.

Los faros se balanceaban sobre el camino irregular, insinuando la granja a medida que se acercaba. No había luces encendidas, y Harley no veía ningún vehículo cerca.

—Llámame cuando puedas —continuó— y hazme saber si haces algún progreso por tu parte.

Dudó, queriendo decir algo más pero sin saber qué. Se preguntó si Callaway habría descubierto algo nuevo. A pesar de sus dudas sobre Warren, le habría encantado que le demostraran que estaba equivocada.

Apagó los faros y se tomó unos momentos para que sus ojos se adaptaran a la oscuridad antes de salir del coche. Después de cerrarlo, se acercó a la casa. Algo gruñó a su derecha —uno de los cerdos, supuso.

Una tabla crujió bajo sus pies mientras subía los escalones del porche. Tropezó con un clavo que sobresalía de la madera y casi se cae, logrando evitar la caída agarrándose a la barandilla, que gimió con el esfuerzo de sostenerla.

—¿Señor Rasco? ¿Brandon Rasco? —llamó.

No obtuvo respuesta. Empezaba a preguntarse si Santiago se habría equivocado. Al fin y al cabo, el sheriff no había visto a Brandon en meses, así que era posible que se hubiera mudado.

Pero los cerdos, pensó. Están delgados, sí, pero tienen que estar comiendo algo para mantenerse vivos. Alguien está cuidando de ellos.

Harley golpeó la puerta con los nudillos. Las bisagras crujieron cuando la puerta se entreabrió. Estaba segura de que había estado cerrada con llave la noche anterior, así que aparentemente alguien había estado allí desde su última visita.

Encendiendo su linterna, Harley empujó la puerta para abrirla del todo, revelando un estrecho pasillo lleno de fotografías polvorientas, con la pared de yeso oscurecida por la suciedad. El olor subyacente a sudor y ropa sin lavar, como un vestuario, llegó a las fosas nasales de Harley.

Al entrar en la casa, Harley se detuvo para estudiar las fotografías. Tuvo que quitar el polvo para verlas con claridad. La primera era una imagen de la granja en construcción, con un hombre sin camisa —Rasco padre, supuso Harley— alineando su martillo con un clavo que sostenía apretado entre el segundo y tercer dedo de su mano izquierda, y un segundo clavo sobresaliendo de entre sus dientes. La segunda foto mostraba a un niño pequeño en cuclillas en el barro, con las manos dobladas detrás de la espalda mientras observaba a varios lechones comiendo mazorcas de maíz.

La tercera foto estaba colgada al revés, de modo que la imagen en sí estaba oculta. Harley la giró. El cristal estaba agrietado, pero aún podía distinguir una escena de tres hermanos posando para una foto, dos chicas flanqueando a un chico. La chica de la derecha era una cabeza más alta que el chico, y la de la izquierda era una cabeza más alta que la primera. Ambas llevaban vestidos con estampados florales y lazos en las coletas. Los tres sonreían mientras se cogían de las manos. Parecían una familia feliz.

Harley se acercó más. No, no se estaban cogiendo exactamente de las manos. Las chicas sujetaban las muñecas del chico mientras las manos de él colgaban flácidas. Y las sonrisas de las chicas... había algo exageradamente alegre en ellas, casi triunfante. El chico también sonreía, pero había una mirada atormentada en sus ojos, como si guardaran un terrible secreto que no podían olvidar.

Harley oyó un chirrido oxidado a su derecha y se giró sobresaltada hacia el sonido. Solo era la puerta moviéndose con el viento.

Inquieta por la oscuridad, Harley pulsó el interruptor de la luz en la base de las escaleras. No ocurrió nada. Pensando que quizás la bombilla simplemente se había fundido y nunca la haban reemplazado, cruzó las escaleras y entró en la habitación del otro lado, una cocina. Los platos se apilaban en el fregadero, cubiertos de comida petrificada, y el cubo de basura rebosaba de envoltorios de plástico, cajas de comida rápida, latas de refresco y tubos de papel higiénico. Gruesas telarañas se extendían entre la encimera y el salpicadero, y los montones de moscas atrapadas debajo de ellas daban fe del estado de deterioro.

De nuevo, Harley intentó encender las luces, pero no ocurrió nada. Sin embargo, podía oír el suave zumbido del frigorífico, así que tenía que haber electricidad. ¿Acaso Brandon —o quien fuera que hubiera estado aquí por última vez— simplemente había decidido no reemplazar las bombillas?

Entonces, al alumbrar el techo con su linterna, se percató de que faltaba la bombilla de la lámpara.

Qué extraño, pensó Harley.

Abrió el frigorífico y la recibieron queso mohoso, leche cuajada y jamón en lonchas que se había vuelto pegajoso y pálido con el tiempo. Se tapó la nariz y cerró la puerta, esperando no haber inhalado nada tóxico.

El ulular de un búho la sobresaltó. Buscó su teléfono, invadida por un repentino impulso de pedir refuerzos.

No seas boba, se dijo a sí misma. ¿Qué les vas a decir, «me está atacando una casa vieja y tenebrosa»?

Aún tapándose la nariz, se dirigió al comedor. Un saco de dormir sucio, rasgado en varios sitios, yacía enrollado bajo la mesa como la muda de una serpiente.

Ya no le cabía duda de que alguien había estado viviendo allí. Sin embargo, dado el estado del edificio, se preguntó si Santiago realmente le

había hecho un favor a Brandon al dejarlo solo. Si así era como vivía, necesitaba ayuda.

El aire alrededor de Harley se volvió denso y empalagoso. Necesitaba espacio abierto, aire fresco. Era evidente que Brandon no estaba allí en ese momento, y Harley no tenía ningún interés en quedarse hasta que regresara. Dejaría una tarjeta junto a la puerta principal, luego se marcharía tranquilamente y esperaría a que él la llamara.

Apresurándose hacia la puerta principal, su linterna barrió el armario del pasillo. Dio unos pasos más antes de darse cuenta de lo que había visto.

No puede ser, pensó mientras un escalofrío le recorría el cuerpo.

Volviéndose lentamente, como si necesitara tiempo para prepararse, se acercó al armario y abrió la puerta del todo. Su corazón latía con fuerza en su pecho mientras se agachaba para examinar el par de sandalias hechas a mano escondidas en el fondo del armario. Sin tocarlas, se inclinó dentro del armario para poder leer las iniciales grabadas en el cuero. Estaban descoloridas, pero aún eran legibles.

Las iniciales eran «E.R.»

—Eleanor Renfrew —susurró Harley, tapándose la boca.

Capítulo Veintiséis

Maddie despertó al notar algo arrastrándose por su hombro. La oscuridad era tan densa que, incluso sin la venda en los ojos, dudaba que pudiera ver sus manos frente a su cara. Sin embargo, su sentido del tacto permanecía intacto, y fuera lo que fuese lo que se deslizaba por su piel, era grande y peludo.

Su primer pensamiento fue que se trataba de una tarántula. Nunca había tenido especial aversión a las arañas, pero despertar sintiendo una araña recorriendo su cuerpo le resultaba... violento. Antinatural.

Ahogando un grito, alzó las manos para espantar al bicho. El movimiento resultaba dificultoso, ya que sus manos estaban atadas con una especie de cuerda áspera. No obstante, no importó, pues la criatura se alejó antes de que pudiera alcanzarla, sus patas arañando el suelo al marcharse.

Maddie exhaló un suspiro de alivio. Mientras apoyaba de nuevo la cabeza en el frío suelo de tierra apisonada, su mente se centró en su situación actual. Intentó reconstruir los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, tarea complicada, ya que desconocía cuánto tiempo había estado dormida.

Recordaba haber ayudado a Carol a meter los caballos en el establo. Al principio se había opuesto a la idea —era mejor para los caballos tener espacio para moverse, y no veía motivo para sospechar que alguien pudiera hacerles daño, a pesar de los recientes asesinatos— pero al ver lo preocupada que estaba Carol, dejó de discutir y decidió echar una mano.

Entonces... ¿qué? Por Dios, ¿qué había pasado después?

Mientras la escena se desarrollaba en su mente, se vio a sí misma acercándose al establo de Bucky para rascarle la frente. Luego pasó la mano hasta sus ollares, disfrutando de la suavidad de la piel. Su mente divagaba, repasando los detalles de su última conversación con Warren, cuando le dio un ultimátum: respetar su forma de dirigir las cosas o marcharse del pueblo. La elección era suya.

Luego ese terrible momento cuando la cuerda se enroscó alrededor de su garganta. La arañó con sus uñas mientras su atacante la arrastraba hacia atrás, sacándola por las puertas abiertas como a un perro reacio con correa. Luchó, lanzando el codo hacia atrás y provocando un gemido de dolor. Pero sabía que era una batalla perdida.

Su visión se desvaneció mientras su cuerpo adquiría un peso plomizo.

Luego despertó aquí, en esta oscura bóveda que olía a moho y podredumbre.

Esperaba que Carol estuviera bien. Si Carol seguía con vida, podría identificar al asesino. El único problema era que Maddie no sabía si podría aguantar tanto. Su atacante —el mismo hombre, no tenía dudas, que había matado a otros cuatro en la comunidad— podría volver en cualquier momento.

¿Volver para qué?, pensó. Si planeaba matarla, ¿por qué no lo había hecho ya? Podría haberla matado en el establo, o en la furgoneta. A menos que, claro está, la mantuviera viva porque no quería tener que transportar su peso muerto. Podría estar dando vueltas en ese mismo momento, buscando un lugar para esconder su cuerpo.

No pienses así, se dijo. Has salido de muchas situaciones antes. Harás lo mismo de nuevo.

Sí, lo había hecho. Pero una cosa era lidiar con clientes poco cooperativos, jueces parciales y asistentes incompetentes, y otra muy distinta era enfrentarse a un hombre decidido a acabar con su vida. Ningún argumento persuasivo, ningún giro ingenioso de frase, iba a sacarla de esta situación.

Entonces tendré que saltarle encima. Bajará, y lo agarraré por detrás tal como él me agarró a mí. Movió los brazos, imaginando cómo deslizaría la cuerda alrededor de su cuello.

La única diferencia es que no dejaré de apretar, no hasta estar segura de que está inconsciente.

¿Realmente podría hacerlo? Se consideraba una persona dura, pero había muchos tipos de dureza, no todos físicos. No había estado en una confrontación física —no una verdaderamente hostil— en toda su vida. ¿Ahora se suponía que debía asfixiar a un hombre hasta dejarlo inconsciente, sabiendo que podría matarlo si lo mantenía demasiado tiempo?

Esperando no tener que descubrir de lo que era capaz, se levantó con piernas temblorosas y comenzó a moverse por la habitación, con una mano en la pared. Sus dedos rozaron una telaraña y retrocedió con un estremecimiento. Al alejarse, tropezó con una caja y cayó con fuerza, magullándose el hombro. Gritó involuntariamente.

Consciente de que su atacante podría estar cerca, contuvo la respiración y aguzó el oído por si oía pasos. Escuchó un crujido en el piso de arriba.

¡Está aquí!, pensó mientras una ola de pánico amenazaba con sumergirla. ¡Está justo encima de mí!

Entonces escuchó una voz, distorsionada por la distancia y el suelo, de modo que sonaba como un murmullo, como una voz bajo el agua. Aun así, había algo llamativo en el sonido. Era decididamente... femenino.

La esperanza la recorrió como una descarga eléctrica. No sabía con certeza si su atacante era un hombre o una mujer, pero estaba segura, en lo más profundo de sus entrañas, de que había sido un hombre, aunque solo fuera porque la gran mayoría de los ataques violentos eran perpetrados por hombres.

—¡Ayuda! —intentó gritar, pero la mordaza ahogó sus palabras de modo que solo salió un fuerte gemido. Empujó la mordaza con la lengua y logró bajarla un poco, dándole un poco más de espacio.

—¡Ayuda! ¡Va a matarme!

Pateó la pared, tratando de hacer tanto alboroto como pudiera, pero las piedras apenas hacían ruido. Lo único que consiguió fue lastimarse el pie.

Se quedó en silencio, respirando pesadamente en la oscuridad. Esperando, escuchando.

Por favor, no te vayas, rezó interiormente, quienquiera que seas. Por favor, no me dejes aquí sola esperando a que él vuelva.

Capítulo Veintisiete

Harley permanecía inmóvil como una estatua en el oscuro pasillo, esperando para ver si el sonido se repetía.

Quizás te lo estás imaginando, pensó. Al fin y al cabo, es una casa vieja.

Pero no, estaba segura de haber oído una voz. ¿Había sido la de Maddie? ¿Estaría atrapada en algún lugar cercano, esperando ser rescatada?

Harley volvió a mirar el par de sandalias marcadas con las iniciales de Eleanor Renfrew. Era algo que muchos asesinos hacían, llevarse a casa recuerdos de sus crímenes para poder revivirlos una y otra vez en sus fantasías. No importaba realmente qué objeto fuera, siempre que les permitiera revivir el crimen, permitiendo al asesino saborear la satisfacción de sus oscuros actos.

Pensó en el saco de dormir escondido bajo la mesa del comedor, la comida mohosa en la nevera. ¿Habría servido esta granja como escondite del asesino, su base de operaciones para cometer los asesinatos? Tenía sentido, dada su cercanía a Holy Hope.

Todo este tiempo, pensó con un escalofrío, ha estado justo aquí.

Quizás había unos cuatro o cinco kilómetros hasta Holy Hope por carretera, pero sería mucho menos en línea recta. El asesino podría haberse acercado a la comunidad a pie, lo que explicaría por qué Callaway no lo había oído. Claro que eso no explicaría cómo el asesino había transportado a sus víctimas.

Aún estaba intentando resolver este enigma cuando volvió a oír ese sonido amortiguado. Esta vez era inconfundible: sí, definitivamente una voz. ¿Estaba... gruñendo? ¿Gimiendo? El sonido parecía venir de otro piso, aunque no podía decir si de arriba o de abajo.

—¡Maddie! —gritó—. ¿Puedes oírme?

Después de esperar unos latidos y no oír nada, subió corriendo las escaleras hasta el segundo piso. Registró las habitaciones una tras otra. La primera era un trastero lleno de muebles viejos, y tras un rápido vistazo, Harley decidió que no había forma de que Maddie estuviera allí. La segunda era una biblioteca vacía, sin lugar donde esconder a una prisionera.

La tercera era un dormitorio con dos literas hechas con sábanas florales. Había una cómoda con un espejo, un par de joyeros a juego y un pequeño armario. Harley abrió el armario. Era estrecho, quizás de sesenta

centímetros de profundidad por metro y medio de ancho, con una vieja manta en el suelo y una almohada rota perdiendo sus plumas. Había marcas ininteligibles arañadas en las paredes en patrones ondulantes y en zigzag, como dibujos infantiles en la oscuridad. Una uña roma yacía en la esquina.

Y de alguna manera, Harley supo que este era el armario donde las hermanas de Brandon lo habían mantenido encerrado. ¿Cuántas noches habría dormido allí, arañando distraídamente la pared, solo en la oscuridad? ¿Cuántos de sus gritos habrían sido ignorados?

Dirigió la linterna hacia la parte trasera de la puerta. Profundos surcos marcaban la madera. Solo podía imaginar lo asustado que debía haber estado el niño.

Por perturbador que fuera este descubrimiento, no la acercaba más a encontrar a Maddie, así que volvió sobre sus pasos hasta la planta baja. Tenía que haber un sótano. Pero ya había registrado la planta baja sin encontrar un segundo tramo de escaleras, así que o bien había una trampilla escondida en algún lugar o la entrada estaba fuera.

Sin deleitarse con la idea de arrastrarse a gatas por los suelos sucios, Harley salió apresuradamente. Tenía que encontrar a Maddie antes de que su secuestrador regresara.

La puerta principal chirrió horriblemente al abrirse. Harley sacó su teléfono y comenzó a llamar a Santiago mientras cruzaba el porche. Justo cuando llegaba a los escalones, notó un movimiento a su derecha. Antes de que pudiera girar la linterna hacia allí, sin embargo, algo le golpeó en el costado de la cabeza y tanto el teléfono como la linterna salieron volando de sus manos. Se sintió hundiéndose en la oscuridad.

* * *

Cuando Harley abrió los ojos de nuevo, estaba tumbada de lado sobre la hierba. La linterna yacía a varios metros de distancia, proyectando un cono de luz hacia el lateral de la casa. Debía de haberse caído por los escalones del porche.

Sin atreverse a moverse, esperó mientras sus pensamientos se reagrupaban lentamente como limaduras de metal atraídas por un imán. Movió los dedos de las manos y los pies para asegurarse de que aún podía usarlos, pero por lo demás no dio señales de estar consciente porque sabía que no estaba sola. Podía oír la respiración entrecortada de alguien a su izquierda, acercándose lentamente.

Algo le pinchó la espalda. Podría haber sido un dedo huesudo o un palo. No se movió, a pesar de la incomodidad.

—Beatrice —murmuró una voz grave en tono burlón—. Oh, Beatrice. Sé que estás despierta. No juegues conmigo.

Harley permaneció inmóvil. Podía sentir la Glock debajo de ella, presionando contra su abdomen. Tendría que rodar sobre su espalda para sacarla. Sin embargo, sería un movimiento arriesgado, ya que no sabía a qué distancia estaba su atacante. Era mejor tomarse su tiempo y buscar la oportunidad adecuada que arriesgarse a que la situación se agravara cuando estaba en desventaja.

—Empezaba a pensar que no volverías —ronroneó la voz—. Pero me has sorprendido, y qué maravillosa sorpresa es.

Estaba cerca, muy cerca. Mejor dejar la pistola donde estaba, entonces. ¿Pero iba armado? Podría seguir llevando lo que fuera con lo que la había golpeado.

—Te estás preguntando dónde está tu hermana, ¿verdad? —continuó—. No te preocupes, está a salvo. Estará muy feliz de verte, seguro.

Harley notó un dedo recorriendo su piel desde el codo hasta la muñeca. El contacto era ligero, casi sensual. Por la posición del pulgar, sabía que tenía que ser su mano izquierda. Probablemente estaba inclinado sobre ella o agachado detrás.

—Tienes que despertar, Beatrice —susurró la voz—. Hay mucho que hacer. No querrás dormir toda la noche, ¿no?

Todos los nervios del cuerpo de Harley estaban en alerta máxima. Se armó de valor, preparándose para actuar. Cuando sus dedos comenzaron a recorrer su brazo de nuevo, extendió la mano derecha y agarró el pulgar del hombre, retorciéndolo hacia atrás. Él gritó, retrocediendo, y ella contraatacó con el codo izquierdo. Sintió el duro impacto del hueso. Luego, soltando su mano, rodó hacia la derecha y se puso de pie.

Una abrumadora oleada de mareo la sacudió, y trastabilló unos pasos, apenas capaz de mantener el equilibrio.

—¡Vamos! —se animó desesperadamente—. ¡Concéntrate!

Escuchó un gemido lastimero en la oscuridad. Mientras intentaba enfocar la vista en el patio que daba vueltas, su visión se aclaró de repente justo a tiempo para ver a su atacante abalanzándose sobre ella. La embistió por la cintura, derribándola al suelo y dejándola sin aliento. Sintió un dolor agudo cuando el borde de un ladrillo se clavó en su espalda.

—¡Estúpida lagartija, estúpida lagartija! —siseó el hombre, maniobrando con las rodillas para inmovilizarla. Sus manos eran como tornillos sobre sus muñecas. Un olor rancio y agrio se cernía sobre Harley.

Desesperada por evitar que afianzara su agarre sobre ella, Harley arqueó las caderas y retorció los brazos. Él era delgado pero fibroso, y logró mantener el equilibrio y permanecer encima de ella.

—¡Me vas a hacer enfadar, Beatrice! —siseó, mirándola con lascivia. La linterna iluminó el borde de su cara, revelando la sucia barba incipiente de un bigote, ojos oscuros como guijarros y dientes marrones como una cucaracha.

Girando la cara con asco, Harley se movió de lado para que su pierna izquierda quedara entre las de él. Luego, con un brusco movimiento ascendente, golpeó con el muslo su entrepierna. Él chilló, y ella sintió que su agarre en sus muñecas se aflojaba momentáneamente.

Aprovechando su sorpresa, Harley se incorporó, agarró su camisa con ambas manos y lo empujó hacia un lado. Al caer, él intentó agarrar su pistola, logrando sacarla de la cintura de sus vaqueros. Cayó en la hierba, donde él la pateó antes de que Harley pudiera poner sus manos sobre ella.

Sin embargo, Harley había recibido mucho entrenamiento en combate cuerpo a cuerpo y no necesitaba un arma de fuego para someter a un atacante. Se lanzó hacia él, planeando inmovilizarlo contra el suelo hasta que se rindiera, pero él rodó justo antes de que pudiera alcanzarlo. Se puso de pie ágilmente y la miró fijamente, respirando entrecortadamente mientras sacaba un cuchillo oxidado de su cinturón.

—No soy tu hermana —dijo Harley, apartándose un mechón de pelo de la cara mientras intentaba razonar con él—. Pero si tienes a Maddie, necesitas decirme dónde está. Haz eso, y todo esto será mucho más fácil para ti.

Su rostro se retorció con furia silenciosa como si gusanos se arrastraran justo debajo de la piel. Era la rabia impotente de alguien que no puede aceptar ser vencido, alguien que, dada la oportunidad, preferiría hacer trampa antes que aceptar una derrota justa.

Se preparó para que viniera hacia ella. Justo cuando pensaba que iba a estallar y correr hacia ella, sin embargo, salió disparado, lanzando una mirada de odio por encima del hombro mientras corría alrededor de la casa.

Viendo su Glock en la hierba, Harley la recogió. Luego lo persiguió, preocupada de que se escabullera en el bosque y desapareciera en la

oscuridad. Sin embargo, rápidamente se hizo evidente que no se dirigía al bosque. Harley oyó un gemido metálico y llegó a la parte trasera de la casa justo a tiempo para ver a Brandon Rasco descendiendo por la puerta abierta de un tragaluz.

Está loco si cree que voy a perseguirlo ahí abajo, pensó, deteniéndose en seco. Quería pedir refuerzos, pero su teléfono móvil estaba en algún lugar de la hierba del jardín delantero. ¿Realmente se atrevía a arriesgarse a que escapara mientras iba a buscarlo?

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la voz de Rasco llamándola desde el fondo de las escaleras, burlándose de ella.

—¿Por qué no bajas a ver a tu hermana? Ha estado tan sola aquí abajo sin ti... ¿verdad, Bella?

—¡Por favor! —gritó una voz femenina desde la oscuridad—. ¡Es peligroso! —Harley no reconoció la voz, pero supuso que pertenecía a Maddie Walsh.

—¡Ve a buscar ayuda! —dijo Maddie—. ¡Corre! ¡No te preocupes por mí!

Se oyó un gruñido, seguido de un gemido. Luego, paso a paso, dos figuras ascendieron por las escaleras. El asesino tenía a Maddie en una llave de cabeza, con el cuchillo presionado contra su garganta. El cuchillo no parecía muy afilado, pero la sangre que brotaba de un par de cortes superficiales —creados, sospechaba Harley, por el movimiento de subir las escaleras— mostraba que era lo suficientemente afilado para hacer el trabajo.

Harley apuntó al rostro de Rasco. No se atrevía a disparar mientras estuviera tan cerca de Maddie, pero si se inclinaba un poco, podría tener un tiro limpio.

—Suelta el arma —dijo Rasco—. A menos que quieras llevar la sangre de la querida Bella.

—No le hagas daño —dijo Harley, con el pulso retumbando en sus oídos—. Ella no te ha hecho nada.

—¿Que no me ha hecho nada? ¿Has olvidado todo? —Sacudió la cabeza con incredulidad—. ¿Todas esas noches que pasé encerrado? ¿Las veces que me hicisteis dormir con los cerdos? ¿Crees que puedo olvidar todo eso como tú?

El cuchillo empezó a temblar en sus manos. Cuanto más nervioso se ponía, mayor era la probabilidad de que hiriera a Maddie, ya fuera a

propósito o no.

La voz de Rasco bajó a un tono grave y amenazante.

—¿Crees que no le haré daño solo porque es mi hermana?

—No, no lo creo —contestó Harley, su mente buscando desesperadamente una forma de desactivar la situación. Necesitaba tiempo para pensar en una solución, pero el tiempo se agotaba. No dudaba de que el hombre estaba dispuesto a cortarle la carótida a Maddie, aunque eso significara que Harley lo abatiría a tiros.

—Entonces deja... el arma... en el suelo —exigió entre dientes.

Estaba acorralada. Se humedeció los labios, intentando desesperadamente pensar en una salida, pero no se le ocurría nada. Necesitaba ganar tiempo, evitar que Rasco tomara medidas drásticas, y la única forma de hacerlo era seguirle la corriente por ahora.

Con cuidado de no hacer movimientos bruscos que pudieran incitar a Rasco a hacer algo irreversible, Harley se agachó y dejó el arma en el suelo.

—Ahora apártala de una patada, con todas tus fuerzas —ordenó el hombre.

Harley obedeció, lanzando la pistola unos dos metros entre la hierba. Intentó memorizar dónde había caído, pero sabía que sería difícil encontrarla de nuevo en la oscuridad.

Los brazos del hombre se relajaron y bajó el cuchillo, sonriendo.

—Así está mejor, ¿verdad? Ahora date la vuelta y empieza a andar.

—¿Adónde vamos? —dijo Harley, temiendo la respuesta.

—Al corral, claro —soltó una risita, encantado—. Mis cerditos tienen hambre.

Capítulo Veintiocho

Mientras se dirigían hacia el corral de cerdos, Harley sintió un aleteo de pánico en el estómago. Se dio cuenta de que había sido un error entrar sola en la granja, aunque no podía haber sabido lo que le esperaba. Callaway vendría a buscarla si no tenía noticias suyas en unas horas, pero ¿sabía siquiera cómo llegar a la granja? Podría pedir ayuda a Santiago, claro, pero eso llevaría más tiempo.

Mientras tanto, Harley y Maddie estarían luchando por sus vidas.

Rasco podría esconder mi Jeep en el bosque, fingir que nunca me vio, pensó con una sensación de hundimiento. Callaway insistiría en registrar la casa, seguro, pero ¿se le ocurriría mirar en el corral de cerdos?

Si no se me ocurre algo pronto, mis zapatos podrían ser lo único que Callaway encuentre.

La mirada de Harley recorrió el bosque, buscando una vía de escape. Se fijó en una vieja furgoneta con el parachoques abollado aparcada bajo un árbol. Estaba segura de que no estaba allí la noche anterior. ¿Sería ese el vehículo que Rasco había usado para dejar el cuerpo de Sienna Davis en la cuneta de Coyote Creek Road? ¿Se habría hecho esa abolladura al atropellar a Eleanor Renfrew?

—Date prisa, Beatrice —la regañó Rasco—. Esta vez lo vamos a hacer bien, como decía mamá: o lo haces bien o lo haces dos veces.

Harley observó a Rasco avanzar arrastrando y empujando a Maddie. Maddie tenía el rostro pálido y sus ojos suplicaban a Harley que hiciera algo. Pero ¿qué podía hacer Harley?

—No tienes por qué hacer esto —comenzó Harley, con la garganta repentinamente seca—. Puedes conseguir ayuda. Hay medicamentos, especialistas para personas en tu situación.

—Mi situación —respondió Rasco, divertido—. Ahora quieres ayudar, ¿eh, Beatrice? Pues antes no querías ayudar una mierda. —Le dio un tirón brutal a Maddie, pasando el filo del cuchillo por su piel. Maddie gimió indefensa.

Al acercarse al corral de cerdos, Harley se dio cuenta de que no tenía sentido discutir con la percepción de la realidad de Rasco. Él creía que estaba recreando el castigo de sus dos hermanas, como sin duda había intentado hacer con cada par de mujeres que atacaba; un castigo que, en su

mente, era una respuesta justa al trato injusto que había recibido durante muchos años. Decirle que estaba equivocado solo lo enfurecería más. Tal vez sería mejor seguirle el juego y entrar en su fantasía.

Reuniendo toda la simpatía que pudo, Harley dijo:

—Lo siento por lo que te hicimos Bella y yo. Por cómo... te maltratamos. —Se interrumpió. ¿Por qué no había indagado más en su pasado, hecho más preguntas a Santiago? Había sido tan corta de miras al venir aquí sin estar preparada.

Rasco aminoró el paso, pero no la miró. Sin embargo, ella notó que tenía su atención.

Tuvo un destello de inspiración.

—Por eso te llamas Skink, ¿verdad? Solíamos llamarte así.

—Asqueroso lagartijo —dijo Rasco con tono burlón—. ¿Por qué no te vas corriendo a esconderte en algún agujero, inútil lagartijo?

—Debió de ser difícil aguantar todo eso durante años: el acoso, los insultos. Nunca fuiste lo suficientemente bueno para nosotras, ¿verdad?

Vio cómo la mandíbula de Rasco se movía adelante y atrás, pero no salían palabras. Había oído la frase "rechinar los dientes" antes, pero no creía haberla visto en acción hasta ahora. Era casi como si estuviera intentando masticar un trozo de carne particularmente duro.

Estaban casi en la valla. Si iba a convencerlo, tenía que hacerlo pronto. Se le acababa el tiempo.

—Tienes razón en estar enfadado por lo que te pasó —continuó, desesperada por encontrar alguna forma de llegar a él—. Estuvo mal.

—¡Y tenéis que ser castigadas! —respondió con un gruñido feroz.

—Sí, pero ya nos castigaste, ¿no? Esto ya pasó. ¿Lo recuerdas, Rasco?

Él guardó silencio.

Habían llegado a la valla. Harley podía ver diminutos puntos de luz procedentes del cobertizo al fondo del recinto. Los ojos de los cerdos, brillando a la luz de las estrellas.

Rasco señaló la valla con el cuchillo.

—Sube.

Harley negó con la cabeza.

—No puedo hacer eso, Brandon.

—¡Entonces tu hermana muere! —gritó, escupiendo saliva mientras presionaba el cuchillo con más fuerza contra la garganta de Maddie. Ella

tragó saliva, y el movimiento de su garganta contra el cuchillo dibujó una nueva línea de sangre.

—Todo va a salir bien, Maddie —dijo Harley, mirando a los ojos de la mujer, esperando que Maddie no pudiera ver la desesperada incertidumbre que Harley sentía—. Todo va a salir bien.

—¡Entra en el corral! —gritó Rasco.

Sin otra salida, Harley empezó a trepar por los tablones de la valla. Sus manos temblaban y su mente iba a toda velocidad intentando imaginar algún escenario en el que ella y Maddie sobrevivieran a la noche. Solo podía esperar que los cerdos, por hambrientos que estuvieran, supieran diferenciar entre depredador y presa. Si pudiera convencerles de que ella era más peligrosa que ellos, si pudiera evitar que se alteraran, quizás le daría tiempo a pensar en otra solución.

Entonces Rasco cogió la campana de la cena. La agitó violentamente, con una sonrisa tan amplia que parecía que iba a partirle la cara.

—¡A comer, cerditos! —gritó, casi saltando de emoción—. ¡Es la hora de cenar!

Una serie de chillidos y gruñidos surgió de la oscuridad. Unas formas se lanzaron hacia Harley como un enjambre de murciélagos, pasando unos por encima de otros en su prisa.

Con el corazón en un puño, Harley trepó por la valla. El tablón crujió, amenazando con romperse por completo.

—¡No! —chilló Rasco. El cuchillo en su mano se había aflojado mientras veía a los cerdos abalanzarse sobre Harley, pero ahora la punta se clavó en la garganta de Maddie—. ¡Vuelve a entrar o la mato!

Al ver la locura en los ojos de Rasco, Harley no dudó que estaba a punto de degollar a Maddie. Podía lanzarse a los cerdos o dejar que Maddie se desangrara.

Los cerdos empezaron a mordisquear los zapatos de Harley, tirando de ella, agarrando los cordones con sus pequeños dientes. Uno atrapó el dobladillo de sus pantalones, y sintió algo duro y afilado arrastrarse por la parte trasera de su tobillo mientras el cerdo tiraba de su ropa.

Todo lo que tenía que hacer era soltar la valla y caer hacia atrás. ¿Cuánto tardarían? ¿Irían a por su garganta, o empezarían por lo que tuvieran más cerca: una mano, un pie, una oreja, la nariz? La idea era insoportable... y, sin embargo, de alguna manera, era menos insoportable

que ver los ojos de Maddie suplicándole que hiciera algo, que encontrara una forma de arreglarlo todo.

Esta vez no puedo, pensó Harley, mirando el brillo febril en los ojos de Rasco. No puedo razonar con él, no puedo engañarle, no puedo vencerle. Solo podía esperar que cuando se lanzara al corral, la distracción le diera a Maddie una oportunidad de escapar.

Si eso era todo lo que lograba la muerte de Harley, merecería la pena el sacrificio.

Uno de sus cordones se soltó. Un hocico empezó a olfatear su pierna, mordisqueando la carne bajo la tela.

Las manos de Harley se relajaron en la valla. Se echó hacia atrás y cerró los ojos, rezando para que de alguna manera Maddie encontrara una forma de escapar.

Justo cuando estaba soltando la valla, una luz barrió sus párpados cerrados como un foco. Abrió los ojos y vio a Rasco girado hacia los faros de un vehículo que se acercaba, con la mano del cuchillo levantada para protegerse los ojos. Una oleada de esperanza desesperada surgió en Harley.

Aprovechando la distracción, Maddie clavó el codo en las costillas de Rasco y se escabulló de su agarre. Mientras Maddie se apartaba, Harley se lanzó desde lo alto de la valla, embistiendo a Rasco y derribándolo. Él rodó y se sentó, con una expresión de confusión aturdida en el rostro.

La hoja del cuchillo estaba clavada en el suelo entre ellos, con el mango sobresaliendo. Durante una fracción de segundo, ambos lo miraron fijamente, sus mentes conmocionadas iban un paso por detrás. Luego, como si fuera una señal, los dos se abalanzaron hacia él, gateando a cuatro patas como perros.

Rasco alcanzó el cuchillo primero. Lo arrancó de la tierra y se enderezó, sonriendo triunfante.

Sin embargo, el resplandor de los faros le daba en los ojos. Mientras entrecerraba los ojos, buscando a Harley, ella se acercó rápidamente y le dio una patada en el pecho. Sus brazos giraron mientras se tambaleaba hacia atrás, golpeando la valla donde Harley la había agrietado. La tabla se rompió y Rasco cayó en el corral, hundiendo la cabeza y los hombros en el barro. Se oyó un chillido emocionado cuando los cerdos se abalanzaron sobre él.

—¡Socorro! —gritó, agitándose mientras intentaba usar la valla para levantarse. Una de las tablas se soltó y volvió a caer.

Los cerdos se apiñaron a su alrededor, olfateando y mordisqueando sus extremidades, sus dedos, su pelo. Uno de los cerdos le arrancó parte de la oreja, y él gritó, retorciéndose como un escarabajo boca arriba. Por un momento, Harley no sintió lástima, no por un asesino tan despiadado como este. ¿Qué compasión había mostrado él con sus víctimas? ¿Qué compasión había mostrado con ella?

No seas como él, se dijo a sí misma. No te rebajes a su nivel.

Entrando en acción, agarró uno de sus tobillos y lo arrastró hacia ella. Metió la mano entre el grupo de bocas codiciosas y agarró su mano.

Harley se encontró en un tira y afloja con los cerdos, con Brandon Rasco atrapado entre ellos. Entonces, plantando los pies, dio un fuerte tirón y sintió que Rasco se liberaba. Ella se tambaleó hacia atrás, recuperando el equilibrio, lista para someter a Rasco si intentaba levantarse. Pero él solo se quedó tumbado en el suelo, jadeando y murmurando para sí mismo.

Harley se apoyó en sus piernas, todo su cuerpo temblando mientras el alivio la invadía. Uno de los cerdos chilló y ella se estremeció, imaginando el destino que casi había sufrido.

Una puerta de coche se cerró cerca.

—¡FBI! —gritó Callaway mientras se acercaba corriendo, con el arma desenfundada. Se detuvo bruscamente, mirando de Harley a los cerdos, a Rasco, a Maddie, y finalmente a Harley de nuevo. No parecía saber qué pensar de lo que estaba viendo.

Se volvió hacia Maddie, cuyo pecho se agitaba con sollozos.

—¿Eres Maddie Walsh? —dijo.

Ella asintió, incapaz de hablar. Las lágrimas corrían por su rostro.

—Estás a salvo ahora —le aseguró Harley—. Estás bien. No te va a hacer daño.

Dejando a Maddie con Harley, Callaway se arrodilló sobre la espalda de Rasco y le esposó las manos. El sonido de su voz leyendo a Rasco sus derechos zumbaba de fondo mientras Harley frotaba la espalda de Maddie.

—¿Estás herida? —dijo, intentando ver la gravedad de los cortes en la garganta de Maddie. Era difícil de apreciar con tan poca luz.

Maddie negó con la cabeza y sorbió con fuerza.

—No mucho. ¿Qué hay de Carol? ¿Está bien?

—Está bien. Tiene un buen chichón en la parte de atrás de la cabeza, pero nada más. Ahora se está recuperando en el hospital.

Maddie asintió mientras otro sollozo brotaba de su pecho. Harley la rodeó con sus brazos y la abrazó, tanto por su propio consuelo como por el de Maddie. Uno de los cerdos gruñó, y Harley cayó en la cuenta de que podrían escaparse por la valla rota. Tendría que llamar a un refugio de la zona. Ya era hora de que se ocuparan de ellos.

—Vamos —dijo Callaway, poniendo a Rasco de pie—. Creo que ya has tenido suficiente juerga por esta noche. —Llevó a Rasco al coche. Rasco mantenía la cabeza gacha, con una mano en su oreja ensangrentada, murmurando para sí mismo. Sería una víctima hasta el final, pensó Harley.

Después de asegurar a Rasco, Callaway volvió con Harley y Maddie.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —le dijo a Harley.

Se apartaron.

—¿En qué narices estabas pensando, saliendo corriendo así? —siseó—. ¡Podrías haber muerto! Si me hubiera quedado hablando con Warren un poco más, si no hubiera supuesto lo peor... —Negó con la cabeza, como si no pudiera soportar la idea de lo que podría haber pasado.

Harley intuía que bajo toda la ira de Callaway se escondía el miedo de haberla podido perder. Perder a un compañero era una de las peores cosas que le podían pasar a un agente. Se habría sentido responsable y, sin duda, habría cargado con esa culpa el resto de su vida, justificada o no.

Abrumada por todo lo ocurrido, Harley dio un paso adelante y rodeó a Callaway con sus brazos. Vislumbró cómo sus cejas se alzaban sorprendidas. Luego, tras un momento, él le devolvió el abrazo.

—Gracias por venir —susurró ella, apenas confiando en su voz. Quería llorar, pero sabía que si empezaba ahora, no habría forma de saber cuándo pararía.

La mano de Callaway se movió arriba y abajo por su espalda, al principio con timidez, luego con mayor seguridad. Después de unos instantes, Harley se apartó y se frotó los ojos con los nudillos.

El aullido de una sirena que se acercaba se hizo más fuerte en la distancia, resonando por las colinas oscuras y boscosas, despertando la noche. Harley miró la silueta de Rasco, que se balanceaba lentamente en la parte trasera del coche de Callaway. Se preguntó si alguna parte de él se sentía aliviada por salir de las sombras, si quedaba en él algo de inocencia, una pequeña chispa que no hubiera sido sofocada por el tormento diario de sus hermanas.

Quería creer que sí, porque entonces quizás no existían los monstruos después de todo, solo personas normales que se habían perdido en un laberinto de malas decisiones. Tal vez, con el tiempo suficiente, incluso las peores heridas podrían sanar.

—No puedo creer que todo haya terminado —murmuró Maddie. Sus lágrimas se habían secado y había una expresión de cansado desconcierto en su rostro. Harley conocía bien esa mirada. A Maddie le llevaría mucho tiempo asimilar lo que había ocurrido desde que fue atacada en aquel granero. Harley también viviría con el conocimiento de que si Callaway hubiera llegado apenas cinco minutos más tarde, podría haber sido demasiado tarde para salvarla.

Callaway hizo señas a la ambulancia para que se acercara. Uno de los sanitarios bajó y comenzó a hacerle preguntas a Maddie, mientras un coche de policía llegaba y dos agentes salían de él. Callaway dirigió a los agentes hacia Rasco; sería mucho más seguro transportarlo en la parte trasera de un coche patrulla que en el coche de Callaway, que no estaba diseñado para contener a criminales.

Una sensación de irrealidad invadió a Harley mientras observaba todo esto suceder.

—¿Estás bien? —dijo Callaway mientras el sanitario comenzaba a limpiar los cortes en el cuello de Maddie.

Harley consideró la pregunta.

—Estaba a punto de ser echada de comer a una piara de cerdos salvajes, así que no, no estoy bien.

Callaway la observó con el ceño fruncido, solemne.

Harley cruzó la mirada con Maddie por un momento. Maddie le hizo un pequeño gesto de asentimiento, como diciendo que lo peor de la tormenta había pasado y ella seguía en pie, con sus raíces intactas.

—No estoy bien —continuó Harley, tomando valor de la mirada de Maddie—, pero lo estaré. Lo estaré.

Callaway le tocó el brazo y se inclinó cerca de su cara, lo suficiente como para que ella pudiera ver las patas de gallo reunidas en las comisuras de sus ojos.

—Me alegro. Porque no estoy preparado para renunciar a mi nueva compañera.

Capítulo Veintinueve

Harley removía la aceituna en su martini cuando escuchó un largo suspiro a su izquierda. Se giró mientras Callaway se sentaba a su lado en la barra del Feathered Finch, ajustándose la chaqueta al hacerlo.

—¿Está libre este asiento? —dijo, dejando su sombrero en la barra y pasándose los dedos por el pelo.

—Ahora ya no —respondió Harley.

Habían pasado unos días desde el cierre de la investigación, tiempo suficiente para que Harley recuperara el sueño que tanto necesitaba y se instalara en su nuevo hogar. Newbury quería que se tomara la semana libre, pero ella le había convencido de que se volvería loca sin nada que hacer durante toda una semana, así que acordaron dos días. Mañana se presentaría en la oficina de campo de Santa Fe. Aunque se sentiría bien volver a la rutina, en secreto esperaba tener unas semanas tranquilas antes del próximo caso importante.

Callaway pidió una cerveza negra. Cuando llegó, dio un sorbo tentativo y la volvió a dejar.

—Nunca he sido muy bebedor —dijo. Le lanzó una mirada de reojo a Harley—. Puedo aguantar lo mío, no me malinterpretes, pero nunca me pareció una gran solución emborracharse. Es como pegarte un tiro en el pie para curar un dolor de muelas.

Harley sonrió, aún removiendo su martini. Intuía que buscaba un cierre, una forma de dejar atrás el caso para poder pasar al siguiente, lo cual solía ser más fácil de decir que de hacer. Al menos sabían que el asesino estaba entre rejas. Los casos sin resolver eran normalmente los que mantenían despierto a un agente por la noche.

—Realmente pensé que Warren era nuestro hombre —reflexionó Callaway mientras estallaba un vítore detrás de ellos por un gol marcado en el partido de fútbol televisado—. Supongo que quería que fuera él porque se merecía estar encerrado.

—Cumplirá condena —le aseguró Harley—. El cargo de estupro es sólido.

Tras salir a la luz las acusaciones, Violet y algunas de las otras chicas adolescentes habían dado un paso adelante con historias sobre Warren tocándolas e intentando atraerlas a su casa. Varios vecinos de Warren

también testificaron haber visto a Isla entrar en su casa tarde por la noche y salir temprano por la mañana. Lo más condenatorio de todo, sin embargo, fue la revelación de que Joseph Warren había sido una vez Walter Gallet, un sacerdote en una escuela católica del sur de Florida que había sido expulsado del sacerdocio tras numerosas quejas sobre "interacciones inapropiadas" con los estudiantes, no todos ellos mujeres. Lo habían trasladado a varias escuelas diferentes antes de que las acusaciones se volvieran demasiado embarazosas y fuera removido de su cargo.

—Además, dudo que el juez vea con buenos ojos su intento de recrear la Masacre de Jonestown —añadió Harley, refiriéndose a los planes descubiertos en la casa de Warren para liderar a toda la comunidad en un suicidio masivo. Probablemente por eso Warren había estado en la casa de Maddie la noche de su desaparición: para convencerla de unirse a su plan. También era, sospechaba Harley, por lo que se había comportado de manera tan despreocupada durante todo el proceso de interrogatorio. ¿Qué tenía que temer del FBI un hombre que planeaba acabar con su propia vida?

Callaway asintió, mirando pensativamente la espuma ámbar de su cerveza que ocultaba las oscuras profundidades debajo.

—Hiciste un buen trabajo, ¿sabes? —dijo. Luego se enderezó y miró a Harley directamente a los ojos, como para asegurarse de que sabía que era sincero.

Ella apartó la mirada, incómoda con un cumplido tan directo.

—Fue un esfuerzo de equipo.

—Esto no es un comunicado de prensa. Sé que fue un esfuerzo de equipo, pero si no hubieras encontrado esa granja... —Se interrumpió, extendiendo las manos y levantando las cejas. Harley sabía lo que estaba insinuando. Si no hubiera encontrado la granja, no se sabía cuántos cuerpos más habría.

—No digo que lo manejaras bien —añadió Callaway—. Casi te matan junto con la señora Walsh.

—¿Es aquí donde te doy las gracias por salvarme la vida?

Él se encogió de hombros modestamente.

—Gracias por salvarme la vida —dijo ella para complacerle. Luego le tocó el brazo y dijo con voz más suave—: En serio, esos cerdos estarían royendo mis huesos ahora mismo si no fuera por ti. Y sin Maddie tomando el liderazgo en Holy Hope y aportando algo de sentido común muy necesario, no se sabe qué habría pasado con ellos.

Era el turno de Callaway de sentirse incómodo. Dio un largo trago a su cerveza y se aclaró la garganta.

Un silencio reflexivo se instaló entre ellos. Harley sorbió su martini mientras una camarera pasaba por detrás y el aroma de los nachos flotaba por el bar. La mente de Harley divagó hacia su casa: dónde colocaría los muebles restantes, si tenía sentido pagar por cable si iba a estar fuera la mayor parte del tiempo, cuándo actualizaría los electrodomésticos.

—¿Alguna vez piensas en el tipo de personas que cazamos? —dijo Callaway.

Harley respondió automáticamente.

—Todo el tiempo. Soy perfiladora.

—Me refiero a lo que tienen en común. Todos son víctimas a su manera, ¿no?

Este giro filosófico sorprendió a Harley. Miró su cerveza, pensando que no había bebido lo suficiente como para que el alcohol empezara a hablar.

—Es como el dicho: «La gente herida hiere a la gente» —continuó—. Muéstrame a alguien que victimiza a los vulnerables, y te mostraré a alguien que fue victimizado cuando era vulnerable. Es un ciclo, y todos estamos simplemente transmitiendo las cosas terribles que nos han hecho.

—No tiene por qué ser así.

—¿No? ¿Cómo se rompe? Porque me parece que una vez que se convierte en un hábito, estás atrapado. Por eso los asesinos en serie siguen matando hasta que los atrapan. No tienen un cambio de corazón, no dejan de matar de repente por una crisis de conciencia. Si lo hicieran, confesarían sus crímenes.

—Algunos lo hacen —apuntó Harley.

—Es la excepción, sin duda.

—Quizás solo necesitan una oportunidad de empezar de cero.

—¿Como estaban haciendo en Holy Hope?

Harley lo meditó.

—Con los líderes adecuados al mando, podría haber funcionado. Aún podría, ahora que Maddie está tomando las riendas.

Ambos se quedaron en silencio.

—Hay algo que aún no entiendo —dijo Callaway—. ¿Por qué llevaba Eleanor esas zapatillas?

Harley llevaba tiempo dándole vueltas a eso.

—Eran de Beatrice —respondió.

La mirada de Callaway era inexpresiva.

—La hermana mayor —explicó—. Cuando Rasco echó a sus hermanas a los cerdos, no se dio cuenta de que los cerdos no se comerían sus zapatos. Así que más tarde, antes de que la policía llegara a investigar la denuncia por desaparición que presentó su madre al no poder contactarlas para pedirles dinero, encontró los zapatos embarrados y los volvió a meter en la casa. Probablemente la policía no les dio importancia.

—Entiendo todo eso —respondió Callaway—. Pero, ¿cómo acabaron en los pies de Eleanor?

Harley apartó su martini y giró el taburete para quedar frente a Callaway.

—Estaba recreando el asesinato de sus hermanas, ¿no? Por eso mataba a dos mujeres a la vez. Cuando encontró a Sienna y Eleanor en la carretera después de que Jacob Boudoin las dejara, probablemente hizo que Eleanor se pusiera los zapatos. Era su forma de visualizar mejor el crimen, de hacerlo más parecido al original.

—No entiendo por qué no se los quitó sin más. Debió de ser incómodo correr con esos zapatos todo el camino desde Sawyer Pass hasta Lovers' Lane.

Harley ya había reflexionado sobre esto.

—Hay muchos cactus en esa zona. Yo preferiría lidiar con unos zapatos incómodos que clavarme una espina de cactus en el pie, ¿tú no?

Callaway se encogió de hombros.

—Supongo. Me pregunto qué estaría pensando al cruzar la carretera delante de él. Quizás salió, pensando que era un buen samaritano que venía a ayudar. Luego, cuando se dio cuenta de quién era, ya no había tiempo de escapar.

Antes de que Harley pudiera responder, su teléfono vibró sobre la barra. Miró hacia abajo y vio un mensaje de su padre.

Salgo del hospital. Tengo algo para ti. ¿Dónde nos vemos?

—¿Tu nuevo novio? —aventuró Callaway.

—Mi padre. Y ya te he dicho que Bryce no es mi novio —Bryce iba a pasar esa noche para celebrar con ella la resolución exitosa del caso, pero Callaway no necesitaba saberlo. No quería tener que aguantar sus comentarios sarcásticos, al menos hasta que tuviera una idea más clara de las intenciones de Bryce.

Callaway levantó las manos, fingiendo inocencia.

Intrigada por lo que su padre podría querer darle, Harley le envió su dirección por mensaje. Pásate cuando quieras, añadió. Estaré en casa el resto de la noche.

—¿Cómo está? —dijo Callaway en un tono más serio.

—No estamos seguros de cuánto tiempo le queda. Podrían ser unos días, unas semanas. Mucho depende de cuánto quiera seguir viviendo.

Callaway asintió, apretando los labios con empatía.

Harley terminó su martini. Sin embargo, cuando sacó su cartera, Callaway la cubrió con su mano.

—Invito yo —dijo.

—La próxima corre de mi cuenta, entonces —respondió ella—. ¿Nos vemos mañana?

Él levantó su cerveza hacia ella.

—A primera hora.

Asintió, sintiéndose tranquilizada al saber que no tenía que preocuparse por coger un vuelo de vuelta al este, ni preguntarse cuánto tiempo pasaría antes de regresar. Esta era ahora su vida, su mundo. Aquí era donde pertenecía.

—¿Puedo hacerte una sugerencia? —dijo Callaway cuando ella empezaba a alejarse.

—¿Cuál?

—La próxima vez que pienses en registrar una casa oscura en busca de un asesino en serie, pide refuerzos, preferiblemente antes de entrar.

Ella arqueó una ceja.

—¿Te preocupas por mí, agente Callaway?

Él sonrió.

—He aprendido que no tiene sentido preocuparse por ti, Harley Cole. Vas a hacer las cosas a tu manera, sin importar lo que yo piense. No tiene sentido que me salga una úlcera por algo que no puedo cambiar.

Ella rio suavemente.

—Hasta mañana, Callaway.

—Hasta mañana, Cole.

Mientras cruzaba el bar y salía al cálido aire nocturno, se dio cuenta de que había tomado la decisión correcta al volver. Este era, y siempre sería, su hogar.

Capítulo Final

Harley estaba a punto de agarrar el pomo de la puerta de entrada cuando esta se abrió y vio a Bryce sonriéndole, con un paño de cocina sobre el hombro. Un aroma sabroso emanaba de la casa, algo con curry, sospechaba.

—¿Puedo ayudarla en algo, señora? —dijo él, arqueando una ceja con picardía.

Harley se sorprendió; no esperaba que llegara hasta dentro de unos veinte minutos. Le había dicho que podía entrar si era necesario, pero pensaba llegar antes que él.

Está tramando algo, pensó. Y descubrió que no le importaba en absoluto.

—Necesito una buena comida y un largo y plácido sueño —respondió ella, siguiéndole el juego—. ¿Sabes dónde puedo encontrarlos?

Bryce se hizo a un lado y le indicó que entrara.

—Has venido al lugar adecuado. Bienvenue, mademoiselle.

Harley entró en la casa, siguiendo una fila de velas colocadas en tarros de cristal a lo largo de la encimera. Al entrar en el comedor, descubrió dos velas más sobre la mesa, que estaba cubierta con un mantel rojo y puesta para dos.

Harley contuvo la respiración, impresionada por su consideración.

—¡Bryce, no tenías que hacer todo esto! —Cuando él le había preguntado si podía pasarse, ella pensaba que saldrían a cenar, nada elegante, solo una oportunidad para ponerse al día. Esto era mucho más de lo que esperaba.

Él se apoyó contra la pared y le sonrió, con los ojos brillando alegremente a la luz de las velas.

—Pensé que necesitabas una oportunidad para relajarte, desconectar un poco. Ahora siéntate mientras saco nuestra cena. Ha estado manteniéndose caliente en el horno.

Para su sorpresa, Harley descubrió que no tenía ningún interés en discutir. Sacó una de las sillas y se dejó caer en ella. Sacó el teléfono del bolsillo, lo puso en modo silencioso y lo dejó en la silla de al lado. Podría pasar por casa de su padre mañana. Fuera lo que fuese lo que quería hablar, probablemente sería mejor tener la conversación cuando ambos estuvieran descansados.

—Ojalá pudiera decir que lo he cocinado yo —dijo Bryce mientras salía de la cocina con una fuente de cristal sujeta entre sus manos cubiertas con manoplas—, pero cocinar no es mi fuerte. Ahora bien, si necesitas ayuda para parir un ternero...

Dejó la fuente y volvió a buscar unos cuantos platos más. Había pollo tikka masala, biryani, una bandeja de samosas, kebab de cordero y otras comidas que Harley no supo identificar.

—Esto huele y tiene una pinta increíble —dijo ella, tragando compulsivamente mientras se le hacía la boca agua—. ¿Dónde lo has conseguido?

Bryce se encogió de hombros con modestia.

—Conozco un sitio.

—¿Memories of the East?

Él negó con la cabeza.

—Cerraron hace años. Esto es de Spice of Life.

—Nunca he oído hablar de ese. Supongo que tendré que actualizar mis conocimientos de la zona, averiguar qué sigue abierto y qué no.

—Estaré encantado de ayudarte.

Ella sonrió, complacida con la idea pero sin querer adelantarse a los acontecimientos.

—Por ahora, me conformo con que me pases una samosa.

Harley acababa de terminar de servirse su primer plato cuando sonó un golpe en la puerta. Gruñó, frustrada por la interrupción.

Bryce se levantó, pero Harley le puso una mano en la muñeca para detenerle.

—No, ya voy yo. Es mi nueva casa, después de todo. Por favor, intenta no comértelo todo antes de que vuelva, ¿vale?

Él sonrió.

—Será mejor que te des prisa, entonces.

Harley se dirigió a la puerta, sonriendo y negando con la cabeza. Seguía sonriendo cuando abrió la puerta y vio a su padre de pie en la entrada, con una carpeta bajo el brazo. Vestía pantalones de vestir y un jersey que parecía demasiado grueso para una noche tan cálida. La ropa parecía colgarle, como si fuera varias tallas más grande, y había una palidez enfermiza en su rostro mientras la miraba, sin sonreír.

—Sé que odias las sorpresas —dijo él, mirando hacia abajo como si hubiera cruzado una línea al presentarse en su casa—. Pero esperaba que

hicieras una excepción.

Ella dudó, sin saber si invitarle a entrar. Empezó a hacerlo, girándose para que pudiera pasar, pero él negó rápidamente con la cabeza.

—No quiero molestar —dijo—. Sé que tienes compañía. —Hizo una pausa, y el silencio se hizo denso entre ellos. Se sintió aliviada al oír correr el agua en el baño, lo que sugería que Bryce probablemente no podía oír su conversación.

—Dudé si hacer esto o no —comenzó él, con los ojos vagando por el suelo como si pudiera encontrar las palabras en la alfombra—. Cuando vivías tan lejos, parecía irrelevante. Pero ahora que has vuelto...

Suspiró y sacó la carpeta.

—¿Qué es esto? —dijo Harley, sintiendo una punzada de inquietud sin saber por qué.

—Todo lo que he averiguado, desde el principio: notas, entrevistas, teorías, todo. Le he dedicado mi mejor esfuerzo, pero soy demasiado viejo para estas cosas. Además, quizás tú encuentres algo que yo he pasado por alto.

Sus palabras le provocaron escalofríos, y tardó unos momentos en comprender su significado.

—¿Has mantenido un archivo sobre la desaparición de Kelly todos estos años? —replicó, incapaz de creer que se lo hubiera ocultado durante tanto tiempo.

—Tenía que hacerlo. No te enfades conmigo por no compartirlo antes, ¿vale? No quería que fuera solo una... distracción para ti. No podías compaginar tu trabajo y tu matrimonio con venir aquí a investigar historia antigua. Pero ahora que estás en la zona...

Pero no estaba enfadada. Estaba agradecida, y sintió una pizca de admiración porque su padre no se hubiera rendido cuando lo hicieron los investigadores.

—¿Es por eso que me llamó el sheriff Santiago? —dijo—. Me dijo que había habido un "avance" en el caso de Kelly, pero no me dijo qué era.

—Pensó que debías saber en qué había estado trabajando, así que esa fue su manera de obligarme a contártelo —rio con pesar—. Si no te lo decía yo, lo haría él. Pero eso ya no importa ahora que estás aquí. Mi plan siempre fue contártelo, si alguna vez volvías.

—Gracias, papá —murmuró, cogiendo el archivo—. Todo este tiempo, pensé que te habías rendido. Pero no lo hiciste. Te aferraste a ello.

Sintió un nuevo respeto por su padre. Aunque le habría gustado saberlo antes, sabía que había hecho bien en esperar. No habría podido mantener su matrimonio y su trabajo mientras intentaba resolver la desaparición de su hermana al mismo tiempo, y si este archivo hubiera sido la razón de su divorcio, su padre se habría sentido responsable.

Asintió con rigidez.

—Ahora está en tus manos. Si alguien va a averiguar qué le pasó a Kelly... serás tú.

Se aclaró la garganta, como si no supiera qué hacer a continuación. Luego, sin decir una palabra más, se dio la vuelta. Solo había dado unos pasos cuando las palabras de Harley lo detuvieron.

—Dijiste: "Si solo me hubiera escuchado la primera vez". ¿Qué querías decir?

Su padre le dedicó una sonrisa fantasmal.

—Lee el archivo, Harley. Está todo ahí.

Observó a su padre regresar lentamente a su coche, con los hombros ligeramente encorvados como si se protegiera contra un viento fuerte. La capa de invencibilidad que una vez llevó había desaparecido hacía mucho, y a Harley se le ocurrió que ya no podía depender de su padre para que cuidara de ella. Tenía que cuidar de él.

Ni siquiera giró la cabeza mientras retrocedía por el camino de entrada, solo miraba los espejos mientras el vehículo rodaba hacia atrás. Se detuvo en la carretera, puso la marcha y miró a Harley. Apenas podía ver su rostro, pero estaba segura de que sonreía con esa sonrisa triste y cansada suya.

—¿Todo bien? —dijo Bryce, tocándole el hombro.

Su mirada se quedó fija en las luces traseras del coche de su padre que se empequeñecían en la noche.

—Sí, solo era mi padre que pasaba por aquí.

—¿Cómo está el viejo? Hace años que no lo veo.

—No mal, teniendo en cuenta todo. Cáncer de pulmón en fase cuatro.

El humor desapareció del rostro de Bryce.

—Harley, si lo hubiera sabido...

Negó con la cabeza, descartando la disculpa.

—No quiero hablar de ello. Disfrutemos de la noche, ¿vale? No quiero estropear esto.

Sonrió y le ofreció su mano. Cerró la puerta y dejó que la llevara más adentro de esta nueva casa que se estaba convirtiendo un poco más en su

hogar con cada hora que pasaba. De camino a la mesa, deslizó el archivo bajo el montón de correo en la encimera.

—¿Qué es eso? —dijo Bryce.

—Solo información sobre un caso antiguo —respondió—. Probablemente no sea nada.

Asintió.

—A veces es difícil saber dónde termina el trabajo y dónde empieza la vida, ¿no?

No dijo nada mientras él llevaba sus platos a la cocina para volver a calentarlos. Se sentía desconectada de la realidad, como si su mundo se hubiera puesto patas arriba. Todos estos años, su padre había estado recopilando notas sobre la desaparición de Kelly. Todas las veces que le había instado a dejar ir el pasado, él no había seguido su propio consejo.

El microondas empezó a zumbar. Los dedos de Bryce tamborileaban en la encimera mientras esperaba.

—Voy un momento al baño —dijo Harley.

—¡No tardes! —le gritó—. Si seguimos recalentando esta comida, va a saber a cartón.

Harley sabía que no tardaría. Solo necesitaba cinco minutos, nada más. Solo cinco minutos.

Al pasar por la encimera, cogió el archivo y se lo llevó al baño.

Tenía que ponerse al día.

A DONDE CORRER
(Un thriller de suspenso del FBI de Harley Cole—Libro 3)

“Este es un libro excelente… Cuando empieces a leer, ¡asegúrate de no tener que levantarte temprano!”

—Reseña del lector de The Killing Game

Cuando un grupo de adolescentes que se dirige río abajo descubre un cuerpo, pronto se da cuenta de que es obra de un nuevo asesino. La agente especial del FBI Harley Cole, en una carrera contra el tiempo, es asignada para navegar por el difícil terreno y detener a este asesino, pero los demonios de su pasado finalmente la han alcanzado, y esta vez, no hay escapatoria.

Nowhere to Run (Un thriller de suspenso del FBI de Harley Cole—Libro 3) es el tercer libro de una nueva serie de la autora número uno en

ventas de misterio y suspenso, Kate Bold, que comienza con Nowhere Safe (libro n.°1).

La serie HARLEY COLE, un thriller criminal desgarrador y que pasa páginas y que presenta a un brillante y torturado agente del FBI, es un misterio fascinante, repleto de acción ininterrumpida, suspenso, giros y vueltas, revelaciones, e impulsado por un ritmo vertiginoso que te mantendrá pasando páginas hasta altas horas de la noche. Los fanáticos de Rachel Caine, Teresa Driscoll y Robert Dugoni seguramente se enamorarán.

"Este libro avanza muy rápido y cada página es apasionante. Mucho diálogo, te encantan los personajes y apoyaste al chico bueno durante toda la historia... Espero leer lo siguiente de la serie".

—Reseña del lector de The Killing Game

"¡Kate hizo un trabajo increíble en este libro y quedé enganchada desde el primer capítulo!"

—Reseña del lector de The Killing Game

"Realmente disfruté este libro. Los personajes eran auténticos y veo a los malos como algo que escuchamos a diario en las noticias... Espero con ansias el libro 2".

—Reseña del lector de The Killing Game

"Este fue un libro realmente bueno. Los personajes principales eran reales, defectuosos y humanos. La historia transcurrió rápidamente y no se vio envuelta en demasiados detalles innecesarios. Realmente lo disfruté".

—Reseña del lector de The Killing Game

"Alexa Chase es testaruda, impaciente, pero sobre todo valiente con B mayúscula. Ella nunca, repito nunca, retrocede hasta que los malos sean puestos donde pertenecen. ¡Claramente cinco estrellas!"

—Reseña del lector de The Killing Game

"Asesinato en serie cautivador y fascinante con un toque macabro... Muy bien hecho".

—Reseña del lector de The Killing Game

"¡GUAU, qué gran lectura! ¡Habla de un asesino diabólico! Realmente disfruté este libro. Espero leer otros de este autor también".

—Reseña del lector de The Killing Game

“Pasa la página sin duda. Grandes personajes y relaciones. Me metí en medio de esta historia y no pude dejarla. Esperamos más de Kate Bold”.

—Reseña del lector de The Killing Game

“Difícil de dejar. Tiene una trama excelente y tiene la cantidad justa de suspenso. Realmente disfruté este libro”.

—Reseña del lector de The Killing Game

“Extremadamente bien escrito y vale la pena comprarlo y leerlo. ¡No puedo esperar a leer el segundo libro!

—Reseña del lector de The Killing Game

A DONDE CORRER
(Un thriller de suspenso del FBI de Harley Cole—Libro 3)

Kate Bold

La autora de best sellers Kate Bold es autora de la serie ALEXA CHASE SUSPENSE THRILLER, que comprende seis libros (y contando); la serie ASHLEY HOPE SUSPENSE THRILLER, que comprende seis libros (y contando); la serie CAMILLE GRACE FBI SUSPENSE THRILLER, que comprende cinco libros (y contando); y la serie HARLEY COLE FBI SUSPENSE THRILLER, que comprende tres libros (y contando).

A Kate, una ávida lectora y fanática de toda la vida de los géneros de misterio y suspenso, le encanta saber de usted, así que no dude en visitar www.kateboldauthor.com para obtener más información y mantenerse en contacto.